

América **SOCIALISTA**

en defensa del **MARXISMO**

Número 39



1945

LIBERACIÓN, REVOLUCIÓN Y TRAICIÓN

América **SOCIALISTA**

en defensa del MARXISMO

Revista teórica de la **Internacional
Comunista Revolucionaria**

Número 49

Mayo 2025

© América Socialista



Estatua de Benito Mussolini derribada en Roma
Portada: Milán, 26 de abril de 1945

3
Editorial

7
Italia 1943-48:
una revolución traicionada

19
La liberación de Francia: una
oportunidad perdida

25
1945: El cambio de la correlación
de fuerzas en Europa

38
Un punto de inflexión en la historia
capturado en una película

americasocialista.org

contacto@marxist.com



Ventas y suscripciones en:

Argentina	Bolivia	Brasil	Canadá	Chile
Colombia	El Salvador	Estado español		
Estados Unidos	Guatemala	México		
Perú	Puerto Rico	Venezuela		

Editores:

Alan Woods
(editor en jefe)

Rob Sewell

Hamid Alizadeh
Francesco Merli
Daniel Morley

Ben Curry

Josh Holroyd
James Kilby
Jorge Martín

(edición en español)

Diseño:

Jesse Murray-Dean

editor@marxist.com

In Defence of Marxism Ltd
49 Station Road, Polegate,
East Sussex, UK, BN26 6EA

Todas las imágenes sin
créditos son de uso público

Los fotogramas de
películas se utilizan según
el principio de uso legítimo



Soldados del Ejército Rojo izando la bandera de la URSS sobre el Reichstag en Berlín, 2 de mayo de 1945

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: RESTABLECIENDO LA VERDAD HISTÓRICA

Editorial de Alan Woods

Este año, el 8 de mayo se cumple el 80.º aniversario del «Día de la Victoria en Europa», en el que la Segunda Guerra Mundial en Europa llegó oficialmente a su fin.

Este acontecimiento histórico se conmemorará con todo tipo de celebraciones en muchos países. Sin embargo, en todos estos actos oficiales orquestados habrá una ausencia evidente: como de costumbre, Rusia no estará invitada.

El ejemplo más flagrante de esta maniobra cínica fue la reciente celebración de la liberación de Auschwitz. En su cobertura inicial, la BBC nos informó de que el famoso campo de exterminio nazi fue liberado por «fuerzas aliadas» anónimas. No se hizo referencia alguna a Rusia ni a la Unión Soviética.

La verdad es que la fuerza que liberó Auschwitz el 27 de enero de 1945 fue el Ejército Rojo soviético. Sin embargo, no se permitió la presencia de ningún representante ruso. Esto demuestra a cualquiera con dos dedos de frente que estas pomposas reuniones oficiales tienen mucho más que ver con la política actual que con los acontecimientos de hace 80 años.

Durante muchas décadas, hemos sido objeto de un aluvión de propaganda que

sugiere que Hitler fue derrotado principalmente por los estadounidenses y los británicos. Las películas heroicas que muestran las supuestas hazañas de los aliados occidentales han sido el alimento básico de Hollywood desde 1945.

La verdad es que la participación de los estadounidenses y los británicos en la guerra en Europa solo comenzó realmente con los desembarcos del Día D en Normandía en el verano de 1944.

Antes de eso, la guerra en Europa se redujo a un conflicto titánico entre la URSS y la Alemania de Hitler, con las fuerzas productivas combinadas de Europa detrás. Y fue Rusia, o mejor dicho la Unión Soviética, la potencia más decisiva en esa lucha épica. Durante la mayor parte de la guerra, los estadounidenses y los británicos se mantuvieron como meros espectadores.

LA URSS Y LA GUERRA

Ha habido muchos intentos de retratar a Stalin como un «gran líder de guerra». Eso es completamente falso. De hecho, las políticas de Stalin dejaron a la Unión Soviética a merced de Hitler, lo que casi llevó a la destrucción de la Unión Soviética en 1941.

Tras abandonar la política de internacionalismo revolucionario de Lenin, Stalin recurrió a una serie de maniobras con

gobiernos extranjeros para evitar verse involucrado en una guerra.

Pero debemos tener en cuenta que las llamadas democracias occidentales estaban involucradas en maniobras, apaciguando constantemente a Hitler para animarlo a que se dirigiera al este y atacara la Unión Soviética.

Al darse cuenta de esto, Stalin contrató firmando un pacto de no agresión con la Alemania nazi: el pacto Hitler-Stalin. De hecho, se trataba de una medida defensiva por parte de Rusia, destinada a evitar el ataque alemán a la Unión Soviética.

En principio, una maniobra diplomática de este tipo podría estar justificada por motivos prácticos a corto plazo. Pero no proporcionó una defensa real a largo plazo para la Unión Soviética, como demostraron los acontecimientos posteriores.

Stalin depositó una confianza tan ciega en su «inteligente» maniobra con Hitler que ignoró numerosos informes de que los alemanes se estaban preparando para atacar. Como resultado, en el momento de la verdad, la URSS se encontró indefensa ante la agresión nazi.

Cuando los generales de Hitler expresaron su oposición a la invasión de Rusia, él respondió que, como resultado de las purgas de Stalin, el Ejército Rojo ya no tenía generales capaces.

Se jactó de que todo lo que se necesitaba era una buena patada y todo el edificio podrido se derrumbaría. En los primeros meses posteriores a la invasión alemana en el verano de 1941, esta predicción pareció justificarse.

Cuando Hitler invadió, Stalin se negó a creerlo. Temiendo una provocación, ordenó al ejército que no se resistiera. El resultado fue una catástrofe militar.

La Fuerza Aérea Soviética fue destruida en tierra. Millones de soldados del Ejército Rojo, incapaces de ofrecer una resistencia efectiva, fueron rodeados, capturados y enviados a campos de exterminio, donde la mayoría pereció.

Los líderes soviéticos estaban desorientados. Stalin inicialmente entró en pánico y se escondió. Sus acciones equivalieron a un fracaso abyecto y a una traición a la Unión Soviética, que se vio en peligro de muerte por sus políticas imprudentes.

La verdad es que la guerra la ganaron los obreros y campesinos soviéticos, no gracias al régimen de Stalin, sino a pesar de él.

LA UNIÓN SOVIÉTICA SE RECUPERA

Pero Hitler había calculado mal. Cegado por sus éxitos fáciles en Occidente, Hitler subestimó seriamente el potencial militar de la URSS. A pesar de las políticas criminales de Stalin, la Unión Soviética fue capaz de recuperarse rápidamente y reconstruir su capacidad industrial y militar.

Los nazis, con todos los vastos recursos de Europa a su favor, intensificaron la producción, produciendo enormes cantidades de tanques, cañones de asalto y aviones. Pero en 1943 la URSS había logrado superar en producción y armamento a la poderosa *Wehrmacht*, movilizando el inmenso poder de la economía planificada.

El equipo y las armas producidas por la URSS eran de primera calidad y superiores a los utilizados por los alemanes, o los británicos y estadounidenses. Esto

desmiente la afirmación tan repetida de que una economía nacionalizada planificada no es capaz de producir bienes de alta calidad.

Pero hubo otra razón para el asombroso éxito soviético en la guerra: el formidable espíritu de lucha del Ejército Rojo. La clase obrera soviética luchaba para defender lo que quedaba de las conquistas de la Revolución de Octubre.

A pesar de los monstruosos crímenes de Stalin y la burocracia, la economía planificada nacionalizada representaba una enorme conquista histórica. Comparado con la barbarie del fascismo, la esencia destilada del imperialismo y el capitalismo monopolista, estas eran cosas por las que valía la pena luchar y morir.

Los trabajadores de la URSS hicieron ambas cosas a la escala más espantosa. Por lo tanto, la extraordinaria valentía de la clase obrera soviética y su Ejército Rojo fue el elemento decisivo en la derrota de la Alemania nazi.

La razón por la que Occidente está tan ansioso por falsificar el registro histórico e ignorar el papel decisivo de la Unión Soviética es muy clara. La gloriosa victoria del Ejército Rojo es un testimonio de la colosal superioridad de una economía planificada nacionalizada que permitió a la URSS sobrevivir a los primeros desastres y reorganizar las fuerzas productivas más allá de los Urales.

Sobre la base de terribles sacrificios, demostraron sin lugar a dudas la viabilidad de las nuevas relaciones de propiedad establecidas por la Revolución de Octubre.

La existencia de una economía nacionalizada planificada dio a la URSS una enorme ventaja en la guerra.

Pero el pueblo de la Unión Soviética pagó un precio terrible por la guerra, con 27 millones de muertos y una destrucción total de las fuerzas productivas.

LA EXIGENCIA DE UN SEGUNDO FRENTE

Tras la invasión alemana, los soviéticos exigieron en repetidas ocasiones la apertura de un segundo frente contra Alemania. Pero Churchill no tenía prisa por complacerlos. La razón de esto no era tanto militar sino política.

Las políticas y tácticas de la clase dominante británica y estadounidense en la Segunda Guerra Mundial no estaban en absoluto dictadas por el amor a la democracia o el odio al fascismo, como la propaganda oficial quiere hacernos creer, sino por un puro interés de clase.

Cuando Hitler invadió la URSS en 1941, la clase dirigente británica se felicitaba a sí misma. Calculaban que la Unión Soviética sería derrotada rápidamente por Alemania. En el proceso, Alemania se debilitaría tanto que sería posible intervenir y matar dos pájaros de un tiro.

Pero los planes de los círculos gobernantes británicos y estadounidenses tenían fallos fundamentales. En lugar de ser derrotada por la Alemania nazi, la Unión Soviética contraatacó e infligió una derrota decisiva a los ejércitos de Hitler.

Los intereses del imperialismo británico y estadounidense eran diferentes, e incluso mutuamente antagónicos. Los conflictos entre Churchill y Roosevelt sobre la cuestión del Día D reflejaban esta tensión.

El imperialismo estadounidense no quería que Hitler triunfara porque eso habría creado un poderoso rival para EE. UU. en Europa. Por otro lado, al imperialismo estadounidense le interesaba debilitar a Gran Bretaña y su imperio, porque su objetivo era reemplazar a Gran Bretaña como potencia dirigente en el mundo después de la derrota de Alemania y Japón.

Washington, aunque formalmente era el aliado de Londres, tenía como objetivo utilizar la guerra para debilitar la posición de Gran Bretaña en el mundo y, en



particular, para romper su dominio sobre la India y África.

Churchill quería limitar la guerra de los Aliados al Mediterráneo: en parte con la vista puesta en el Canal de Suez y la ruta a la India británica; y en parte porque estaba contemplando una invasión de los Balcanes para bloquear el avance del Ejército Rojo allí.

En otras palabras, sus cálculos se basaban exclusivamente en los intereses estratégicos del imperialismo británico y en la necesidad de defender el imperio británico. Además, Churchill aún no había abandonado del todo la esperanza de que Rusia y Alemania se agotaran mutuamente, creando un punto muerto en el Este.

Finalmente, los acontecimientos en el Este forzaron su mano.

LA DISTRACCIÓN ITALIANA

Roosevelt presionaba para que se abriera el segundo frente en Francia. Pero Churchill insistía constantemente en que se retrasara. Esto provocó graves fricciones entre Londres y Washington.

En un momento en que el Ejército Rojo estaba enfrascado en una lucha mortal con la *Wehrmacht* en Kursk, los británicos y los estadounidenses desembarcaron en las playas de Sicilia.

La invasión de Italia fue en realidad una distracción del esfuerzo bélico principal. La mayor parte de los combates con la Alemania nazi continuaban en el Frente Oriental, donde el Ejército Rojo se enfrentaba a unas 200 divisiones alemanas. En cambio, en Sicilia, las fuerzas de Gran Bretaña y Estados Unidos se enfrentaban a solo dos divisiones alemanas.

En vano, Mussolini suplicó a Hitler que le enviara refuerzos. La atención de Hitler estaba centrada en el frente oriental. Pero el argumento de Churchill de que Italia iba a ser el «vientre blando de Europa» resultó ser falso.

Las torpes evasivas de los generales estadounidenses dieron tiempo a Hitler para reforzar el frente italiano, creando las condiciones para la sangrienta batalla de Montecassino.

Las operaciones en Italia se complicaron aún más por la desagradable noticia de que, tras el derrocamiento de Mussolini en 1943, el poderoso movimiento de resistencia liderado por los comunistas italianos estaba en condiciones de tomar el poder.

La respuesta de la Real Fuerza Aérea británica fue lanzar inmediatamente una feroz campaña de bombardeos contra las ciudades del norte de Italia, con el fin de evitar que los comunistas italianos tomaran el poder.

Los británicos y estadounidenses estaban preocupados de que los partisanos pudieran llegar al poder mucho antes de la llegada de las fuerzas aliadas. Su opinión era que era mejor dejar que los nazis combatieran contra los partisanos y así debilitar las fuerzas de la resistencia.

Así, mientras los aliados luchaban contra los alemanes en Italia, existía un acuerdo tácito y no declarado entre las dos partes para detener al enemigo de clase común, en este caso la clase obrera italiana.

Por lo tanto, incluso en el punto álgido de la guerra, la cuestión de clase (el miedo a la revolución) siguió pesando mucho en los cálculos de la clase dominante. Y esto se hizo aún más evidente tras el cese de las hostilidades.

Mientras tanto, los acontecimientos daban un giro dramático en el frente oriental.

STALINGRADO Y KURSK

Tras una feroz batalla, la resistencia alemana en Stalingrado se había derrumbado a finales de enero de 1943. Para furia de Hitler, que había ordenado al Sexto Ejército «luchar hasta la muerte», el general Paulus se rindió al Ejército Rojo.

Incluso Churchill, ese anticomunista rabioso, se vio obligado a admitir que el Ejército Rojo había «arrancado las entrañas del ejército alemán» en Stalingrado.

Pero detrás de estas palabras de elogio, los líderes británicos estaban atezados por un miedo mortal, que se hacía más fuerte cada día, incluso cada hora.

Los alemanes perdieron un total de 500.000 hombres durante la campaña de Stalingrado, incluidos 91.000 prisioneros. Esta devastadora derrota fue seguida por un acontecimiento aún más decisivo en el verano de 1943: la batalla de Kursk, la mayor batalla de tanques de la historia, en la que participaron unos 10.900 tanques, 2.600.000 soldados y 5.000 aviones. Probablemente fue la más decisiva de toda la guerra.

Las victorias soviéticas en Stalingrado y Kursk abrieron el camino para el dramático avance del Ejército Rojo, que obligó a los británicos y estadounidenses a actuar.

LA CARRERA POR EL DÍA D

A partir de finales de 1943, quedó claro para los estadounidenses que la URSS estaba ganando la guerra en el Frente Oriental y que, si no se hacía nada, el Ejército Rojo simplemente arrasaría Europa.

Churchill se vio obligado a ceder a regañadientes ante las insistentes demandas del presidente estadounidense. Aun así, la apertura del segundo frente se retrasó hasta la primavera de 1944.

Solo en el verano de 1944, cuando el Ejército Rojo avanzaba rápidamente hacia Berlín, lanzaron apresuradamente el segundo frente con la invasión de Normandía. Si no lo hubieran hecho, se habrían encontrado con el Ejército Rojo en las costas del Canal de la Mancha.

Los imperialistas estaban tan preocupados que elaboraron un nuevo plan, la Operación Rankin, que implicaba un



El Ejército Rojo en la batalla de Stalingrado. Izquierda: Avance sobre Kalac, noviembre de 1942. Derecha: Batalla en la fábrica Octubre Rojo, fecha desconocida

aterrizaje de emergencia en Alemania en caso de que colapsara o se rindiera. Estaban decididos a llegar a Berlín antes que el Ejército Rojo.

«Deberíamos llegar hasta Berlín», dijo Roosevelt a sus jefes de Estado Mayor. «Los soviéticos podrían entonces tomar el territorio al este de la misma. Estados Unidos debería tener Berlín»¹.

Pero las cosas resultaron de otra manera. Los ejércitos británico y estadounidense llegaron hasta las fronteras de Alemania, pero allí se detuvieron. Por otro lado, el avance del Ejército Rojo fue el más espectacular de toda la historia de la guerra.

El Ejército Rojo se acercó a Berlín el 25 de abril de 1945.

LA GUERRA TERMINA

Casi hasta el final, Hitler siguió dando órdenes a tropas inexistentes y moviendo aviones y divisiones imaginarios. Pero el ocaso de los dioses había llegado. Se suicidó el 30 de abril. Su cuerpo fue empapado en gasolina y quemado.

Mientras su cadáver ardía en llamas, se oyó el sonido de los cañones rusos en el corazón de Berlín. El 2 de mayo, la bandera soviética fue izada sobre el Reichstag. Al día siguiente, las fuerzas soviéticas tenían el control total de la capital alemana. Cinco días después, Alemania se rindió.

Churchill escribió al gobierno soviético que los logros del Ejército Rojo merecían un «aplausos sin reservas», y que las generaciones futuras reconocerían su deuda con ellos «tan incondicionalmente como lo hacemos nosotros, que hemos vivido para presenciar estos orgullosos logros»².

Pero estas palabras apestaban a hipocresía. En realidad, Churchill no estaba nada contento con la victoria soviética. Inmediatamente comenzó a hacer planes para preparar una nueva guerra: la llamada Guerra Fría contra la Unión Soviética.

No se suele tener en cuenta que la derrota de Japón se produjo en realidad por el golpe demoledor que la Unión Soviética asestó a su ejército en Manchuria. Tras derrotar al ejército japonés en un ataque

relámpago, el Ejército Rojo arrasó rápidamente Manchuria, dirigiéndose directamente a Japón.

El 6 de agosto de 1945 se lanzó una bomba atómica por primera vez en la historia, sobre el centro de Hiroshima, seguida tres días después por otra sobre Nagasaki, matando a 246.000 personas. Esta acción no estaba dirigida realmente contra Japón, que ya estaba de rodillas y suplicando la paz. Se pretendía advertir a la Unión Soviética de que no siguiera adelante. Si los estadounidenses no lo hubieran hecho, nada habría impedido que el Ejército Rojo ocupara el propio Japón.

Esta fue la primera indicación clara del conflicto entre el imperialismo estadounidense y la URSS, que dominó el mundo durante décadas después de 1945. Se estaban sembrando las semillas de la Guerra Fría.

NUEVO ORDEN MUNDIAL

Poco antes de morir, Trotsky expresó la opinión de que era poco probable que, bajo el régimen estalinista, la Unión Soviética pudiera sobrevivir a la guerra. Pero como explicó Napoleón, la guerra es la más compleja de todas las ecuaciones.

El pronóstico de Trotsky fue desmentido por la historia. Pero ni siquiera el mayor genio podría haber previsto la peculiar evolución de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, las perspectivas de Stalin, Hitler, Roosevelt y Churchill resultaron ser radicalmente falsas, con resultados catastróficos.

La espectacular victoria de la URSS en la guerra transformó por completo la situación. Condujo a un fortalecimiento del régimen estalinista durante todo un período.

Mientras tanto, una ola revolucionaria arrasaba el resto de Europa. Fue la traición de los estalinistas y reformistas lo que impidió que la clase trabajadora tomara el poder en una serie de países. Esto sentó las condiciones políticas para la recuperación del capitalismo después de la guerra.

Pero el elemento decisivo fue el hecho de que el imperialismo estadounidense se vio obligado a intervenir para

apuntalar el capitalismo en Europa y Japón. Aterrorizados por el espectro del comunismo, los imperialistas estadounidenses se vieron obligados a respaldar el sistema capitalista.

Estados Unidos nunca sufrió el tipo de bombardeos que devastaron las economías de Europa y Japón. Al final de la guerra, dos tercios del oro del mundo estaban en Fort Knox. El dólar era literalmente tan bueno como el oro.

Esta fortaleza económica permitió a los estadounidenses proporcionar una enorme ayuda económica a Europa en forma del Plan Marshall, que proporcionó las condiciones materiales para un repunte económico y el restablecimiento del equilibrio social y político.

En estas circunstancias, el mundo entero estaría dominado por dos gigantes: el imperialismo estadounidense y la poderosa Unión Soviética estalinista. Esto se conoció como la Guerra Fría, y duró décadas. Esta edición de *América Socialista - en defensa del marxismo* aborda estos acontecimientos desde varios ángulos diferentes.

Ahora la gran rueda de la historia ha girado una vez más. El poder del imperialismo estadounidense se ve desafiado por una Rusia resurgente, que se ha recuperado del colapso económico que sufrió tras la restauración del capitalismo en la década de 1990, y por la poderosa economía industrializada del imperialismo chino en ascenso.

El viejo equilibrio inestable ha sido destruido. Están surgiendo rápidamente nuevas contradicciones. Ha comenzado un nuevo y tormentoso período en la historia. Habrá muchas derrotas y reveses, pero en medio de la tormenta surgirán las condiciones para una intensificación de la lucha de clases. Tarde o temprano, en un país u otro, la revolución socialista estará en el orden del día. ■

1 FRUS, *The Conferences at Cairo and Teheran*, 1943, pág. 254, nuestra traducción.

2 *Correspondence with Winston S. Churchill and Clement R. Atlee (July 1941 - November 1945)*, Progress Publishers, 1957, p.307, nuestra traducción.





Milán, 26 de abril de 1945

ITALIA 1943-48: UNA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

De 1943 a 1948, Italia fue escenario de un inspirador movimiento revolucionario que no sólo barrió al fascismo, sino que incluso amenazó al propio régimen capitalista. En este artículo, **Roberto Sarti** ofrece una visión de ese movimiento y explica cómo fue traicionado deliberadamente por la dirección estalinista del Partido Comunista Italiano.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 encontró al imperialismo italiano completamente desprevenido, tanto militar como económicamente. El régimen fascista de Benito Mussolini prefirió dejar que su aliado alemán, más fuerte, se encargara de la lucha y se abstuvo de entrar en la guerra.

Sin embargo, la velocidad con la que la *guerra relámpago* alemana arrasó los Países Bajos, Bélgica y el norte de Francia en mayo de 1940, sorprendió a Mussolini y le hizo dar un repentino giro de 180 grados. Creyendo que la guerra «terminaría en septiembre», se jactó:

«Necesito unos cuantos miles de muertos para poder asistir a la conferencia de paz como un hombre que ha luchado.»¹

El 10 de junio de 1940, sumía a Italia en la guerra, con la esperanza de ganarse un asiento en el «banquete del vencedor».

Esto resultó ser un grave error de cálculo. El número total de bajas italianas entre 1940 y 1943 fue de casi 500.000 soldados. La campaña rusa fue catastrófica. El ejército italiano perdió 90.000 hombres de los 220.000 desplegados, que fueron

enviados muy mal equipados a luchar en el gélido invierno ruso.

La disciplina se desmoronó rápidamente. Tras la derrota en el frente oriental, los soldados alpinos gritaron, «Abajo Mussolini, asesino de los Alpini» (un cuerpo de infantería del ejército) en los trenes que los repatriaban. La desertión estaba cada vez más extendida.

La situación en el país no era menos desesperada. Entre 1939 y 1942 los precios se habían duplicado. Pero Mussolini ordenó congelar los salarios porque, según él, aumentarlos habría disparado la inflación. El racionamiento alcanzó niveles insostenibles: en 1942 cada persona tenía derecho a sólo 80 gramos de ternera a la semana, un huevo cada 15 días, dos kilos de pasta y 1,8 kilos de arroz al mes.

LA CAÍDA DE MUSSOLINI

El descontento empezaba a crecer. Por fin, el movimiento obrero empezaba a dar señales de despertar, tras casi veinte años de letargo bajo la bota de la represión fascista.

Las primeras huelgas tuvieron lugar ya en el segundo semestre de 1942, sobre todo en Turín, Milán y Génova. Pero fue el 5 de marzo de 1943 cuando una huelga

iniciada en los talleres de la Fiat de Turín se extendió rápidamente como un reguero de pólvora; primero a las demás fábricas de Turín y luego a otras ciudades del norte. Pronto participaron más de 150.000 trabajadores.

Las reivindicaciones de los trabajadores eran las «192 horas» (el pago de un mes más de salario al año para compensar el aumento del coste de la vida); la escala móvil de salarios; la liberación de los presos políticos antifascistas; y la retirada de la milicia fascista de las fábricas. En el transcurso de la lucha se cantó «Bandiera Rossa» (Bandera Roja).

Como escribió el jerarca fascista, Roberto Farinacci, en una nota a Mussolini:

«Si te dicen que el movimiento ha adquirido un carácter puramente económico, te están diciendo una mentira. En los tranvías, en los cafés, en los teatros, en los cines y en los refugios, todo el mundo despotrica contra el régimen.»²

Los intentos de represión no tuvieron éxito. A principios de abril, el gobierno se vio obligado a ceder a todas las reivindicaciones económicas de los trabajadores.

La burguesía italiana empezó a temer por la estabilidad y el orden, y a cuestionar



Un bombardeo aliado sobre el centro de Italia, alrededor de 1943

el vínculo de 20 años que la unía al fascismo. Como ha ocurrido muchas veces en la historia, la clase dominante intentó impedir una revolución desde abajo haciendo cambios desde arriba.

Por tanto, fue la entrada de la clase obrera la que dio el golpe de gracia al régimen fascista.

El desembarco de los «aliados» angloamericanos en Sicilia a principios de julio de 1943 no encontró prácticamente resistencia y puso de manifiesto la inminencia del colapso del régimen. Poco después, Mussolini fue destituido y arrestado en la reunión del Gran Consejo del Fascismo, en la noche del 24-25 de julio.

En este auténtico «golpe de palacio», el rey, Víctor Emmanuel III, dio el mandato de formar un nuevo gobierno al mariscal Pietro Badoglio, un general que no había escatimado el uso de armas químicas durante la invasión de Abisinia (Etiopía) en 1935-37.

La destitución de Mussolini fue el primer paso para concluir la paz con los Aliados. Una parte mayoritaria de la burguesía italiana consideró necesario ponerse bajo la protección de las tropas americanas y británicas, para poder contener mejor el alarmante ascenso de la lucha de clases. El nuevo gobierno era en realidad un intento de establecer una dictadura militar, con el único objetivo de preservar el capitalismo italiano.

Para presentar la ilusión del cambio, se disolvieron las instituciones más odiadas, como el Partido Nacional Fascista, el

Gran Consejo del Fascismo y la Cámara de las Corporaciones. Pero la continuidad del aparato estatal estaba asegurada: el poder pasó a manos de los militares; el «Tribunal Especial para Crímenes Políticos» fascista simplemente cambió de nombre; y la «OVRA» -la policía política- siguió funcionando.

La preocupación inmediata del gobierno de Badoglio fue evitar cualquier alteración del «orden público». Emitió una serie de duras circulares que incluían: estado de sitio; toques de queda; censura; prohibición de reconstituir partidos políticos y de publicar proyectos de ley políticos; acusación de «intento de insurrección» para las reuniones de más de tres personas; y prohibición de llevar insignias que no llevaran la bandera italiana.

Sólo en la jornada del 26 de julio, la represión de los Carabinieri (policía militar) y del ejército se saldó con 11 muertos, unos 80 heridos y casi 500 detenciones. Pero ninguna represión, por dura que fuera, pudo detener las enormes manifestaciones de celebración por la caída del fascismo.

EL DESPERTAR DE LAS MASAS

El carácter insurreccional de estas manifestaciones fue descrito vívidamente por el teórico marxista Ted Grant en un artículo escrito en aquella época:

«En 24 horas, estallaron huelgas de masas en todas las ciudades industriales, Milán, Turín, Génova... El norte de Italia quedó paralizado en pocos días debido a la huelga de ferrocarriles. Los

trabajadores asaltaron las cárceles y liberaron a los prisioneros políticos. Los cuarteles generales fascistas en las principales ciudades fueron saqueados y las imprentas fascistas ocupadas por los trabajadores en Milán y otras zonas. Todo aquel que llevara la insignia del fascismo en Italia el día después de la desaparición de Mussolini, corría el peligro de ser linchado. El fascismo había desaparecido de la noche a la mañana. El tardío decreto de disolución del partido fascista simplemente reconocía un hecho que los trabajadores y los propios soldados habían puesto ya en práctica. [...] El intento de utilizar a los soldados contra las masivas manifestaciones en Milán, ha provocado que los soldados se pasen al lado de los trabajadores.⁵

En las fábricas, el equilibrio de fuerzas se invirtió. Los obreros reconstituyeron las comisiones internas (comités de delegados sindicales) y volvieron a elegir a sus representantes. Reconstruyeron los sindicatos y echaron a los inspectores y capataces de las fábricas, la mayoría de los cuales eran miembros del Partido Fascista. En resumen, estaban redescubriendo las tradiciones revolucionarias del «Bienio Rosso» («bienio rojo») de 1919-20.

Las huelgas en el norte y las ocupaciones de tierras en el sur caracterizaron los 45 días de existencia del gobierno de Badoglio, que asistió impotente a la intensificación de los bombardeos aliados sobre las ciudades, cuyo principal objetivo

era aterrorizar a las masas y debilitar las movilizaciones obreras. Mientras tanto, Hitler reforzaba masivamente su ejército en la península, duplicando sus efectivos entre julio y septiembre.

Badoglio podría haber sido derrocado en esta fase. Pero una alianza de todos los partidos antifascistas, desde los liberales hasta el Partido Comunista Italiano (PCI), que se convertiría en el Comité de Liberación Nacional (CLN), se negó a adoptar esta postura, ante la insistencia de los liberales y democristianos. El político reformista e iniciador de esta alianza, Ivanoe Bonomi, pretendía aplazar el inicio de la resistencia armada contra los nazis hasta la llegada de los ejércitos aliados a la península. Mientras tanto, los aliados reconstruían el aparato estatal en Sicilia, apoyándose en la mafia y el clero católico.

La negativa de la dirección obrera a orientar la lucha ofreció a Badoglio un respiro para firmar la paz con los aliados. El armisticio se acordó el 3 de septiembre de 1943, pero se mantuvo en secreto hasta el día 8. En cuanto los americanos lo hicieron público, los nazis iniciaron su operación para hacerse con el control de Italia y desarmar al ejército italiano.

Al día siguiente, el rey, su heredero, Badoglio, y el alto mando militar huyeron vergonzosamente a Brindisi, en la costa sureste, que ahora estaba bajo control de los Aliados. Mientras tanto, el aparato del Estado, empezando por el ejército, se derretía como la nieve al sol.

La clase dominante, enfrentada al peligro de la revolución proletaria, olvidó toda su retórica sobre la «defensa de la patria» y dejó el control de gran parte de Italia en manos de los nazis. En varias ciudades los oficiales superiores se negaron a entregar sus armas a los trabajadores para luchar contra el ejército alemán. En Roma, consideraron que la entrega de la ciudad a los nazis era el mal menor.

Los nazis liberaron a Mussolini a mediados de septiembre y lo pusieron al frente de su gobierno títere: la República Social Italiana, conocida como «República de Salò» por la ciudad donde se fundó. Tras un periodo inicial de desconcierto, las masas reanudaron su lucha, esta vez tanto contra la ocupación nazi como contra sus colaboradores italianos.

Un claro ejemplo del potencial de la revolución proletaria fueron las «Quattro giornate di Napoli» (Las cuatro jornadas de Nápoles), entre el 27 y el 30 de septiembre de 1943. El pueblo en armas, con la clase obrera a la cabeza, liberó la ciudad del ejército de ocupación con una insurrección espontánea, sin ayuda de los aliados y sin el apoyo del CLN. Nápoles fue de hecho la primera ciudad europea que se alzó victoriosa contra el nazi-fascismo. Nápoles mostró así el camino a seguir a las masas oprimidas de Europa.



EL GIRO DE SALERNO

El otoño de 1943 encontró a Italia dividida, y ocupada: por los aliados en el sur y por los nazi-fascistas en el norte. La lucha de clases iba en aumento: en el norte se reanudaron las huelgas y en el sur se generalizó la ocupación de tierras por campesinos y jornaleros agrícolas.

En la práctica, quedó claro que la lucha contra el fascismo estaba inextricablemente ligada a la lucha contra el capitalismo. Sin embargo, la línea política propuesta por Palmiro Togliatti, entonces secretario general del PCI, no ofrecía nada para satisfacer las demandas sociales de las masas.

El gobierno de Badoglio no contaba con ningún apoyo entre los obreros y campesinos. Y sin embargo, ya el 10 de septiembre, Togliatti declaró desde Moscú que si el gobierno de Badoglio tomaba «en sus manos, abiertamente y sin vacilar, la bandera de la defensa de Italia contra la cobarde agresión de Hitler [...] el pueblo le daría su apoyo».⁴

Togliatti fomentó así las ilusiones en el gobierno, cuyo principal objetivo era sofocar el estallido revolucionario desde abajo.

Más tarde, el 12 de enero de 1944, Togliatti, todavía en Moscú, desarrolló aún más la línea del PCI para apoyar un nuevo gobierno italiano de «unidad nacional», afirmando que lo que se necesitaba era la:

«rápida creación, inmediata de hecho, de un gobierno nacional democrático y con la participación de todos los partidos antifascistas»⁵

Según el diario de Georgi Dimitrov, antiguo secretario general de la Internacional Comunista, el 3 de marzo se celebró una reunión entre Togliatti y Stalin en Moscú. Más tarde, Togliatti informó a Dimitrov de que Stalin le había dado instrucciones para que entrara en el gobierno de Badoglio a su regreso a Italia y no exigiera la abdicación inmediata del rey. De hecho, la Unión Soviética reconoció formalmente al gobierno de Badoglio el 10 de marzo, anticipándose a esta medida.

Esta posición se reiteraría cuando Togliatti llegó a Italia a finales de marzo de 1944, en una reunión de cuadros del PCI en las regiones liberadas. Este acontecimiento se conocería como el «Giro de Salerno», siendo Salerno la ciudad al sur de Nápoles donde se hizo pública la posición.

FRENTES POPULARES

Este punto de inflexión no sólo había sido anunciado con mucha antelación por el secretario general del PCI, sino que estaba totalmente dentro de la política estalinista de formar «Frentes Populares», es decir, alianzas con partidos de la burguesía llamada «democrática» para detener al fascismo.



Fotograma de la película *Quattro giornate di Napoli* (1962), que describe los cuatro días de Nápoles de 1943

La victoria de Hitler en 1933, y el aplastamiento del movimiento obrero alemán que le siguió, provocaron el pánico en Moscú, lo que dio lugar a un cambio drástico en la política de la Internacional Comunista.

Según la posición adoptada en el VII Congreso de la Internacional en 1935, la revolución debía dividirse en dos etapas claramente separadas, la primera de las cuales era derrotar al fascismo y asegurar la democracia capitalista. Esto tenía que completarse antes de que pudiera hacerse mención alguna a las reivindicaciones propias de los trabajadores por el socialismo. Supuestamente, cualquier intento del proletariado de ir más allá de los límites del capitalismo sería prematuro y fatal. Sólo más tarde habría una segunda etapa, socialista.

Esto era idéntico a la política seguida por los mencheviques en relación con la Revolución rusa, que Lenin criticó duramente. La aplicación de esta política por parte de la Internacional Comunista en los años 1930 tuvo consecuencias catastróficas, como demostró el ejemplo del Frente Popular en España. Los dirigentes del Partido Comunista en España hicieron todo lo posible para detener el movimiento revolucionario de las masas, en nombre de mantener su alianza con la «burguesía antifascista». El resultado fue la victoria de Franco en 1939, que aisló aún más a la Unión Soviética e hizo inevitable otra guerra mundial.

Para entender esta desastrosa política es crucial el hecho de que, para entonces, la dirección de la Internacional Comunista había abandonado por completo la lucha por la revolución mundial, sobre la que se había fundado. En su lugar, se había convertido en una herramienta auxiliar para facilitar las maniobras diplomáticas de la burocracia estalinista de Moscú.

El giro hacia el «Frente Popular» reflejaba el cambio en las prioridades de Stalin hacia la normalización de las relaciones con los países imperialistas «democráticos», lo que significaba necesariamente la contención y supresión de la revolución en toda Europa.

La burocracia soviética también buscaba defender su poder y sus privilegios en casa, por cualquier medio necesario. En consecuencia, veía cualquier revolución obrera genuina fuera de sus fronteras como un peligro mortal para su propia posición. Tal desarrollo podría haberse convertido en un punto de referencia alternativo dentro del movimiento obrero internacional, ofreciendo un ejemplo de auténtica democracia obrera, opuesta al régimen burocrático y represivo de la URSS que había usurpado el nombre del socialismo y de la Revolución de Octubre.

Esta política traicionera se mantuvo durante toda la guerra. Como muestra concreta de su buena voluntad hacia sus aliados imperialistas, Stalin disolvería la Internacional Comunista el 15 de mayo de 1943, sin siquiera la pretensión de celebrar un congreso.

Una conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Estados Unidos y Gran Bretaña, celebrada en Moscú a finales de octubre de 1943, discutió, entre otras cuestiones, la situación italiana. Aprobaron una declaración conjunta sobre la lucha contra el nazi-fascismo que debía llevarse a cabo con la participación en el gobierno italiano de «aquellos sectores del pueblo italiano que siempre se han opuesto al fascismo»⁶ Así se puso en práctica la línea de colaboración de clases acordada entre Stalin y Togliatti.

REIVINDICACIONES DEMOCRÁTICAS

¿Qué posición deberían haber adoptado los comunistas en las condiciones de Italia en ese momento? Con los nazi-fascistas ocupando la mayor parte de Italia, y la dictadura militar de Badoglio en el sur, ¿deberían haber ignorado la lucha por las reivindicaciones democráticas?

Ya en 1930, León Trotsky abordó la cuestión del carácter de la futura revolución italiana y la posición que los comunistas debían adoptar ante ella en una carta dirigida a tres destacados miembros del PCI, que habían roto con el estalinismo. Explicaba que en caso de derrocamiento revolucionario del régimen fascista por los obreros a la cabeza de las masas oprimidas, los capitalistas tratarían de preservar su dominio de clase estableciendo un Estado parlamentario, al tiempo que intentarían reprimir el movimiento revolucionario de la clase obrera en nombre de la «revolución democrática».

Sin embargo, el hecho de que la clase dominante y sus agentes en el movimiento



obrero intentaran utilizar las reivindicaciones democráticas para engañar a las masas no significaba en absoluto que los comunistas debieran rechazar todas las consignas democráticas. Como explicó Trotsky:

«Si, por ejemplo, estallara una crisis revolucionaria en los próximos meses [...] es seguro que las masas trabajadoras, tanto obreras como campesinas, unirían a sus reivindicaciones económicas las consignas democráticas (tales como libertad de reunión, de prensa, de organización sindical, de representación democrática en el parlamento y las municipalidades). ¿Significa esto que el partido comunista debe rechazar estas reivindicaciones? Todo lo contrario. Deberá combatir por ellas con la mayor audacia y resolución, porque no se puede imponer una dictadura proletaria sobre las masas populares. Sólo se la puede realizar luchando (luchando hasta el fin) por todas las consignas transicionales, las reivindicaciones y las necesidades de las masas y a la cabeza de las masas.»⁷

En el *Programa de Transición*, uno de los documentos clave de la IV Internacional en su congreso fundacional de 1938, Trotsky escribió una formulación aún más concreta de las tareas que tenían por delante los comunistas en los países fascistas:

«una vez que haya alumbrado el gran día, el movimiento revolucionario en los países fascistas tomará de golpe una extensión grandiosa y no se detendrá para resucitar cadáveres [régimen democrático-burgués][...] Esto obviamente no significa que la Cuarta Internacional rechace las consignas democráticas. Por el contrario, a veces pueden desempeñar un papel importante. Pero las fórmulas de la democracia (libertad de asociación, libertad de prensa, etc.), son para nosotros sólo consignas temporales o episódicas en el movimiento independiente del proletariado, y no una soga democrática

que los agentes de la burguesía (¡España!) pasan alrededor del cuello del proletariado. Tan pronto como el movimiento adquiera un carácter de masas, las consignas de transición se mezclarán con consignas democráticas: surgirán comités de fábrica, es de suponer, antes de que los viejos monjes hayan empezado a construir sindicatos desde sus oficinas; los sóviets cubrirán Alemania antes de que se reúna una nueva asamblea constituyente en Weimar. Lo mismo se aplicará a Italia y a los demás países totalitarios y semitotalitarios.»⁸

Está claro que los comunistas en Italia, además de ser los luchadores más decididos contra el nazi-fascismo, necesitaban mantenerse sobre la base de una completa independencia de clase respecto a la burguesía. Por supuesto, deberían haber defendido reivindicaciones democráticas básicas, como la abolición de la monarquía y el pleno restablecimiento de las libertades democráticas, como el derecho de reunión, manifestación y organización en partidos y sindicatos. En el campo, deberían haber luchado por una auténtica reforma agraria, con la expropiación de los latifundios y la redistribución de la tierra.

Sin embargo, estas reivindicaciones democráticas deberían haberse combinado con reivindicaciones que pusieran en primer plano la cuestión del poder obrero y que resonaran con la etapa real del movimiento, como la expropiación de los capitalistas, el control obrero de las fábricas y la formación de consejos obreros como órganos de lucha.

De hecho, desde 1943 hasta finales de la década de 1940, se desarrolló en las ciudades un movimiento masivo de comités de fábrica, al mismo tiempo que se desarrollaba una oleada de ocupaciones de tierras en todo el país

Un programa así habría podido forjar una alianza entre la clase obrera y las demás capas oprimidas de la sociedad italiana, y el campesinado en particular,

ganándolas para la lucha revolucionaria por el socialismo.

En su lugar, la línea del PCI dirigida por Togliatti era la de una «democracia progresista»; un régimen de Frente Popular (es decir, burgués) que supuestamente satisfaría las demandas de las masas oprimidas, en el que la Asamblea Constituyente (es decir, un parlamento burgués) representaba «el comienzo de una renovación profunda y radical de toda la vida del país.»⁹

De acuerdo con esta política, el 22 de abril de 1944, el PCI entra en el Segundo Gobierno Badoglio, una coalición que incluye al Partido Socialista Italiano (PSIUP, como se conocía entonces), los liberales, los monárquicos y los democristianos, con Togliatti asumiendo el papel de viceprimer ministro.

Este gobierno actuó de manera decisiva para estabilizar el capitalismo en Italia, incluida la reconstrucción del Estado burgués. No se llevaron a cabo purgas serias de fascistas, no se procesó a los altos mandos militares y se reforzaron los cuerpos represivos del Estado, empezando por los Carabinieri. Fue desde su inicio un gobierno de contrarrevolución burguesa, apenas disfrazado de forma «democrática».

COMIENZA EL MOVIMIENTO PARTISANO

Paralelamente al gobierno burgués, inmediatamente después del armisticio se creó el CLN. Este organismo fue designado para dirigir las formaciones partisanas, con estructuras regionales y provinciales.

También en este caso, el PCI siguió el modelo del Frente Popular. Los partidos que componían el CLN -- el PCI, el PSIUP, la Democracia Cristiana y otros tres partidos burgueses y pequeño-burgueses menores -- tenían igual representación. Esto infló enormemente el peso de los partidos burgueses, que por lo demás tenían una ínfima minoría en las brigadas partisanas y en el conjunto de la sociedad. Su mecanismo de toma de decisiones por unanimidad proporcionó a los dirigentes del



Archivo Privato Jonio Silerno

Una unidad de la
Brigada Garibaldi Pavía,
25 de abril de 1945



La masacre de Piazzale Loreto, 10 de agosto de 1944: los nazifascistas mataron a 15 partisanos y dejaron sus cuerpos expuestos al público

PCI y del PSIUP la excusa para renunciar a cualquier acción considerada «demasiado audaz» por los componentes burgueses.

Por tanto, el CLN estaba lejos de ser un embrión de los futuros soviets. Por el contrario, era un instrumento con el que contener a las masas partisanas. Pero esto plantea la cuestión de cómo el PCI pudo desempeñar este papel contrarrevolucionario.

Bajo el fascismo, el PCI había sido capaz, gracias a su aparato clandestino, de mantenerse más sólidamente que los reformistas del Partido Socialista. Tras la caída de Mussolini, se había convertido en el principal partido entre la clase obrera. Su popularidad se basaba en que era visto como el partido que había combatido el auge de los fascistas, además de ser considerado como el representante directo de la Unión Soviética.

La inmensa mayoría de sus militantes había despertado recientemente a la política. Se calcula que a principios de 1943 el PCI contaba con unos 6.000 miembros. En 1944 ascendería rápidamente a 501.000 y en 1945 alcanzó la friolera de 1.770.000.

Estos trabajadores y jóvenes estaban imbuidos de un espíritu revolucionario, pero tenían muy poca experiencia.

Ante las críticas y los estallidos revolucionarios de las bases, la dirección del PCI reprimió en ocasiones a los miembros que expresaban opiniones disidentes, acusándoles de «sectarismo» o «trotskismo». La mayor parte del tiempo, sin embargo, la dirección se centró en engañar a las bases sobre las perspectivas y tareas de la revolución.

Para ello se utilizó la «teoría de las dos etapas» menchevique: los compromisos de hoy eran necesarios en vista de lo que ocurriría mañana, cuando se prometió que «ajustaríamos cuentas» con los capitalistas y los fascistas.

Al mismo tiempo, se promovió el mito de la «duplicidad» de Togliatti. Cualquier acción o comportamiento oportunista de la dirección del PCI se presentaba como una hábil maniobra. La línea oficial, moderada, engañaría a los adversarios, mientras que, decían, bajo esta tapadera el partido se prepararía para la toma del poder en cuanto la situación lo permitiera.

Esta «duplicidad», que no se dirigía a la clase dominante sino a los obreros y a los partisanos, tenía la ventaja de no oponerse frontalmente a las aspiraciones de las masas, y evitaba así que sus dudas sobre la línea del PCI se convirtieran en una oposición de izquierdas consciente.

OPOSICIÓN A LA LÍNEA DEL PCI

Además de las dudas y críticas dentro del partido, también había organizaciones y movimientos fuera del PCI que se oponían a la línea de Togliatti.

La prohibición del PCI en 1926 había interrumpido en cierta medida la historia del movimiento comunista en Italia. Muchos activistas que resistieron durante los oscuros años del fascismo, y otros que se acercaron al comunismo en esos mismos años, sabían poco o nada de la ruptura entre Stalin y Trotsky, o de la eliminación física de toda la vieja guardia bolchevique. Sin embargo, al entrar en la lucha política, muchos redescubrieron

las ideas de los fundadores del partido, como Gramsci y Bordiga, y su intransigencia de clase.

Estas capas criticaron la línea del PCI por su colaboración de clases, su aceptación de la monarquía y su falta de internacionalismo. Muchos vincularon correctamente la lucha contra el nazi-fascismo con la perspectiva revolucionaria para transformar la sociedad.

No se trataba de grupos insignificantes. El Movimiento Comunista de Italia, con sede en Roma, más conocido por el nombre de su periódico, *Bandiera Rossa* (Bandera Roja), tenía un tamaño similar al del PCI durante el periodo clandestino, y en 1944 aún contaba con 5.000 activistas. *Stella Rossa* (Estrella Roja), en Turín, contaba con unos 2.000 miembros. La Fracción de Izquierda de los Comunistas y Socialistas Italianos, entre cuyos fundadores estaban también los principales dirigentes del sindicato CGL Rossa (CGL Roja), contaba con unos 10.000 activistas en todo el sur en el verano de 1944, incluidos unos 1.000 en Nápoles.

Pero el crecimiento de la Fracción de Izquierda se vio obstaculizado por su propio enfoque sectario. Su negación de la utilidad de las consignas democráticas, por ejemplo, la apartó de una amplia capa de las masas, que estaban despertando a la lucha revolucionaria a través de la lucha contra el fascismo.

Las otras organizaciones a la izquierda del PCI sufrían por su falta de comprensión de la naturaleza de la URSS. Para ellos, Stalin estaba llevando a cabo la política de Lenin; Togliatti y los demás dirigentes del PCI

simplemente estaban traicionando las directrices de la Unión Soviética.

Cuando se reveló sin lugar a dudas que la línea política del PCI era totalmente compartida por Moscú, muchos de estos grupos se encontraron en un callejón sin salida. La autoridad de Togliatti estaba vinculada a la Unión Soviética y al Ejército Rojo que estaba desmantelando el nazismo en Europa, por lo que era incuestionable entre los trabajadores y la juventud italianos.

El problema fundamental era que Bandiera Rossa, Stella Rossa, la Fracción de Izquierda y otros no tenían realmente un marco teórico alternativo al estalinismo. Por otra parte, los activistas que se consideraban trotskistas eran pocos y estaban aislados.

Así, el estalinismo se erigió durante un largo periodo histórico en la tendencia política hegemónica dentro del movimiento obrero italiano.

MARZO DE 1944: LA HUELGA GENERAL

Con las huelgas de marzo de 1943, el dique de contención de la clase obrera se había roto definitivamente, y desde entonces la agitación obrera no había cesado. Pero la reanudación de la producción bajo ocupación alemana en otoño de 1943, con el objetivo de apoyar el esfuerzo bélico del Reich, provocó una nueva etapa en la lucha.

Tras semanas de agitación y reuniones clandestinas, el Comité Secreto de Agitación del Piamonte, Lombardía y Liguria-organismo promovido por el PCI y el PSIUP- publica un manifiesto en el que llama a la huelga general.

A las 10 de la mañana del 1 de marzo de 1944, aniversario de las huelgas de 1943, 300.000 obreros de Milán y 50.000 de Turín pararon la producción. No sólo los obreros industriales, sino también los transportistas y los tipógrafos. La huelga se extiende rápidamente a muchas otras ciudades del norte de Italia.

Fue la mayor huelga organizada en la Europa ocupada por los nazis. Se calcula que participaron entre 500.000 y 1 millón de trabajadores, ignorando el cierre patronal y las amenazas de las autoridades nazi-fascistas.

La plataforma de la huelga tenía un claro contenido político: la consigna principal era el derrocamiento del nazi-fascismo. Pero las masas también comprendieron que la responsabilidad de la guerra y la miseria no era sólo del fascismo, sino también de los capitalistas, que habían optado por apoyarse en las bayonetas nazis para mantener la paz social en las fábricas

En el curso de la lucha, los trabajadores plantearon audazmente sus propias reivindicaciones de clase, planteando incluso la cuestión del control obrero. Por ejemplo, un folleto distribuido por el comité de huelga de Milán en los días previos a la huelga contenía las siguientes reivindicaciones:

Pago íntegro del coste de la vida; suspensión de todos los despidos y reducción de la jornada laboral por debajo de las 40 horas; liberación de todos los partisanos, trabajadores o no [...]; los trabajadores no deben ser deportados a Alemania. [...] ¡Creemos comités de huelga en los talleres! ¡Creemos

escuadrones de defensa obrera contra la violencia fascista y nazi!¹⁰

Una huelga general bajo ocupación militar planteaba inevitablemente la cuestión de la insurrección y la necesidad de armar a la clase obrera. Los obreros habían decidido la huelga con la convicción de que el movimiento partisano apoyaría la acción. Sin embargo, la intervención de los Grupos de Acción Patriótica (las formaciones partisanas activas en las ciudades) fue extremadamente limitada.

La ausencia de un apoyo armado sustancial impidió a los huelguistas, salvo en unos pocos casos, tomar las calles y desafiar abiertamente a las autoridades de ocupación. La desmoralización se apoderó así de los trabajadores y la huelga terminó el 8 de marzo.

LUCHA DE CLASES Y GUERRA PARTISANA

El fracaso de los grupos armados partisanos en el apoyo a la huelga no fue casual. La dirección del PCI, y más aún los demás partidos del CLN, insistían en que la Resistencia no debía tener un carácter de clase, sino exclusivamente de liberación nacional.

Así, el centro del conflicto debía trasladarse de las ciudades a las montañas. Esto implicaba el traslado de cuadros y activistas del partido al campo, o de las fábricas a las formaciones militares.

En las ciudades, la acción partisana se basaba exclusivamente en sabotajes y atentados individuales. Los partisanos tenían que actuar en la más absoluta clandestinidad y, por tanto, estaban aislados del movimiento de masas de huelgas y manifestaciones.

Obreros en huelga en una fábrica de Sesto San Giovanni, en las afueras de Milán, 1944





Exhibición pública de los cadáveres de Mussolini (segundo desde la izquierda) y otros fascistas ejecutados en Milán, 29 de abril de 1945

Este alejamiento de las ciudades no siempre sentó bien a algunos de los mejores cuadros del PCI sobre el terreno, como puede verse en un informe del 27 de noviembre de 1943 de Arturo Colombi, que operaba en Turín:

«Nuestras fuerzas políticas son conde-nadamente pequeñas: faltan cuadros intermedios y la dirección [local] se ha debilitado al enviar lejos de Turín a los mejores camaradas y dedicar al resto al trabajo militar. Sólo tenemos un puñado de hombres que, entre otras cosas, son completamente nuevos en el ambiente o llevan muchos años desaparecidos. Ninguno de nosotros ha dirigido nunca grandes huelgas, editado periódicos, etc. Nos bombardeáis con incitaciones a darlo todo al trabajo militar y hoy nos damos cuenta de que deberíamos haber dado un poco menos porque la posibilidad de promover huelgas políticas de masas y la huelga general, etc., muestran cómo la movilización política de las masas en un gran centro es de enorme importancia para los efectos de la lucha general.»¹¹

Bajo la ocupación militar, la lucha armada de los partisanos era absolutamente necesaria. Sin embargo, la pregunta que hay que plantearse es: ¿qué estrategia era necesaria para guiar la lucha militar en general?

Lo que hacía falta era soldar la lucha obrera a las formaciones partisanas que actuaban en el campo y en la montaña. La clase obrera debía ser reconocida como la fuerza dirigente de la lucha antifascista, dado su papel en la producción.

Los comités clandestinos de agitación deberían haberse transformado en embriones de consejos obreros, a través de los cuales la clase obrera pudiera dirigir huelgas, organizar destacamentos obreros armados y asumir la gestión de la producción, con el objetivo de conquistar el poder político.

El potencial para crear estas milicias obreras era enorme. En las semanas previas a la liberación de Roma, Bandiera Rossa hizo un llamamiento para la creación de un «Ejército Rojo» en la capital. Más de 40.000 «camaradas de todas las tendencias comunistas», incluidos algunos oficiales superiores del ejército, respondieron a este llamamiento, y se formaron hasta 34 divisiones. Pero el PCI, aterrorizado ante tal escenario, ejerció una presión política y material sin precedentes sobre los líderes de Bandiera Rossa, incluyendo amenazas de cortar los suministros de los aliados. Esto consiguió obligar a desistir de llevar a cabo la iniciativa.

‘LIBERACIÓN NACIONAL’ FRENTE A GUERRA DE CLASES

La primavera de 1944 dio un importante impulso a la lucha partisana. Decisiva para engrosar las filas partisanas fue la represión que siguió a la huelga de marzo de 1944, que obligó a muchos trabajadores a unirse a brigadas partisanas para escapar a la deportación a Alemania.

Asimismo, el «Bando Graziani», el reclutamiento militar obligatorio de jóvenes italianos en el nuevo ejército del régimen fascista reconstituido en el norte, fue un factor clave. Cualquiera que

no respondiera a la llamada a las armas de los fascistas se enfrentaría a la pena de muerte. De los 180.000 reclutas, sólo unas decenas de miles se presentaron. Todos los demás desertaron, muchos de los cuales huyeron para unirse a las primeras brigadas partisanas.

Así, la milicia partisana llegó a tener casi 100.000 combatientes en el verano de 1944. La composición social era predominantemente proletaria, y la edad media era muy joven. La idea de que se estaba en vísperas de una insurrección armada estaba muy extendida.

Las «brigadas Garibaldi», dirigidas por comunistas, eran las más numerosas y constituían casi el 50% de las fuerzas partisanas. La radicalización hacia la izquierda era cada vez más evidente.

En ese momento, la dirección del PCI utilizó toda su autoridad para contener la movilización. Togliatti fue muy explícito en una de sus directrices cuando recomendó «recordar siempre que la insurrección que queremos no tiene como objetivo imponer transformaciones sociales y políticas en un sentido socialista y comunista, sino que tiene como objetivo *la liberación nacional* y la destrucción del fascismo.»¹²(Énfasis nuestro)

Sin embargo, el PCI tenía dificultades para contener la radicalización. Como escribió el historiador Claudio Pavone, el rojo estaba muy presente «en la simbología de los pañuelos, las camisetas, las estrellas, los martillos y las hoces, los saludos con el puño cerrado y las canciones».

Sin embargo, esto no era del agrado del mando Valtellina de las Brigadas Garibaldi, que ordenó:

«Que se retiren inmediatamente las estrellas rojas. No se permite ninguna insignia aparte de la hermosa escarapela tricolor. Del mismo modo, las canciones no pueden ser de ningún partido, únicamente de carácter nacional.»¹³

La subordinación del CLN a los partidos burgueses tuvo importantes consecuencias prácticas. Una de ellas fue la incapacidad de los partisanos en la liberación de Roma. El 5 de junio de 1944, Roma fue liberada por las tropas aliadas. Fue la única gran ciudad italiana que no fue liberada por los partisanos.

La motivación era clara. Si la capital del país había sido liberada por la juventud y los trabajadores en armas, ¿quién podría haber impedido un levantamiento popular en el resto del país? Así, los democristianos y los liberales, por consejo de los aliados y del Vaticano, se opusieron a los planes del PCI y del PSIUP de que los partisanos liberaran la «Ciudad Eterna».

Sin embargo, a pesar de la línea conciliadora adoptada por la alta dirección, el empuje para la insurrección armada crecía desde abajo. Si el PCI hubiera lanzado

el llamamiento a la insurrección entre el verano y el otoño de 1944, a los 100.000 partisanos de las montañas y el campo se habrían unido millones de trabajadores que sólo esperaban la señal del partido.

La resistencia armada al nazi-fascismo no fue un fenómeno aislado sólo de Italia. Existían movimientos partisanos masivos en Grecia, Francia, Bélgica, y Holanda. Mientras tanto, los partisanos de Tito liberaron Belgrado el 20 de octubre de 1944. Este fue el primer paso hacia la liberación de toda Yugoslavia, que finalmente se lograría el 1 de marzo de 1945.

El ejército alemán retrocedía en todos los frentes y se producían innumerables incidentes de desertión. Pero fue en ese momento, en el umbral de la victoria, cuando los ejércitos aliados ralentizaron su avance repentinamente, aislando a los partisanos en el norte.

El 9 de octubre de 1944, en Moscú, Stalin había asegurado a Churchill que Italia permanecería en la órbita de Occidente. Ya no era necesario que los aliados avanzaran lo más rápidamente posible para reprimir cualquier movimiento revolucionario de los partisanos. Confiados en que su aliado, Stalin, frenaría el movimiento, se dedicaron a preparar la estabilización del dominio burgués.

Los Aliados, en esencia, abandonaron a los partisanos en manos de los nazis. Fue en otoño y principios de invierno de 1944 cuando los nazi-fascistas desataron sus más feroces represalias. Entre ellas, las masacres de civiles en Marzabotto, en los Apeninos boloñeses, con hasta 1.830 muertos, y en Sant'Anna di Stazzema, en el norte de Toscana, con 560 muertos.

Mientras tanto, en diciembre de 1944, la dirección del CLN firmó su capitulación total ante el imperialismo. El acuerdo, propuesto por el mando aliado y firmado también por Pajetta en nombre del PCI, garantizaba el desarme total de los partisanos, cuando fuera necesario. Además, los dirigentes de los partidos antifascistas debían ser excluidos del mando militar del CLN, para ser sustituidos por Cadorna, antiguo general fascista.

25 DE ABRIL DE 1945: DÍA DE LA LIBERACIÓN

Los aliados intentaron reproducir en toda Italia la estrategia de la liberación de Roma, pero el empuje desde abajo de las bases obreras y campesinas fue demasiado grande.

En la primavera de 1945, los partisanos contaban con 240.000 efectivos. A riesgo de verse desbordado por el fervor revolucionario de las masas, el PCI intentó contener el estallido dentro de unas vías predeterminadas. Así pues, iniciaron la insurrección.

El CLN había emitido un telegrama cifrado con la orden, que más tarde se hizo famosa: «Aldo dice 26XI». La «hora X» de

TODOS LOS PUEBLOS Y CIUDADES DEL NORTE FUERON LIBERADOS ANTES DE LA LLEGADA DE LOS EJÉRCITOS ALIADOS, POR LOS PARTISANOS Y LAS MASAS TRABAJADORAS. PARA MUCHOS DE ELLOS, LA LIBERACIÓN DEL NAZI-FASCISMO ERA SÓLO EL PRIMER ACTO, AL QUE DEBÍA SEGUIR EL SEGUNDO: EL DE LA REVOLUCIÓN COMUNISTA

la insurrección debía ser la 1.00 del 26 de abril. Pero «en la práctica», escribe Pietro Secchia, uno de los líderes del PCI en el alto mando de las brigadas Garibaldi, «los partisanos se sublevaron en casi todas partes antes de la hora señalada.»¹⁴

Como Togliatti quería dar a la insurrección un carácter puramente «nacional», no preveía ningún papel decisivo para la clase obrera, y que los partisanos actuaran meramente como auxiliares de las tropas aliadas que avanzaban.

Sin embargo, las masas obreras desempeñaron un papel central. El 18 de abril comenzó la huelga en Turín. Después, entre el 21 y el 23 se sublevaron Módena, Bolonia, Ferrara, Reggio Emilia y La Spezia. Génova fue liberada entre el 23 y el 26, y Milán el 25.

Dada la importancia de Milán como principal ciudad del norte de Italia, este día, el 25 de abril, se adoptó posteriormente como fecha simbólica en la que se celebra la liberación del nazi-fascismo.

Mussolini huyó de Milán esa misma noche, dirigiéndose al norte para escapar del país. Él y otros 50 destacados fascistas se unieron a una columna de la Luftwaffe alemana en su retirada hacia la frontera suiza. Aunque los acontecimientos posteriores son controvertidos, se cree que fueron interceptados por partisanos comunistas el día 27 y ejecutados al día siguiente.

En la región del Piamonte, la orden de sublevación no se dio hasta el día 26. Pero Turín, su ciudad clave, fue liberada por los obreros incluso antes de la llegada de los partisanos.

El historiador Guido Quazza, que en aquella época era miembro del Partito d'Azione, un partido

pequeñoburgués antifascista, describe la situación de doble poder que se produjo en abril de 1945:

«Antes del 25 de abril, durante 10 días, las masas populares ejercieron un poder real en el norte de Italia, estando aún lejos las tropas aliadas, y durante algún tiempo todavía contaron con el apoyo entusiasta de la mayoría de la población, el control de las fábricas y un gran levantamiento campesino en muchas zonas.»¹⁵

En otras palabras, aunque el poder formal estaba en manos de los militares, los aliados o los nazi-fascistas, el poder real estaba en manos de las masas.

Todos los pueblos y ciudades del norte fueron liberados antes de la llegada de los ejércitos aliados, por los partisanos y las masas trabajadoras. Para muchos de ellos, la liberación del nazi-fascismo era sólo el primer acto, al que seguiría el segundo, el de la revolución comunista. El llamamiento a la toma del



De un cartel de PCI de 1945



Huelga en Turín, 18 de abril de 1945

poder se esperaba con impaciencia. Los obreros de las ciudades y los campesinos y jornaleros del campo habían elaborado una lista de patrones y terratenientes a los que había que enfrentarse.

Un miembro del PCI de Bolonia resumió el ambiente:

«Pero queríamos destruir la propiedad privada, queríamos que el trabajo fuera compartido, que fuera posesión de todos, un derecho de todos. Aspirábamos a una sociedad sin explotados ni explotadores, y me parece que todavía estamos muy lejos de eso.»

Asimismo, un obrero metalúrgico de Reggiane recordó:

«En aquel entonces, el debate siempre giraba en torno al desarrollo de una sociedad socialista cuyo modelo era la Unión Soviética. Estábamos convencidos de que lo lograríamos pronto, de que llegaríamos en poco tiempo, de que construiríamos al nuevo hombre: comprometido, trabajador, capaz de construir un mundo sin explotados ni explotadores...»¹⁶

Conviene recordar aquí que esta «próxima etapa» era lo que habían prometido los dirigentes del PCI y del PSIUP. Así es como se habían aceptado los «compromisos temporales». Es por lo que tantos partisanos -hombres, mujeres y jóvenes- habían dado su vida (las cifras oficiales de la Resistencia hablan de 44.700 muertos y 22.000 heridos).

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN FORMA DEMOCRÁTICA

La burguesía y sus partidos eran demasiado débiles para aplastar por sí mismos este ascenso revolucionario de las masas. Por tanto, confiaron en el «gobierno del CLN» que se instaló en abril de 1945 -y en los demás gobiernos de coalición que siguieron hasta 1947- como una fase de transición necesaria para restablecer el orden, al tiempo que desacreditaban a los dirigentes del movimiento obrero. Mientras tanto, aprovecharon este respiro para construir una «alternativa moderada» en torno al recién creado partido de la Democracia Cristiana (DC).

Como suele ocurrir en estas alianzas del Frente Popular en una situación revolucionaria, los representantes de la clase dominante prefieren no aparecer abiertamente. Envían a dirigentes reconocidos de la clase obrera para que les hagan el trabajo sucio, mientras dirigen su política entre bastidores.

La coalición del CLN instalada tras la liberación tenía una enorme autoridad a los ojos de las masas. Con Ferruccio Parri, uno de los comandantes partisanos más conocidos, como primer ministro, a muchos les pareció que la Resistencia había llegado al poder.

De hecho, la «izquierda» ocupaba los puestos más prestigiosos del nuevo gobierno. Parri era también ministro del Interior; el socialista Nenni era

viceprimer ministro, responsable de la depuración de los fascistas; mientras que el PCI tenía a Togliatti como ministro de Justicia, a Gullo como ministro de Agricultura y a Scoccimarro como ministro de Finanzas.

El gobierno del CLN parecía estar en una posición realmente envidiable para iniciar un cambio radical. Al mismo tiempo, las fábricas estaban bajo control obrero y la tierra estaba ocupada por los campesinos y los jornaleros agrícolas. La burguesía estaba en total retirada.

Pero los dirigentes comunistas y socialistas no tenían intención de llevar a cabo una revolución. Por el contrario, actuaron como bomberos ante un incendio forestal.

Antes del 25 de abril, la Comandancia General de las brigadas Garibaldi se sintió obligada a recordar a sus combatientes que no llevaran «a cabo expropiaciones contra nadie que no sea pro-nazi». Pero ¿era extremadamente difícil encontrar en 1945 en Italia un capitalista que se proclamara todavía fascista!

El lema del PCI de la «democracia progresista» era fundamental para la línea del «nuevo partido». Se trataba supuestamente de una democracia en la que las masas oprimidas debían desempeñar un papel protagonista, cambiando el equilibrio de fuerzas a favor de los intereses de los trabajadores. Esta fórmula siguió siendo el eje de la política del partido durante las décadas siguientes.

Fatalmente, la propiedad de las fuerzas productivas por parte de los capitalistas debía quedar intacta, dentro de un sistema de democracia burguesa. Pero toda la historia de la sociedad de clases demuestra que no es posible la coexistencia simultánea de dos clases dominantes. Una siempre prevalecerá sobre la otra, y ninguna clase puede gobernar sin hacerse con el poder tanto económico como político.

Los objetivos de la burguesía se alcanzaron plenamente, y los comunistas desempeñaron un papel decisivo en la reconstrucción del aparato estatal burgués tras la caída de Mussolini y la liberación del nazi-fascismo.

Los dirigentes del PCI celebraron vergonzosamente este periodo como una transición victoriosa del fascismo a la «democracia». Ésta era precisamente la «contrarrevolución con rostro democrático» predicha por Trotsky. Y sin embargo, tras el asesinato de Trotsky en 1940, la dirección de la IV Internacional, mantuvo mecánicamente que sería imposible restaurar los regímenes democrático-burgueses en toda Europa durante este periodo.

Sólo Ted Grant analizó correctamente la naturaleza del proceso a medida que se desarrollaba. Como explicó en su momento:

«Los capitalistas] encuentran en las organizaciones socialdemócratas y estalinistas un instrumento listo y dispuesto para embalsar el ascenso revolucionario de las masas en canales seguros e inofensivos de colaboración de clases mediante una forma de frentepopulismo aún más degenerada que la que existió en el pasado. Así, combinarán represiones con reformas ilusorias. Destrozando los órganos embrionarios del gobierno obrero y desarmando a las masas, mientras proclaman simultáneamente su deseo de un gobierno «representativo» y de libertades «democráticas». [...] Cierto, la contrarrevolución del capital en sus primeras etapas, asumirá, en un corto periodo de tiempo tras el establecimiento del gobierno militar, una forma 'democrática'.»¹⁷

LA REVOLUCIÓN TRACIONADA

La amnistía general concedida a los fascistas, firmada por Togliatti, en su calidad de ministro de Justicia, permitió que miles de fascistas se librasen de sus crímenes. En el espacio de dos años, de 1945 a 1946, el aparato del Estado volvió a estar bajo el control de la clase dominante al destituir a todos los prefectos y comisarios de policía procedentes de la Resistencia.

Lo más vergonzoso fue que el PCI ordenó el desarme de las brigadas partisanas



Fotomontaje de trabajadores en huelga en Turín, 1943

y la devolución de las fábricas ocupadas a sus propietarios «legítimos».

Giorgio Amendola, diputado del PCI desde 1948 hasta su muerte en 1980, y figura clave del ala derecha del Partido Comunista Italiano, explicó en 1962 cuáles eran los objetivos de los dirigentes del PCI en aquel momento crucial:

«Durante los días de la insurrección, los patronos [...] habían abandonado sus puestos. Los obreros, los técnicos, los trabajadores de cuello blanco, reunidos en torno a los Comités de Liberación Nacional en las empresas [los CLNA], habían asumido la dirección de las fábricas.»

Explicó, sin embargo, que esto era:

«no para establecer un régimen de clases con la eliminación de los propietarios, sino para garantizar su gestión en interés de la comunidad nacional.» ¿Qué quería decir Amendola con esto? Explicó que el objetivo era «lograr el regreso de los propietarios a las fábricas [...] para que asumieran sus responsabilidades», y reinvirtieran su «capital oculto en las empresas, y aceptaran el control de los consejos de administración»¹⁸.

En muchas de las fábricas abandonadas habían surgido «consejos de administración». Pero los dirigentes del PCI insistieron en que éstos sólo debían tener un «papel consultivo», mientras facilitaban el regreso de los capitalistas. Lo que Amendola no explica es el hecho de que, una vez que los patronos volvieron a «asumir sus responsabilidades», rápidamente despidieron a los trabajadores que habían desempeñado un papel clave en la protección de las fábricas de las fuerzas nazis en retirada.

De hecho, a principios de 1946, el PCI aprobó el fin de la congelación de los despidos, mientras la inflación se disparaba. La reforma agraria, aunque se convirtió en ley, apenas se aplicó.

En las elecciones a la Asamblea Constituyente de junio de 1946 (que coincidieron con el referéndum sobre el mantenimiento de la monarquía), la DC quedó en primer lugar. El PSIUP fue el principal partido de izquierdas en Milán y Turín, y obtuvo el 21% a nivel nacional. Le seguía de cerca, en tercer lugar, el PCI, con el 19% de los votos. La «izquierda» se había impuesto en las ciudades y en el norte, pero pagó su colaboración en el gobierno.

Se formó un gobierno de «unidad nacional» al frente de la nueva República Italiana. Esto duró hasta que el primer ministro De Gasperi, democristiano, hizo un viaje a Estados Unidos en enero de 1947. Washington le garantizó su pleno apoyo, incluida la ayuda financiera en el marco de lo que se conocería como el «Plan Marshall», a condición de que el PCI y el PSIUP fueran apartados del gobierno, lo que ocurrió en mayo.

El mismo proceso tuvo lugar en toda Europa. Las coaliciones nacidas de la Resistencia llegaron a su fin con la expulsión de comunistas y socialistas. Como el auge de la lucha de clases había tocado techo, habían agotado su papel para la burguesía.

1948: UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

El largo periodo revolucionario llegó a su fin en 1948. La izquierda fue derrotada electoralmente el 18 de abril, cuando la lista unitaria del PCI-PSIUP obtuvo 31%, frente al 48% de la DC.

A pesar de este revés, de repente surgió una nueva oportunidad revolucionaria. En la mañana del 14 de julio, Togliatti fue gravemente herido por un fanático anticomunista. De repente, toda Italia se paralizó. Apenas hubo un obrero, campesino o trabajador que no se uniera a las protestas.

En Turín, todas las fábricas fueron ocupadas y patrulladas por obreros en armas. En Génova, los obreros ocuparon las

plazas y las calles y levantaron barricadas. Se impusieron fácilmente en los enfrentamientos con la policía, mientras que las emisoras de radio y los periódicos fueron capturados por los insurgentes.

En Milán, cientos de miles de trabajadores abarrotan la Piazza del Duomo. Todas las fábricas estaban ocupadas. Sesto San Giovanni, la ciudad industrial más importante de Lombardía, estaba en manos de los obreros. Situaciones similares se repitieron en ciudades de toda Italia, como Bolonia, Florencia, Venecia y Nápoles. En Roma, se produjeron enfrentamientos con la policía en todos los barrios de la ciudad.

Una vez más, el PCI traicionó el impulso revolucionario de las masas. «No ceder a las hipótesis insurreccionales», decretó la dirección del partido.

A pesar de esto, en los tres días de huelga general que siguieron, la clase obrera

demonstró que estaba firmemente decidida a llegar hasta el final. La pequeña burguesía simpatizaba con los obreros y la burguesía se vio impotente, al menos durante los dos primeros días. La policía estaba desbordada.

Lo único que faltaba era un auténtico partido comunista, una vanguardia revolucionaria que les condujera a la toma del poder. Pero éste, trágicamente, fue el factor que faltó durante todo este extraordinario período.

La burguesía se recuperó del miedo, levantó de nuevo la cabeza y desató una represión despiadada, con miles de detenidos y decenas de miles de despedidos.

El movimiento obrero italiano tardó más de veinte años en recuperarse de esta derrota histórica, con el «otoño caliente» de 1969.

Hoy, 80 años después de la liberación del nazi-fascismo, hay contradicciones

explosivas en Italia, como en el resto del mundo, que están preparando el terreno para una nueva situación revolucionaria. Esta vez, sin embargo, el fuerte Partido Comunista que ejercía un control casi total sobre las masas trabajadoras ya no existe.

Todavía es necesario construir un partido comunista, un partido con un programa revolucionario, que absorba las lecciones de esta revolución traicionada y las ponga a disposición de la juventud y los trabajadores. Si se construye un partido así en Italia, el próximo período revolucionario verá a la clase obrera conquistar y barrer el capitalismo para siempre. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc39
o escanea el código QR



EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN EN LAS FÁBRICAS

La clase capitalista había apoyado y colaborado abiertamente con el régimen fascista, y también con los nazis tras la ocupación de Italia. Cuando el régimen fue finalmente derrotado y los partisanos entraron en todas las grandes ciudades del norte, los patronos huyeron temerosos de cuál podría ser su destino a manos de una clase obrera enfurecida.

Las fábricas cayeron de facto bajo el control de los trabajadores. La clase capitalista podía ver el peligro real de ser expropiada por una clase obrera que llegara al poder. Los dirigentes del PCI no perseguían este objetivo. Al contrario, su objetivo era normalizar las relaciones con la patronal.

Tal era el estado de ánimo en las filas obreras del PCI, que incluso su federación local de Turín estaba imbuida de este espíritu de poder obrero. Tanto es así que Togliatti y Di Vittorio (secretario general de la reconstituida CGIL) intervinieron personalmente para contener este «obrerismo» que infectaba al partido en Turín.

Con los trabajadores bajo la presión de las cúpulas del partido, el director general de Fiat, Valletta, junto con su propietario Giovanni Agnelli, lograron recuperar el control de la fábrica.

Esto se repitió en muchas fábricas, donde los patronos sólo pudieron recuperar el control gracias a la línea seguida por los dirigentes del PCI. En varios casos, los patronos pidieron ayuda abiertamente a los dirigentes comunistas del CLN.

A raíz de un conflicto sobre el poder que debían tener los trabajadores en la planta de Magneti Marelli en Milán, el CLN de la región de Lombardía emitió una circular a los CLNA de la empresa en la que se decía claramente que:

«Los CLNA deben trabajar dentro de la empresa a toda costa en interés del gobierno y de la nación. [...] No trabajan, ni deben trabajar, en los intereses particularistas de los trabajadores de esa empresa en particular. En todos los problemas, el CLN debe asumir siempre la actitud de órgano de gobierno y de justicia nacional, no de órgano de clase y de demagogia. [...] Si en algún momento el CLN se ve en la necesidad de asumir actitudes y tomar iniciativas contrarias a los aparentes intereses inmediatos de los trabajadores, debe tener el coraje de hacerlo. No tiene que preocuparse por perder su popularidad, incluso tomando decisiones que sean por así decirlo impopulares.»¹

Sin embargo, este enfoque era realmente «impopular», y estos comités de dirección aplicaban en muchos casos el control obrero, algo que los empresarios no estaban dispuestos a tolerar.

Lo sucedido en la famosa planta Mirafiori de Fiat en Turín –que contaba con una plantilla de más de 20.000 trabajadores– ilustra cómo se hizo retroceder a los trabajadores. Cuando se celebraron las elecciones al comité de dirección, seis de sus siete miembros eran miembros del PCI.

El partido obligó a dimitir a los miembros elegidos del comité. A continuación, propuso que los representantes de los trabajadores de cuello azul y de cuello blanco se eligieran por separado, para garantizar tres representantes de cuello blanco y cuatro de cuello azul.

La lista acordada permitió elegir un comité compuesto de dos miembros del PCI, dos del PSIUP, uno de la Democracia Cristiana, uno del Partido de Acción y uno no

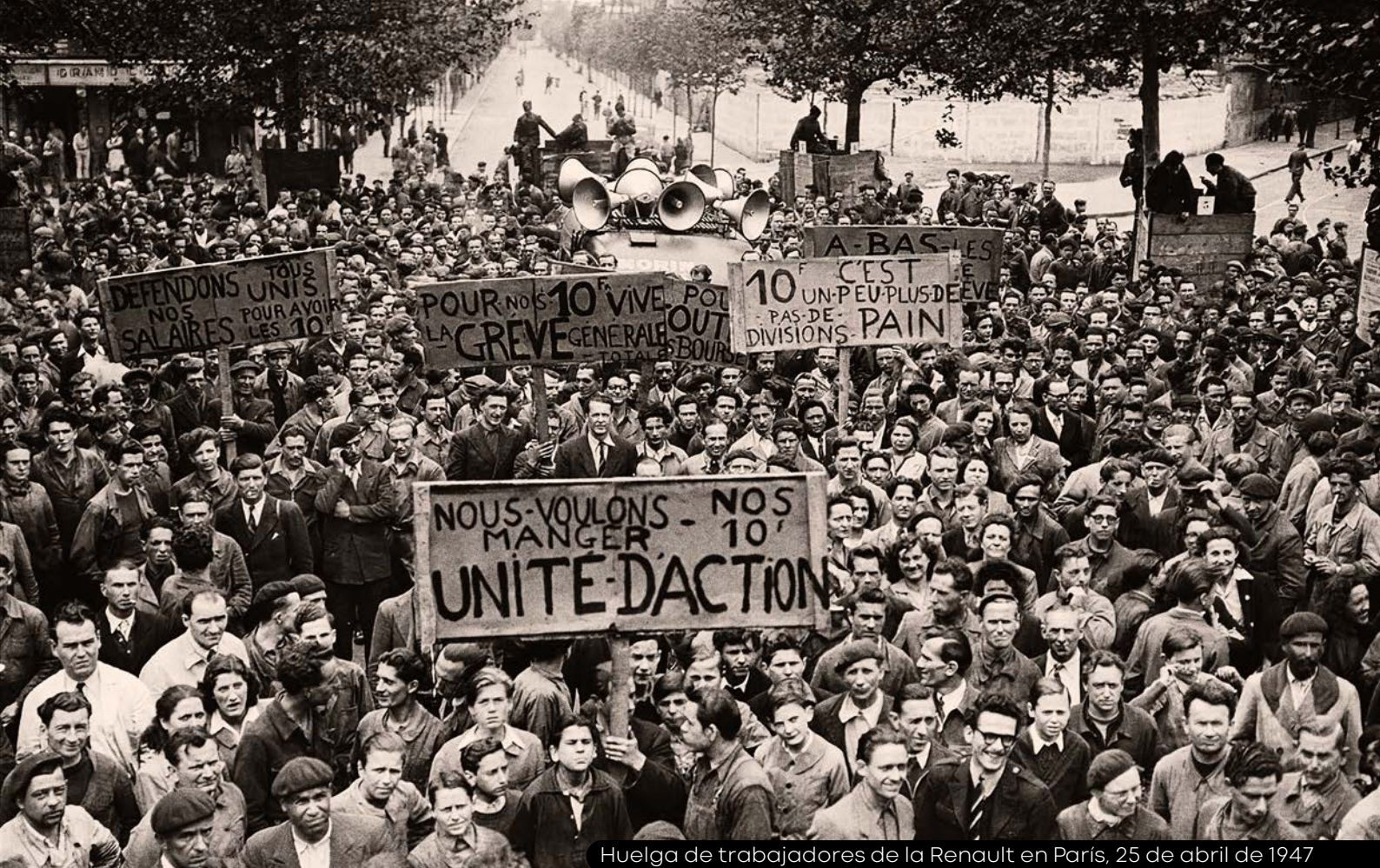
político. El objetivo era claramente eliminar la mayoría comunista, elegida por la masa de los trabajadores, para apaciguar los temores de la patronal.²

Estas maniobras se repitieron en las principales fábricas del norte. Era la «contrarrevolución en forma democrática» aplicada concretamente en cada lugar de trabajo. El poder volvió a manos de la patronal, y poco después se desató una feroz contraofensiva contra todos los trabajadores que se habían atrevido a desafiar el dominio de la patronal en los centros de trabajo. ■

1 Citado en S Vento, F Levi, P Rugafori, Il Triangolo industriale tra ricostruzione e lotta di classe 1945-48, Feltrinelli, 1974, pg 131, traducción nuestra

2 L Lanzardo, Clase operativa y partido comunista en la FIAT - 1945-49, Einaudi, 1971, p. 242





Huelga de trabajadores de la Renault en París, 25 de abril de 1947

LA LIBERACIÓN DE FRANCIA: UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

El Partido Comunista Francés desempeñó un papel destacado en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Con el viejo orden desacreditado, los comunistas estaban en una posición fuerte para tomar el poder durante y después de la liberación de Francia. En este artículo, **Jules Legendre** explica cómo y por qué los dirigentes comunistas se esforzaron conscientemente por frenar a la clase obrera y restaurar las fortunas del capitalismo francés.

La resistencia y la liberación de Francia durante la Segunda Guerra Mundial se encuentran entre los episodios más notables de la lucha de clases francesa. La movilización masiva de la clase obrera abrió la perspectiva de un derrocamiento revolucionario del capitalismo, sembrando el pánico en la clase dominante.

Sin embargo, los líderes de la clase trabajadora, empezando por los del Partido Comunista Francés (PCF), traicionaron este movimiento. Hicieron todo lo posible para restaurar el capitalismo francés y mantener al pueblo de las colonias bajo el yugo del imperialismo francés.

EL PARTIDO COMUNISTA Y LA GUERRA

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, la política del PCF sufrió cambios abruptos, bajo la influencia de la burocracia estalinista de la Unión Soviética. Hasta el verano de 1939, Moscú buscó concluir

una alianza militar con la burguesía francesa, a la que el PCF presentó como una «amiga de la paz» y la «democracia».

Sin embargo, en realidad, la Segunda Guerra Mundial, al igual que la Primera, no se libró «por la democracia». Más bien, enfrentó a las «viejas» potencias imperialistas francesas y británicas contra su «joven» rival, el imperialismo alemán, del que el nazismo no era más que la «esencia destilada», como explicó Trotski. Lejos de cualquier preocupación «democrática», Francia y Gran Bretaña libraron la guerra para mantener el sometimiento de cientos de millones de personas en sus colonias de todo el mundo. Además, ya el 26 de agosto de 1939, incluso antes de que estallara la guerra, el gobierno «democrático» francés prohibió la prensa comunista y trotskista, para pasar a prohibir el propio PCF a finales de septiembre.

Durante el verano de 1939, fiel a la línea dictada por Moscú, Maurice Thorez,

el principal dirigente del PCF, llegó incluso a alistarse de forma ostentosa en el ejército francés. Por desgracia para él, Stalin decidió firmar un pacto militar con Hitler en agosto de 1939. Thorez desertó apresuradamente y se marchó al extranjero, mientras que el PCF denunciaba la guerra que acababa de estallar, la misma que hasta entonces había aprobado sin reservas.

En mayo-junio de 1940, los ejércitos nazis arrasaron las tropas francesas y ocuparon París. El 10 de julio, la Asamblea Nacional, que se había refugiado en la ciudad balneario de Vichy, en el centro de Francia, otorgó plenos poderes al mariscal Philippe Pétain. Pétain estableció inmediatamente una dictadura militar bonapartista, el «régimen de Vichy», y proclamó una política de «colaboración» con Alemania.

Aunque algunos militantes comunistas se unieron a la resistencia contra el



Cartel del PCF de 1945 criticando la colaboración de los capitalistas franceses con los nazis

régimen de Vichy y la ocupación nazi a partir del verano de 1940, la política oficial del PCF siguió siendo muy confusa. Algunos de sus líderes incluso intentaron (en vano) negociar con los nazis el derecho a reeditar legalmente su periódico, *L'Humanité*, en nombre de la alianza sellada por el pacto nazi-soviético.

La invasión de la URSS por el ejército alemán en junio de 1941 provocó un nuevo giro de 180 grados: los diversos partidos comunistas de todo el mundo recibieron órdenes de Moscú de ayudar al esfuerzo bélico de los Aliados a toda costa.

En Francia, el PCF lideró una política de alianza con el ala burguesa de la resistencia. En mayo de 1943 se unió al «Consejo Nacional de la Resistencia», integrándose en una coalición con los principales partidos burgueses y movimientos de resistencia. Luego, en junio de 1943, se unió al gobierno en el exilio dirigido por el general Charles De Gaulle, a quien la URSS ya había reconocido como el único líder «legítimo» de Francia en diciembre de 1941. Esto fue, en efecto, una continuación de la política de colaboración de

clases del «Frente Popular» llevada a cabo por el PCF desde 1936.

El PCF adoptó una perspectiva esencialmente nacionalista, y su propaganda adoptó un tono antialemán en lugar de antifascista. En lugar de enfatizar una política de clases, particularmente con respecto a la clase trabajadora alemana, que también sufría bajo la bota nazi, *L'Humanité* y otros periódicos clandestinos vinculados al PCF propusieron el lema: «¡A cada uno su propio boche (término despectivo para referirse a los alemanes)!» Los combatientes de la resistencia bajo control comunista no lucharon bajo insignias comunistas, sino bajo la bandera tricolor francesa, sin estrella roja ni hoz y martillo.

La acumulación de derrotas del Tercer Reich empujó gradualmente a muchos líderes burgueses, e incluso a algunos partidarios de Pétain, a unirse a la resistencia. Este fue el caso, por ejemplo, del general Alphonse Juin. Cuando las tropas estadounidenses ocuparon Argelia, una colonia francesa, en noviembre de 1942, Juin pasó del petainismo al gaullismo en cuestión de días. Pero en nombre de la «unidad

nacional», el PCF hizo la vista gorda ante este «blanqueo» gaullista.

Por su parte, los grupos comunistas de la resistencia desafiaron todos los riesgos. Perseguidos por la policía de Vichy y los alemanes, no dudaron en organizar la distribución de folletos, huelgas e incluso manifestaciones públicas, justo delante de las narices de las autoridades de ocupación. También intensificaron los ataques contra los soldados alemanes. Miles de militantes pagaron con sus vidas esta devoción.

El PCF también se benefició del aura de las victorias obtenidas por el Ejército Rojo en la URSS tras la batalla de Stalingrado. A los ojos de la población francesa, los comunistas se convirtieron en una especie de encarnación de la resistencia a la ocupación nazi. Por lo tanto, el PCF se encontraba en una posición de fuerza mientras el país se liberaba de los nazis y sus colaboradores. Sin embargo, sus líderes hicieron todo lo posible por restaurar el poder de la burguesía francesa, en lugar de derrocarla.

EL LEVANTAMIENTO DEL VERANO DE 1944

A partir de 1944, la resistencia se convirtió en una fuerza importante. Decenas de miles de personas se unieron al «Maquis» (nombre utilizado colectivamente para todos los grupos de resistencia fuera de las ciudades) o a grupos de guerrilla urbana, y hostigaron a las tropas alemanas y a la milicia de Vichy.

Mientras De Gaulle intentaba contener la acción de la resistencia gaullista en la medida de lo posible, limitándola a un papel auxiliar de las fuerzas regulares de los Aliados, el PCF se lanzó de lleno a la acción clandestina y la guerra de guerrillas.

La represión nazi se intensificó durante 1944, sobre todo tras los desembarcos aliados en Normandía (6 de junio de 1944) y Provenza (15 de agosto de 1944). A lo largo del verano de 1944, a medida que se intensificaban la insurrección y las acciones del Maquis, se multiplicaban las atrocidades cometidas por los alemanes y el gobierno de Vichy. El 9 de junio, las SS de la División «Das Reich» ahorcaron a más de cien civiles en Tulle (Lemosín). Al día siguiente, otra unidad de la misma División «Das Reich» prendió fuego a la aldea de Oradour-sur-Glane tras masacrar a sus 640 habitantes.

Pero los fascistas también sufrieron reveses. En julio de 1944, un maquis comunista en Lemosín, dirigido por el antiguo maestro de escuela Georges Guingouin, incluso resistió con éxito una ofensiva del ejército alemán y de los milicianos de Vichy durante la batalla del Monte Gargan.

Tras dos meses de feroces combates en Normandía, los Aliados consiguieron finalmente romper el frente y avanzaron hacia París. Al mismo tiempo, las

unidades que habían desembarcado en Provenza viajaron hacia el norte por el valle del Ródano en persecución de las tropas nazis en retirada. Pero en todas partes, especialmente en el Macizo Central y en el suroeste, la liberación fue obra de los maquis que se apoderaron de las ciudades. En muchas regiones, el poder estaba en manos de la población insurgente, que estableció entonces «comités de liberación» para administrar las zonas recién liberadas.

A finales de agosto de 1944, el pueblo de París se levantó. Este levantamiento, en gran parte por iniciativa de la resistencia comunista, aterrorizó a los líderes aliados: temían que el PCF se aprovechara de la situación para tomar el poder. De Gaulle envió urgentemente tropas francesas, algunas de ellas compuestas de exiliados republicanos españoles, que liberaron la ciudad «conjuntamente» con su población insurgente.

Pero los líderes del PCF no tenían intención de tomar el poder. Además, ya habían recibido instrucciones estrictas de Moscú: la autoridad del estado burgués debía ser restaurada a toda costa. Stalin esperaba mantener las buenas relaciones forjadas con las potencias imperialistas occidentales durante la guerra. La burocracia soviética también temía el ejemplo que una revolución proletaria victoriosa en un país de Europa occidental, que diera lugar a un estado obrero sano y libre de burocracia, pudiera tener en el pueblo soviético.

EL RETORNO AL «ORDEN»

En las regiones liberadas por la resistencia, De Gaulle envió con urgencia a prefectos (funcionarios del gobierno), que tomaron el relevo de los Comités de Liberación, sin que estos últimos opusieran resistencia. Este traspaso de poder se produjo con el apoyo y la aprobación del PCF, la CGT (la mayor confederación sindical del país) y todas las principales organizaciones del movimiento obrero.

Uno de los problemas que se planteó entonces a la burguesía fue el desarme de las «milicias patrióticas». Reforzadas por una afluencia de voluntarios, estas milicias participaron en las primeras batallas contra los alemanes durante el verano de 1944, y a veces sufrieron grandes pérdidas. Encarnaban una autoridad paralela a la del Estado burgués que la resistencia gaullista estaba en proceso de restablecer.

A finales de otoño, el PCF ordenó el desarme de las Milicias Patrióticas y la integración de parte de su personal en el ejército regular, donde a veces se encontraban bajo las órdenes de ex oficiales pe-tainistas, como el general Juin.

Esta integración fue más fácil de aceptar para los antiguos combatientes de la resistencia, ya que la guerra aún no había terminado. En aquel momento, los

alemanes todavía ocupaban Alsacia (Colmar no fue liberada hasta febrero de 1945), así como muchos puertos de las costas del Atlántico o del Canal de la Mancha (como Dunkerque, Saint-Malo y La Rochelle).

Por lo tanto, la continuación de la guerra se utilizó para unir a todas las clases en torno al Estado burgués, con la ayuda activa de los líderes obreros. Muchos combatientes de la resistencia y «*maquisards*» se unieron al ejército regular para continuar la lucha contra los alemanes. Muchos de ellos murieron en los combates durante el último año de la guerra.

Mientras que las fuerzas de la «resistencia interna» fueron desarmadas, la burguesía protegió el aparato estatal. La purga «salvaje» de colaboradores nazis, llevada a cabo espontáneamente por los *maquisards* durante el verano de 1944, fue sustituida por una purga «legal», que fue particularmente indulgente. Por ejemplo, aunque los prefectos desempeñaron un papel clave en la represión de la resistencia y la deportación de judíos, solo uno de ellos fue castigado: Maurice Papon, que fue juzgado y condenado en... ¡1998!

De manera similar, la purga legal solo afectó a un puñado de patronos: aquellos que estaban demasiado abiertamente involucrados en la colaboración. Este fue el caso de Louis Renault, quien espontáneamente puso su compañía al servicio de la *Wehrmacht*. Fue arrestado y murió en prisión en octubre de 1944, mientras sus fábricas eran nacionalizadas. Pero su caso es la excepción a la regla.

La gran mayoría de los jefes «colaboracionistas» pudieron seguir disfrutando de sus fortunas. En 1941, el jefe del grupo L'Oréal, Eugène Schueller, fue uno de los dos fundadores de un partido pronazi, el

Mouvement Social Révolutionnaire, que denunciaba el bolchevismo y la «contaminación de la raza» por parte de los judíos. Sin embargo, Schueller escapó de cualquier castigo tras la liberación. Su nieta, Françoise Bettencourt, es hoy la mujer más rica del mundo.

UN GOBIERNO DE «UNIDAD NACIONAL»

Tras la liberación de París, el 9 de septiembre de 1944 se estableció un nuevo gobierno de «unidad nacional». El carácter de este gobierno fue inequívocamente burgués desde el principio. Para tranquilizar a la clase dirigente, todos los puestos clave (Economía, Interior, Defensa, etc.) quedaron en manos de ministros burgueses o de uno de los pocos ministros socialistas, todos ellos del sector más derechista del Partido Socialista (SFIO).

Aunque habían desempeñado un papel destacado en la resistencia, los comunistas participaron lealmente en el gobierno, pero solo recibieron dos ministros de un total de 21. En realidad, la participación comunista en el gobierno no acercó ni un centímetro a la clase trabajadora al poder, sino que proporcionó una tapadera de izquierdas para la estabilización del régimen capitalista.

En las elecciones de octubre de 1945, De Gaulle y su programa para una república presidencial con connotaciones de Vichy fueron rotundamente rechazados por los votantes. Tuvo que dimitir. El gobierno quedó entonces repartido entre tres partidos: el PCF, que estaba por delante en todas las encuestas nacionales; los socialistas; y un nuevo partido burgués, el Movimiento Republicano Popular (MRP).

Cabe señalar que, como tantos otros, el MRP adoptó un discurso superficialmente

Churchill y De Gaulle, 11 de noviembre de 1944



«socialista». Esto no es muy sorprendente. Después de 15 años de crisis económica mundial, guerra imperialista y fascismo, el capitalismo y la burguesía estaban profundamente desacreditados.

Por otro lado, el movimiento obrero era extremadamente poderoso. El PCF tenía más de 800.000 miembros; controlaba la CGT, que tenía más de 5 millones de afiliados sindicales. Pero en lugar de denunciar la hipocresía de los políticos burgueses del MRP, que se proclamaban «socialistas» con fines electorales, el PCF participó en un gobierno con ellos para salvar el régimen burgués.

En la medida en que el equilibrio de poder le impedía aplastar a la clase obrera, la clase dominante pretendía desarmarla, desorientarla y, finalmente, agotarla confiando en la complicidad de los líderes del movimiento obrero. Es este proceso el que Ted Grant, basándose en los análisis de Trotski sobre la Alemania de Weimar, describió en su momento como «contrarrevolución en forma democrática».

SEGURIDAD SOCIAL

Para mantener su poder, la clase dominante también se vio obligada a «relajarse» y conceder una serie de reformas sociales. La más conocida de ellas es la «Seguridad Social».

No se trataba de un proyecto nuevo. Ya en el periodo anterior a la guerra, los «tecnócratas» burgueses que se habían graduado en las *grandes écoles* y estaban cerca de los círculos bancarios y de los grandes industriales estaban considerando la posibilidad de nacionalizar la seguridad social. Esto se hizo con el fin de poner fin al

caos causado por la competencia entre las numerosas empresas privadas y las mutuas de seguros. Su objetivo era «racionalizar» el capitalismo francés para hacerlo más competitivo en el mercado mundial. Pretendían lograrlo apoyando las grandes industrias y empresas financieras privadas con servicios sociales nacionalizados, planificados *de acuerdo con los intereses de la clase dominante*.

El sistema de seguridad social establecido tras la liberación se basó en estos proyectos. Obviamente, representó un verdadero progreso para muchos trabajadores, que quedaron así relativamente protegidos contra la pobreza en caso de discapacidad o enfermedad. Pero también fue de indudable interés para la burguesía.

La financiación de este nuevo sistema debía ser proporcionada en igualdad de condiciones por los empleados y los empleadores. Pero en realidad, toda la riqueza de la sociedad es producida por los trabajadores; los beneficios de los patronos se obtienen de esta riqueza. Este sistema «conjunto» significaba, por tanto, que los empleados eran «gravados» dos veces: la primera a través de la parte de la riqueza directamente apropiada por el patrón, la segunda a través de los impuestos y las contribuciones a la seguridad social.

El sistema de seguridad social también hizo que la sociedad en su conjunto soportara la carga financiera de la atención médica de los empleados, que producen la riqueza de los grandes capitalistas. Al mismo tiempo, la clase trabajadora debía soportar la peor parte de los esfuerzos para que la economía francesa se recuperara, en beneficio de la clase dominante.

LA «BATALLA DE LA PRODUCCIÓN»

Antes de 1939, la industria francesa estaba muy por detrás de Estados Unidos y Alemania. Los bombardeos aliados, seguidos del sabotaje de las tropas alemanas en retirada, devastaron la industria francesa y la red ferroviaria. En 1945, el PIB francés era solo el 40 % de su nivel anterior a la guerra. Muchos empresarios y políticos pidieron entonces la intervención del Estado para absorber las pérdidas y racionalizar la producción.

Las minas de carbón, varias empresas de crédito, las compañías de gas y electricidad, los cuatro bancos más grandes y varias otras empresas quedaron bajo control estatal. Sin embargo, la economía siguió siendo predominantemente de propiedad privada. Se creó una comisión de planificación, pero esta «planificación» era solo indicativa: simplemente animaba a las empresas privadas a invertir en sectores designados por el Estado, atrayéndolas con ayudas financieras y exenciones fiscales.

Solo se nacionalizaron los sectores «estratégicos», de modo que la carga de su recuperación pudiera ser asumida por toda la población. Estas empresas e infraestructuras «racionalizadas» podrían utilizarse para ayudar al capitalismo francés a ser más competitivo en el mercado mundial. La gran mayoría de estas empresas acabaron siendo devueltas al sector privado, a menudo a precio de saldo. Por ejemplo, los bancos se privatizaron ya en la década de 1960.

Todas las nacionalizaciones se llevaron a cabo sin la participación de los trabajadores y, a veces, sin siquiera cambiar a

Manifestación frente a las oficinas del PCF en París, 20 de febrero de 1946



los gerentes. Sin embargo, surgieron espontáneamente algunos experimentos de gestión obrera. En Marsella, la CGT local «requisó» 15 empresas tras el arresto o la fuga de sus patronos «colaboracionistas». Pero esta iniciativa siguió siendo aislada; incluso fue condenada por la dirección nacional del PCF, que acusó a los militantes de Marsella de «querer crear soviets»².

En 1947, la Asamblea Nacional votó por unanimidad, incluidos los diputados comunistas, una ley que devolvía las empresas requisadas a sus antiguos propietarios y los indemnizaba.

Los líderes del PCF apoyaron con todas sus fuerzas esta restauración del capitalismo francés, que describieron como la «batalla de la producción». Dijeron que todo esto era en «interés nacional», pero, por supuesto, se llevó a cabo a costa de la clase trabajadora en beneficio de los capitalistas. Entre 1945 y 1948, la productividad del trabajo se duplicó, mientras que el poder adquisitivo medio cayó en un tercio. La inflación alcanzó casi el 60 por ciento en 1946 y 1947. El hambre seguía siendo generalizada y los «tickets de racionamiento» permanecieron en vigor hasta 1949.

Este sufrimiento no impidió que el PCF aconsejara a los trabajadores que «produjeran primero y se quejaran después»³. En julio de 1945, Maurice Thorez pronunció un discurso ante los mineros del norte que trabajaban en pozos extremadamente peligrosos, tras el sabotaje de los alemanes. Thorez proclamó:

«Producir es hoy la forma más elevada de deber de clase, de deber francés. Ayer, nuestra arma era el sabotaje, la acción armada contra el enemigo; hoy,

el arma es la producción para frustrar los planes de la reacción».

EL IMPERIO COLONIAL FRANCÉS

Durante la Conferencia de Brazzaville en 1944, De Gaulle había suscitado grandes esperanzas al hablar de una futura «participación indígena» en la gestión de las colonias. Decenas de miles de «nativos» habían combatido en las filas de las Fuerzas Francesas Libres (FFL). Representaban casi el 60 por ciento de las fuerzas de combate de la «Francia Libre» en 1944, y alrededor de la mitad de las muertes en combate. Pero sus esperanzas se desvanecieron rápidamente.

Tras los desembarcos de Normandía y Provenza, el Estado Mayor francés organizó el «lavado de cara» de sus tropas. Los soldados coloniales fueron desarmados y enviados de vuelta a las colonias, donde les esperaba la administración colonial. En Thiaroye, Senegal, los soldados indígenas exigieron el pago de sus atrasos: fueron masacrados por docenas.

El 8 de mayo de 1945, los nacionalistas argelinos organizaron una manifestación en Sétif para celebrar la rendición nazi y exigir la igualdad de derechos políticos. Fueron reprimidos con dureza. Estalló un levantamiento que fue aplastado en sangre. El ejército francés y las milicias de colonos masacraron entre 10.000 y 40.000 argelinos. El PCF aprobó la represión de lo que denominó un «complot fascista» dirigido por «provocadores hitlerianos». El periódico *L'Humanité* del 12 de mayo de 1945 incluso pidió «el castigo despiadado y rápido de los organizadores de la revuelta y de los esbirros que dirigieron el motín».

Ho Chi Minh proclamó la independencia de Vietnam de la «Indochina francesa» el 21 de septiembre de 1945. Un año después, en noviembre de 1946, el ejército francés bombardeó el puerto de Hai-phong, lo que desencadenó la Guerra de Indochina. En Madagascar, estalló un levantamiento independentista en marzo de 1947. Fracásó y su represión se saldó con entre 11.000 y 100.000 muertos. En estos dos últimos casos, el PCF protestó más o menos débilmente; pero, sin embargo, permaneció en el gobierno, sacrificando a los pueblos colonizados en el altar de la «reconstrucción», es decir, la reconstrucción del imperialismo francés.

LAS HUELGAS DE 1947

En el Ministerio de Trabajo, los comunistas ciertamente impulsaron el Código Laboral y la Seguridad Social. Pero también presionaron por el trabajo excesivo e intentaron contener la lucha de clases cuando resurgió después de tres años de la «batalla de la producción».

En abril de 1947, estalló una huelga en la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt, nacionalizada en 1945, para protestar contra la reducción de las raciones de pan por parte del gobierno. El PCF condenó esta huelga, y las que estallaron a raíz de ella, como maniobras «irresponsables», ya que corrían el riesgo de perjudicar la productividad de las empresas nacionalizadas. Pero la autoridad del partido sobre la clase trabajadora ya no era tan fuerte como lo había sido en 1945. El secretario de la CGT Metalurgia, Eugène Hénaff, fue incluso abucheado por los huelguistas de Renault en una reunión.

Tropas senegalesas en el ejército francés, 1940





Archives municipales de Saint-Étienne, 5 Fi 389

Piquetes en las minas de carbón de Yèvre y Saint-Dominique en La Ricamarie, el 20 de octubre de 1948

Las huelgas aumentaban y los líderes comunistas eran incapaces de detenerlas. En algunas ciudades, se volvieron explosivas: en Nevers y Lyon, la oficina del prefecto fue invadida por manifestantes.

Para la burguesía, la participación del PCF en el gobierno ya no era tan ventajosa como lo había sido. Esto fue particularmente cierto desde que la Guerra Fría había comenzado claramente. En mayo de 1947, el PCF fue brutalmente expulsado del gobierno por sus antiguos aliados en la SFIO y el MRP.

El PCF se unió entonces gradualmente al movimiento huelguista que había condenado inicialmente, pero este cambio de rumbo llegó demasiado tarde: el movimiento se había quedado sin fuerza y comenzó a decaer a partir de diciembre de 1947. Para rematarlo, la burguesía recurrió a una mezcla de represión y concesiones, en particular una bonificación general de 1.500 francos y un aumento de las asignaciones familiares.

Esta derrota dejó su huella. Los zigzags de la dirección del PCF ayudaron a la burguesía a dividir el movimiento sindical. A finales de 1947, el ala derecha de la CGT, apoyada por algunos militantes sectarios, se escindió y creó una «CGT-Force Ouvrière» financiada por el imperialismo estadounidense, pero que seguía siendo muy minoritaria.

En 1948, estalló un nuevo movimiento de huelga entre los mineros del norte. Aunque el PCF lo apoyó y desempeñó un papel clave en su organización, la dirección del partido no hizo ningún intento

por extenderlo a otros sectores. Los líderes estalinistas esperaban utilizar la huelga como palanca para negociar con las autoridades y tal vez incluso volver al gobierno.

Sin embargo, la huelga de los mineros fue brutalmente reprimida por el gobierno, que envió a la policía antidisturbios CRS y al ejército. Varios huelguistas fueron asesinados. El movimiento finalmente se desvaneció en noviembre de 1948.

OPORTUNIDAD PERDIDA

La lucha por la liberación y los años de la posguerra fueron una oportunidad perdida para derrocar al capitalismo francés. Los trabajadores estaban masivamente organizados y eran profundamente hostiles al orden burgués, mientras que la clase dominante estaba desacreditada por la colaboración y Vichy.

Si el PCF hubiera sido un verdadero partido marxista y revolucionario, podría haber aprovechado el entusiasmo revolucionario y la movilización de la clase trabajadora y las masas campesinas para lanzar una ofensiva revolucionaria contra el capitalismo. Por ejemplo, habría sido posible basarse en la requisita espontánea de empresas —como las de Marsella— para llevar a cabo una decidida campaña de nacionalización de los principales resortes de la industria y la infraestructura, bajo el control de la clase trabajadora.

Del mismo modo, si los Comités de Liberación y las Milicias Patrióticas se hubieran mantenido y organizado a escala nacional, podrían haber formado el andamiaje de un estado obrero. Esto podría

haber derrocado al estado burgués, desacreditado por la colaboración, y llevado a cabo una verdadera purga de todos los criminales que colaboraron con el nazismo y Pétain. A escala mundial, el estado de ánimo de la clase trabajadora era tal que los imperialistas estadounidenses y británicos no habrían podido lanzar a sus tropas a una intervención militar contra una revolución socialista en Francia.

En general, si el movimiento obrero —y en primer lugar el PCF— hubiera puesto toda su autoridad en una lucha revolucionaria contra el capitalismo, la clase dominante no habría podido hacer nada para salvarlo. En cambio, los líderes estalinistas rescataron activamente al capitalismo francés. El PCF pagó un alto precio por esta política de colaboración de clases. Entre 1946 y 1951, pasó de tener más de 800.000 militantes a solo 220.000. También perdió casi un millón de votantes.

Hoy en día, todos los que quieran derrocar este sistema deben aprender las lecciones de esta traición, para luchar por una dirección revolucionaria para la clase trabajadora, capaz de afrontar las trascendentales luchas que se avecinan, y para llevar finalmente a la clase obrera a la victoria. ■

- 1 *France D'abord*, octubre 1942, traducción.
- 2 *Les Réquisitions de Marseille (mesure provisoire)* (2004) [Película] Dir. Luc Joulé, Sébastien Jousse, France: Les Productions de l'œil sauvage
- 3 Citado en Michel Pigenet, 'Le PCF à la Libération, une force inédite pour une situation exceptionnelle', Ciné Archives

1945: EL CAMBIO DE LA CORRELACIÓN DE FUERZAS EN EUROPA

En este número nos complace republicar «El cambio de la correlación de fuerzas en Europa», escrito por **Ted Grant** en marzo de 1945. El valor y la importancia de este artículo hablan por sí solos, pero también publicamos la siguiente introducción para proporcionar al lector un contexto adicional.

El final de la Segunda Guerra Mundial marcó el comienzo de una época cualitativamente nueva en la historia mundial. En momentos como este, es imperativo que los revolucionarios evalúen los cambios que se están produciendo, a fin de desarrollar una perspectiva y una estrategia correctas.

Hasta ese momento, la Cuarta Internacional se había basado en las predicciones de Trotski en 1938-40, a saber: que la cuestión del estalinismo sería resuelta o bien mediante una contrarrevolución capitalista o con una revolución política por parte de la clase obrera; que los partidos estalinistas y socialdemócratas en Occidente quedarían completamente desacreditados, si no destruidos; y que una ola revolucionaria barrería Europa y el mundo, en el curso de la cual los pequeños partidos de la Cuarta

Internacional podrían transformarse en partidos revolucionarios de masas de la clase trabajadora.

A partir de esto, todos los partidos de la Internacional descartaron la estabilización de la democracia burguesa, ya sea durante o después de la guerra. En cambio, la perspectiva era de crisis económica, dictadura bonapartista, revolución y contrarrevolución.

La predicción de Trotski de una ola revolucionaria se confirmó de manera sorprendente en toda Europa. Incluso antes del final de la guerra en 1945, inspiradores movimientos revolucionarios de trabajadores y campesinos armados habían irrumpido en escena en Grecia, Yugoslavia, Italia y Francia. En toda Europa existía un ambiente revolucionario.

Sin embargo, el estalinismo salió de la guerra dramáticamente fortalecido, no debilitado. El Ejército Rojo había hecho añicos la maquinaria de guerra nazi y había penetrado profundamente en el corazón de Europa, convirtiéndose en el único poder real en Europa del Este.

Incluso fuera de la esfera de influencia de la URSS, las masas veían a la Unión Soviética y al Ejército Rojo como los que habían derrotado al fascismo en Europa. En consecuencia, los partidos comunistas estalinistas, que también habían desempeñado un papel importante en la lucha clandestina contra la ocupación nazi, gozaban de una inmensa popularidad.

Del mismo modo, los viejos partidos socialdemócratas atraían a una amplia capa de la clase trabajadora. Los trabajadores recurrían a sus organizaciones tradicionales en busca de mejoras sustanciales en sus





Ted Grant en 1949

condiciones, tras la devastación y el racionamiento de la guerra.

El artículo de Ted Grant es una clase magistral sobre cómo aplicar el método marxista a un cambio tan trascendental en la situación mundial. Grant procedió a analizar las condiciones materiales y las relaciones sobre el terreno, sin superponer ideas preconcebidas a la realidad. Cada uno de los pronósticos realizados en el artículo, escrito antes de que terminara la guerra, se trató como provisional, para ser verificado escrupulosamente con el curso real de los acontecimientos.

Podría decirse que la más importante de estas previsiones fue la perspectiva de Grant de una «contrarrevolución en forma democrática» en Europa. Grant reconoció que la base de la reacción bonapartista o fascista había sido completamente destruida en Europa por la derrota de los nazis y sus colaboradores. Los ejércitos aliados de ocupación difícilmente podrían proporcionar tal base.

En estas circunstancias, la clase dominante no podía simplemente confiar en la represión, sino que se vería obligada a apoyarse en los dirigentes estalinistas y socialdemócratas de la clase trabajadora, con el fin de estabilizar el dominio capitalista.

Al combinar promesas de reformas democráticas y sociales con intentos de desmantelar las organizaciones revolucionarias de la clase trabajadora armada que habían surgido durante la lucha contra el fascismo, la clase dominante y sus agentes desviarían así el movimiento hacia canales seguros para el capitalismo.

Esta perspectiva se confirmó por completo en toda Europa. Solo en Grecia el imperialismo británico y sus compinches siguieron un curso de guerra civil y dictadura sangrienta contra los trabajadores y los campesinos. Pero incluso aquí, el giro hacia una confrontación abierta y violenta solo se produjo después de que los trabajadores y campesinos armados hubieran sido vinculados por sus líderes estalinistas a un gobierno de transición «democrático», junto con los líderes de la burguesía.

Grant también previó la posibilidad de que, amenazada por las maniobras del imperialismo, la burocracia estalinista de la URSS procediera a nacionalizar las economías de los países de Europa Central y Oriental liberados por el Ejército Rojo. Esta perspectiva no era en absoluto evidente en 1945, cuando la política de Stalin era el mantenimiento del capitalismo bajo la llamada «democracia popular».

Otra previsión planteada en el artículo es la perspectiva de Grant de que el período que se iniciaba en 1945 se parecería al período de 1917-21 en Europa, o de 1931-39 en España. Esto se basaba en una serie de factores diferentes presentes en el momento en que se escribió el artículo.

Toda la economía europea estaba en ruinas. La escasez de alimentos y viviendas era universal. Alemania estaba siendo repartida entre las potencias vencedoras, sus industrias literalmente desmanteladas y llevadas como botín de guerra. Al mismo tiempo, la URSS había conquistado la mitad de Europa y una guerra de liberación nacional había impulsado a Tito y al Partido Comunista al poder en Yugoslavia.

Grant, por lo tanto, planteó la perspectiva de que la profundidad de la crisis, las demandas urgentes de las masas invictas y el creciente conflicto entre el imperialismo estadounidense y la Unión Soviética,

colocarían en el orden del día nuevas oleadas de revolución y contrarrevolución.

Sin embargo, precisamente esta amenaza de colapso económico y revolución socialista empujó al imperialismo estadounidense a lo que se conoció como el Plan Marshall; un cambio de política de proporciones enormes e históricas que nadie podría haber predicho con certeza en 1945.

En junio de 1947, el secretario de Estado George C. Marshall pronunció un discurso en el Congreso de los Estados Unidos, en el que dijo que Europa «debe recibir una ayuda adicional sustancial o enfrentarse a un deterioro económico, social y político de carácter muy grave».

El imperialismo estadounidense reconoció que era necesario reconstruir la economía europea por cualquier medio necesario. De lo contrario, primero Alemania y luego toda Europa caerían en la esfera de influencia soviética.

En abril de 1948, se firmó la ley del «plan Marshall». Durante los cuatro años siguientes, se enviaron a Europa 13.300 millones de dólares (175.300 millones de dólares a precios de 2025), principalmente en forma de subvenciones. Esta afluencia de ayuda financiera aceleró en gran medida la recuperación económica de la posguerra, y el auge resultante estabilizaría el capitalismo europeo durante más de 20 años.

De hecho, Grant planteó la posibilidad de este giro en su «Perspectivas económicas 1946», y analizó estos procesos en su totalidad durante los años siguientes. Animamos a los lectores a estudiar los escritos de Ted Grant de la época (que se pueden encontrar en www.tedgrant.org) para comprender mejor los procesos a medida que se desarrollaban.

Sin embargo, no hay mejor lugar para empezar que el presente artículo. En su explicación de los orígenes del orden de posguerra, cuyo colapso estamos presenciando hoy en día, pero también en su demostración del método genuino del marxismo, este artículo es realmente un clásico.

Editorial,
Abril 2025 ■

El final de la guerra abre una nueva etapa en los acontecimientos militares, diplomáticos, económicos y políticos mundiales.

El aplastante dominio económico y militar de la Unión Soviética en el Este y del imperialismo estadounidense con su satélite británico en Occidente, finalmente ha reducido a cenizas al imperialismo alemán y japonés.

Siguiendo a los victoriosos ejércitos «aliados», las «tres grandes» [EE. UU.,

Gran Bretaña y la URSS] junto a sus ministros de exteriores y asesores, se reúnen, discuten y llegan a acuerdos diplomáticos para dividir Europa y el mundo en esferas de influencia y zonas de explotación. A los estados satélites se les invita a los consejos de las Naciones Unidas, pero sólo para crear una fachada porque entre bastidores las decisiones, después de una dura negociación, sólo las tomarán las tres grandes potencias.

Detrás de los acuerdos militares y diplomáticos está el temor a la revolución proletaria en Alemania y en toda Europa; y no sólo en Europa, también en los países coloniales de oriente. Este problema cardinal, que una y otra vez levanta cabeza exigiendo una solución energética, se está convirtiendo rápidamente en la principal preocupación de las tres grandes potencias. En realidad, el punto central de la alianza que une a las 'tres grandes' y lo seguirá haciendo en el futuro, es su temor



Churchill, Roosevelt y Stalin en la Conferencia de Yalta, 9 de febrero de 1945

a la revolución y la preocupación por el aplazamiento o la represión de los inevitables movimientos revolucionarios en Alemania y Europa que buscarán la destrucción del viejo orden capitalista.

El cambio de la correlación de fuerzas entre las potencias mundiales desde el Tratado de Versalles, oculto por su transformación gradual entre las dos guerras mundiales, ahora se puede ver claramente en la suerte militar de las naciones.

La destrucción del ejército francés, anteriormente la fuerza militar más poderosa de Europa; la desintegración del imperio francés; el papel miserable de la clase dominante francesa durante la ocupación nazi como colaboracionista del conquistador; todos estos factores han subrayado el declive de Francia que ha pasado de ser una gran potencia, a jugar el papel de potencia de tercera fila en Europa y en el mundo.

La burbuja de las pretensiones imperiales, ampliamente anunciada por la clase dominante italiana a través de sus pretenciosas legiones de camisas negras, ha estallado y ha quedado reducida a cenizas. A la primera prueba sería la débil e insuficiente base económica ha quedado destruida. Italia se ha visto reducida a jugar el mismo papel que un país balcánico.

En toda Europa la guerra ha alterado completamente la importancia de las naciones en la nueva alineación de fuerzas. Polonia, Checoslovaquia, los países bálticos y balcánicos, Bélgica, Holanda y los países escandinavos, todos éstos ahora tienen un peso menor y juegan un papel inferior en el «consejo de las naciones».

El colapso de la hegemonía británica en el planeta; la incapacidad de Gran Bretaña de mantener su posición en el continente europeo o de intervenir decisivamente en

las batallas militares; la subordinación de sus líderes militares en el continente europeo ante sus mecenas yanquis; su declive general con relación a sus aliados ruso-estadounidenses, todo está colocando rápidamente a Gran Bretaña en lo que es su verdadera relación respecto a las otras potencias: la 'más grande de las pequeñas naciones'.

La entrada en la arena mundial del imperialismo estadounidense con sus gigantes recursos militares y económicos, le ha puesto inmediatamente a la cabeza de las naciones imperialistas. Tanto en el Este como en el Occidente, el peso de su fuerza militar y económica le asegura una posición dominante. El Pacífico se está convirtiendo rápidamente en un «lago americano», mientras que los dominios británicos gravitan hacia el dólar y sólo siguen vinculados a la madre patria nominalmente.

EL SURGIMIENTO DE RUSIA DE LA GUERRA

Pero el acontecimiento mundial con mayor significado es el surgimiento de Rusia, por primera vez en la historia, como la potencia militar más grande de Europa y Asia. Las tremendas victorias del Ejército Rojo en Europa han obligado a la mayor parte de la burguesía europea a orientarse hacia el Kremlin; además el movimiento pro-soviético de las masas le ha proporcionado una base de apoyo poderosa.

Hoy en Europa no existe una potencia continental capaz de desafiar al Ejército Rojo. No es posible crear en pocos años una fuerza militar capaz, material y moralmente, de emprender este desafío. Sólo con la derrota absoluta de la clase obrera europea, con la destrucción de sus organizaciones y la introducción de la negra reacción yanqui, sería posible reagrupar a

las fuerzas del capitalismo europeo para lanzar un ataque contra Rusia.

El cansancio de las masas en todos los países, especialmente en Europa, la admiración y el apoyo que provocan el Ejército Rojo, la simpatía hacia la Unión Soviética entre amplios sectores de la clase obrera, incluso en EEUU, todos estos factores junto a la correlación militar de fuerzas, hacen extremadamente difícil, si no totalmente imposible, que los Aliados ataquen a la Unión Soviética en los años inmediatos a la posguerra.

El riesgo de una operación como ésta es demasiado grande, sobre todo por sus implicaciones políticas, no sólo en Europa o Asia donde las masas apoyarían a la Unión Soviética, también en Gran Bretaña y EEUU. Ideológicamente, no sería posible movilizar a las masas a favor de esta guerra porque desenmascararía la verdadera naturaleza de la anterior lucha contra el Eje. Además, esta guerra, inevitablemente, sería una guerra prolongada debido al poder militar de la Unión Soviética y desembocaría en explosiones revolucionarias por todo el planeta. En el próximo período, a pesar de los antagonismos, los Aliados tendrán que tolerar la existencia de la Unión Soviética.

LOS ERRORES DE CÁLCULO DE LOS IMPERIALISTAS

El imperialismo alemán, seguro de sí mismo, anticipó la destrucción y la desintegración del estado soviético; los imperialistas anglo-estadounidenses esperaban la caída de la Unión Soviética aunque, al mismo tiempo, querían utilizar a Rusia para romper el poder del imperialismo alemán y aparecer ellos como los únicos vencedores. El imperialismo esperaba que la Unión Soviética saliera de la guerra



Frentes europeos en mayo de 1945. SCAEF: Comandante Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada. SACMED: Comandante Supremo Aliado del Mediterráneo. YANL: Ejército de Liberación Nacional Yugoslavo.

rota y debilitada, y de este modo, que el estado soviético fuera incapaz de resistir las exigencias e imposiciones que los imperialistas planeaban imponerle.

Pero sus cálculos estaban equivocados. Uno de los resultados más excepcionales de la guerra imperialista fue precisamente la transformación definitiva de la Unión Soviética, que pasó de ser anteriormente un país atrasado a emerger de la guerra como la potencia militar más importante del continente europeo. Esto ha alterado todos los cálculos de los imperialistas de ambos bandos. Los resultados han provocado un sudor frío en todas las cancillerías del mundo.

La guerra en Europa, en gran parte, se resolvió en una guerra entre Alemania, armada con los recursos de toda Europa, y la Unión Soviética. Y de esta prueba decisiva Rusia salió victoriosa.

Al ocupar los países de Europa del Este, la burocracia estalinista tiene un doble objetivo: conseguir una posición defensiva estratégica frente a sus aliados y el dominio, saqueo y esclavitud de los pueblos balcánicos y centroeuropeos en interés de la propia burocracia. Pero la

entrada del Ejército Rojo en Europa del Este provocó un movimiento de masas de los trabajadores y campesinos oprimidos. La burocracia estalinista ha utilizado este movimiento para situar a sus títeres y de este modo controlar firmemente a los gobiernos de estos países. Mientras tanto, para calmar a sus aliados, Stalin ha mantenido el capitalismo en las zonas que están bajo su control y que todavía no se han incorporado a la Unión Soviética, mientras que, al mismo tiempo, hacía concesiones a los campesinos como la reforma agraria.

Otra razón para el mantenimiento del capitalismo en las zonas ocupadas es el temor de la burocracia a las repercusiones que tendría poner en movimiento las fuerzas de la revolución proletaria, incluso de una forma caricaturesca, en los Balcanes y en todo el continente europeo. Esta situación explosiva supondría la extensión de un movimiento que iría más allá del control de la burocracia y representaría una amenaza porque tendría tremendas repercusiones en el Ejército Rojo, en los trabajadores y en los campesinos de la Unión Soviética.

La ocupación de Alemania y Europa del Este para la burocracia tiene un doble propósito. El primer objetivo es defender a la Unión Soviética con métodos que sean útiles para los objetivos reaccionarios y las necesidades de la burocracia estalinista. Estos métodos no tienen nada en común con el leninismo, en realidad, representan su negación. Y con relación a la revolución europea, la ocupación soviética tiene el objetivo de estrangular y acabar con la revolución proletaria.

Con la caída del imperialismo alemán, la defensa de la Unión Soviética, que anteriormente tenía una importancia capital en las tareas del proletariado de la Unión Soviética con relación a la guerra, ahora cede su lugar a la defensa de la revolución europea frente a la burocracia soviética. El Ejército Rojo, en manos de la burocracia bonapartista, se ha convertido en un arma de la contrarrevolución. La política contrarrevolucionaria de la burocracia estalinista es un peligro mortal para el proletariado europeo.

Sin embargo, para la burocracia estalinista la situación está plagada de peligros mortales. Es inevitable que los

UN RESULTADO EXCEPCIONAL DE LA GUERRA IMPERIALISTA ES EL DESPEGUE DEFINITIVO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, QUE PASA DE SER UN ESTADO ATRASADO A SER LA MAYOR POTENCIA MILITAR DEL CONTINENTE EUROPEO. ESTO HA DESBARATADO TODOS LOS CÁLCULOS DE LOS IMPERIALISTAS DE AMBOS BANDOS

campesinos y los trabajadores del Ejército Rojo confraternicen con los trabajadores y campesinos de los países conquistados. Cuando los soldados comparen las condiciones de los otros países con las que tienen en Rusia, los soldados comprenderán que la propaganda de la burocracia es completamente falsa.

En general, se puede decir que en el próximo período el mantenimiento del capitalismo en los países de Europa del este y central ocupados por la URSS, será el punto de partida para la restauración del capitalismo dentro de la propia Unión Soviética y dará a la burocracia la oportunidad de adquirir la propiedad de los medios de producción. La otra posibilidad es que la burocracia tenga que actuar en contra de sus deseos y a riesgo de enemistarse con sus actuales aliados imperialistas, y que se vea obligada a nacionalizar la industria en los países ocupados, por supuesto actuando desde arriba y si es posible sin la participación de las masas.

La IV Internacional, mientras explica la naturaleza de la Unión Soviética y la necesidad de defenderla frente a los ataques del imperialismo mundial, tiene que desenmascarar el papel contrarrevolucionario de la burocracia con relación a la revolución europea y mundial. En el próximo período la defensa de la Unión Soviética va ligada a la defensa de la revolución europea frente a la conjura de la burocracia estalinista y el imperialismo mundial.

Allí donde se utilice al Ejército Rojo, que permanece bajo el control de la burocracia como un instrumento de su política, para aplastar y destruir el movimiento hacia la revolución de las masas o para abortar las insurrecciones y rebeliones de los trabajadores, el deber de la IV Internacional es oponerse al Ejército Rojo con todos los medios a su disposición, incluidas las huelgas, la fuerza armada, etc., mientras que al mismo tiempo debe hacer un llamamiento a los soldados del Ejército Rojo para recordarles su misión

en Octubre y pedirles que se pasen al lado de la clase obrera. La defensa de la Unión Soviética puede servir para extender Octubre y para el resurgimiento de la democracia soviética dentro de la URSS.

LA POSICIÓN DE LA BUROCRACIA ESTALINISTA

La burocracia estalinista gran rusa asfixia las aspiraciones de las minorías nacionales dentro de la Unión Soviética. El Partido Comunista Revolucionario defiende el *derecho* de los ucranianos, bálticos y otras minorías soviéticas a separarse de la Unión Soviética estalinista y formar estados socialistas independientes, aunque subordina la lucha por la independencia a la defensa de la Unión Soviética. Pero la secesión es una utopía reaccionaria a menos que sea concebida como parte de la lucha por la democracia soviética, el derrocamiento del estalinismo y la unificación de la URSS democratizada con los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Durante el curso de la guerra la separación de la casta burocrática de las masas y su ascenso por encima de ellas ha recibido un impulso tremendo. No queda nada de las conquistas de Octubre, excepto la conquista básica: la propiedad nacionalizada. El poder ha pasado de las manos de la burocracia civil a la burocracia militar con toda la galaxia de comisarios a su cabeza. En la Unión Soviética se están produciendo procesos contradictorios. Por un lado, el curso de la guerra ha acelerado la proletarianización de una nueva capa de la población, de mujeres e incluso niños. Así que, el proletariado soviético no puede ser inferior en número al proletariado estadounidense. Por otro lado, la diferenciación entre la burocracia y las masas asume un carácter cada vez más capitalista. De este modo se pueden ver dos tendencias contrarias. Las tendencias capitalistas miran hacia el occidente capitalista, la burocracia soviética ha asimilado casi completamente sus vicios. Las masas soviéticas son

conscientes de los crímenes de la burocracia, por la que sienten un profundo odio. Los trabajadores, campesinos y soldados vencedores ajustarán las cuentas a la burocracia soviética. Las victorias del Ejército Rojo sólo han podido imbuir en las masas soviéticas una tremenda sensación de confianza. No les será fácil aceptar las imposiciones y excusas de la burocracia una vez haya disminuido el peligro de la intervención capitalista. La guerra y la lucha titánica han sacado a las masas de su desesperación y apatía. La guerra ha sido un medio de revolucionar a la sociedad soviética, igual que en los países capitalistas.

Las victorias de la Unión Soviética son un capital para la revolución mundial, tanto a efectos de las masas en Europa y el mundo, como en su preservación de la economía nacionalizada. Pero es necesario que la clase obrera comprenda el doble proceso contradictorio.

Por un lado, las victorias del Ejército Rojo incrementan los ecos de la revolución de Octubre entre las masas europeas; por el otro, la burocracia utiliza el Ejército Rojo y sus agentes, los partidos comunistas, para estrangular la revolución proletaria.

Desde un punto de vista puramente económico, incluso a pesar de los excesos burocráticos y el sofoco de la iniciativa de las masas, la Unión Soviética probablemente dentro de unos años esté en posición de restablecer la producción al nivel conseguido antes de la guerra. A parte de los éxitos económicos que pueda mantener, eso no quiere decir que la guerra no haya tenido efectos profundos sobre la vida económica soviética o que los procesos económicos en la Unión Soviética durante la posguerra se vayan a producir fácilmente y sin ninguna crisis. Durante los últimos cuatro años la economía se ha adaptado a la producción casi exclusiva de material bélico. Los extraordinarios resultados productivos se han conseguido con un enorme coste: el desgaste de la maquinaria, la eliminación de las industrias de consumo, el agotamiento físico de los trabajadores. Consecuentemente, en el futuro, podemos esperar el estallido de profundas crisis que intensificarán las desproporciones que ya existen dentro de la economía soviética; crisis como la ocurrida en los años previos a la guerra y que ningún tipo de 'planificación' hecha por la burocracia podrá superar, ya que su origen está en el hecho de que la economía nacionalizada de la Unión Soviética está aislada de la economía mundial.

Las desproporciones ya existentes entre los distintos sectores de la economía soviética, entre la industria pesada y la ligera, entre la industria y la agricultura, todo se ha acentuado como resultado de la guerra. En particular la situación de la

agricultura, que hasta 1941 no se había recuperado completamente de los estragos del período de colectivización forzosa y que en gran parte ha sido devastada por esta guerra, planteará problemas que no tendrán una solución fácil en el marco de la economía soviética aislada.

Sin embargo, las ventajas de la economía nacionalizada son tales que a pesar de las contradicciones económicas, y dentro de su marco, será posible conseguir grandes avances productivos, a una escala y velocidad superiores a los que conseguirán de incluso los estados capitalistas más desarrollados.

La diferenciación dentro de la Unión Soviética ha alcanzado tales proporciones que para su solución hay tres posibilidades:

1. No se puede excluir, teóricamente, que sobre la base de un auge económico la burocracia pueda mantenerse durante un período de años.

2. Una mayor degeneración de la burocracia soviética podría preparar el terreno para la restauración capitalista.

3. El resurgimiento del proletariado podría provocar el derrocamiento de la burocracia y la restauración de la democracia soviética.

La burguesía mundial, sobre todo el imperialismo anglo-estadounidense, está apostando todo para que se produzca la degeneración interna dentro de la Unión Soviética. A través de la presión económica desde fuera y la reacción desde dentro esperan restablecer el capitalismo en la URSS. Basándose en la victoria de la reacción en Europa y Asia, esperan, finalmente, restablecer el capitalismo, si es necesario por medios militares. Mientras tanto, a pesar de los profundos enfrentamientos, están obligados a aplazar este asunto y utilizar los servicios de Kremlin para estrangular la revolución, que directa e inmediatamente, amenaza la propia existencia del capitalismo en Europa y Asia. Así que hoy la burguesía utiliza los servicios de la burocracia ante el peligro mortal al que se enfrenta el capitalismo para estrangular a la Unión Soviética cuando la crisis se haya superado.

Pero a pesar de las proporciones en las que ha crecido la burocracia, la situación presenta factores favorables para el resurgimiento del poder obrero. Las conquistas económicas entran en contradicción con la fortaleza de la burocracia que se ha convertido en una carga cada vez más pesada para la economía del país. El poder de las tradiciones de Octubre, incluso incrustado como está en la basura burocrática, ha quedado demostrado en la guerra.

Los acontecimientos venideros traerán muchas sorpresas para la burguesía mundial, y también para la burocracia estalinista. La propiedad colectiva, que demostró su superioridad tanto en la paz como en la guerra, se encuentra ahora



«¡Más metal – más armas!» (1941) de Nikolai Avvakumo

en un profundo conflicto con la burocracia. Será en la *crisis política* provocada por las consecuencias de la guerra donde se demostrará la debilidad de la burocracia. Es inevitable el surgimiento de enfrentamientos entre los trabajadores y campesinos, entre los soldados exigiendo los frutos de la victoria y los usurpadores. En estos enfrentamientos se encontrarán de nuevo el proletariado soviético y su vanguardia de la Cuarta Internacional, con su tradición de tres revoluciones y dos guerras victoriosas.

LA CUESTIÓN NACIONAL EN EUROPA

A pesar de que la maquinaria bélica nazi invadió toda Europa, sólo han bastado unos años para demostrar que la conquista era una ilusión. Los nazis fueron incapaces de contener el sufrimiento de los pueblos que conquistaban y sólo consiguieron provocar una pobreza y un hambre intensos, a parte de la insufrible carga de un yugo extranjero totalitario. A pesar de no tener un programa de clase claro que sirviera de base para su lucha y un coste innumerable de víctimas, las masas todavía consiguieron socavar el dominio nazi en Europa.

La clase dominante de los países conquistados, con buena o mala voluntad, unió las manos con los jefes nazis y se convirtieron en los directores y socios subalternos de los conquistadores. Los campeones de la «dignidad» y «unidad nacional» en la hora de la derrota se unieron al opresor contra las masas y su propia nación. Los intereses de clase, como si fueran agua, encontraron su propio nivel.

Si durante un tiempo los nazis consiguieron la ayuda de traidores, apoyados en la SS con sus torturas y terror, para mantener un dominio precario, esto fue gracias a los servicios prestados por los

policías de la socialdemocracia y el estalinismo. El llamamiento al chovinismo nacional inevitablemente ayudó a los imperialistas alemanes a arrastrar tras de sí al trabajador y al campesino alemán en su «lucha entre las razas», no podía sino actuar como cemento nacional en beneficio de los gangsters nazis y la burguesía alemán.

Ante la alternativa de elegir entre la esclavización nacional de otros o convertirse ellos mismos en una nación esclavizada, los soldados alemanes continuaron actuando como fuerzas de ocupación, sin duda con amargura en el corazón. Un llamamiento socialista internacionalista por parte de las organizaciones de masas legales de la clase obrera o de la dirección de la Unión Soviética y una campaña sistemática de confraternización de clase, habrían encontrado eco y obtenido resultados en las esquinas más alejadas del Reich alemán y el imperio nazi. Pero nunca llegó este llamamiento. Nunca se organizó la confraternización y la acción de clase.

NUESTRA ACTITUD ANTE EL MOVIMIENTO DE RESISTENCIA

La resistencia organizada contra los opresores extranjeros la iniciaron los estalinistas, los socialdemócratas, los partidos de la pequeña burguesía y sectores de la burguesía. Dentro de los grupos heterogéneos que formaban la resistencia, había contradicciones y antagonismos de clase muy que encontraron una expresión organizada, en algunos países llevó casi a la guerra civil.

En Polonia, Yugoslavia y Grecia, la profunda división provocó dos movimientos de resistencia rivales. El Zevs y el EDES eran los representantes de la vieja reacción capitalista feudal que en

determinado momento incluso apoyaron a los nazis contra Tito y Siantos, y éstos a su vez representaban a las masas plebeyas. En menor medida también se puede encontrar la misma división en todos los países ocupados, en el caso de Francia tenemos a los maquis y a los FTP¹.

En los enfrentamientos y luchas armadas que se producían vez en cuando, el ala de «izquierdas» o los elementos de la resistencia basados directamente en los sectores revolucionarios de la población, se vieron obligados, bajo la presión de los antagonismos de clase, a colisionar con los elementos que representaban a la burguesía. A pesar de la política «nacional» no «de clase» y la traición de la dirección, el movimiento representaba la lucha y la presión de las masas por una solución de clase, así que los socialistas revolucionarios tenían la obligación de dar su apoyo crítico al ala de izquierdas frente a la de derechas.

Pero incluso el ala de izquierdas del movimiento de resistencia no se basaba en comités amplios, sino en un acuerdo entre los partidos. Como tal, era un bloque de partidos, particularmente frente al papel colaboracionista del grueso de la burguesía, y una caricatura del frente popular. A pesar de contar con el apoyo de miles de luchadores proletarios leales, que veían en estos sectores de izquierdas del movimiento de resistencia una respuesta a sus aspiraciones de clase, el programa chovinista pequeño burgués, la dirección y la actividad del bloque de resistencia se caracterizaron por ser prácticamente una agencia directa del imperialismo.

En medio de la guerra imperialista todas las condiciones objetivas eran favorables para la lucha por la liberación nacional y la ruptura de la alianza con el imperialismo, pero esto sólo se podría haber conseguido basándose en un programa socialista con la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa. La lucha organizada sobre cualquier otra base -la política que defendían los dos sectores de la resistencia- sólo servía para ayudar a los imperialistas en medio de la guerra.

Por esa razón los trotskistas no podían esconder su bandera participando en un bloque de partidos y apoyando esta caricatura de frente popular. Aunque apoyemos este bloque, y dónde fuera posible dar dirección real al movimiento de masas, convocando huelgas, manifestaciones y enfrentamientos armados, los trotskistas tienen el deber de denunciar el bloque de resistencia como tal y a su dirección. Porque son el brazo y la agencia del imperialismo anglo-estadounidense que es hostil a los intereses de clase de la clase obrera.

Frente a las formaciones militares hostiles de la burguesía y pequeña burguesía, el movimiento de resistencia del partido proletario tiene el deber de

1. Napoleón Zervas era el dirigente del EDES (Liga Nacional Democrática de Grecia) que mientras participaba en la resistencia contra los nazis, durante la guerra civil de 1944-49 se convirtió en una herramienta del imperialismo británico y los monárquicos griegos. George Siantos fue el líder del KKE (Partido Comunista Griego) en 1942-5. Tito (Josip Broz) encabezó la resistencia partisana en la ocupación de Yugoslavia. El PC yugoslavo rompió con Moscú en 1948. Los maquis eran los luchadores de la resistencia en las zonas rurales de la Francia ocupada. Sin embargo, tanto en el campo como en las zonas urbanas los FTP (Francs-Tireurs et Partisans) dominado por los Comunistas se distinguían de la derechista Armée Secrete.

contraponer y, donde sea posible, organizar formaciones militares independientes de la clase obrera.

La hostilidad implacable hacia el «bloque de resistencia» debe complementarse con tácticas flexibles para poder llevar a cabo la política del partido. Las organizaciones de la resistencia eran terrenos importantes para la actividad revolucionaria. El partido revolucionario tenía el deber de enviar a sus cuadros a los movimientos de resistencia contraponiendo un programa proletario al burgués y pequeñoburgués, ayudando a destruir la influencia de la burguesía en los sectores combativos de la clase obrera, organizando una oposición proletaria consciente a la política de chovinismo y a los dirigentes chovinistas.

La «liberación» del continente por parte del imperialismo anglo-estadounidense planteó de una forma aguda el problema de la lucha de clases. Con el ascenso de la pesada mano de la represión totalitaria del imperialismo alemán, la cuestión nacional tendió a quedar en un segundo plano. Sólo una ocupación militar prolongada durante un período de años por parte de las fuerzas del imperialismo anglo-estadounidense y la burocracia estalinista, puede poner la cuestión nacional en un lugar importante en la política del continente europeo. La opresión indirecta y la explotación de las tres grandes potencias y la intervención militar de la vieja clase dominante contra el proletariado, conseguirán poner en primer lugar las *cuestiones de clase* en la conciencia de los pueblos europeos. En el caso de Alemania es donde el problema nacional asumirá un carácter más agudo debido al desmembramiento y subyugación de Alemania por parte de los aliados.

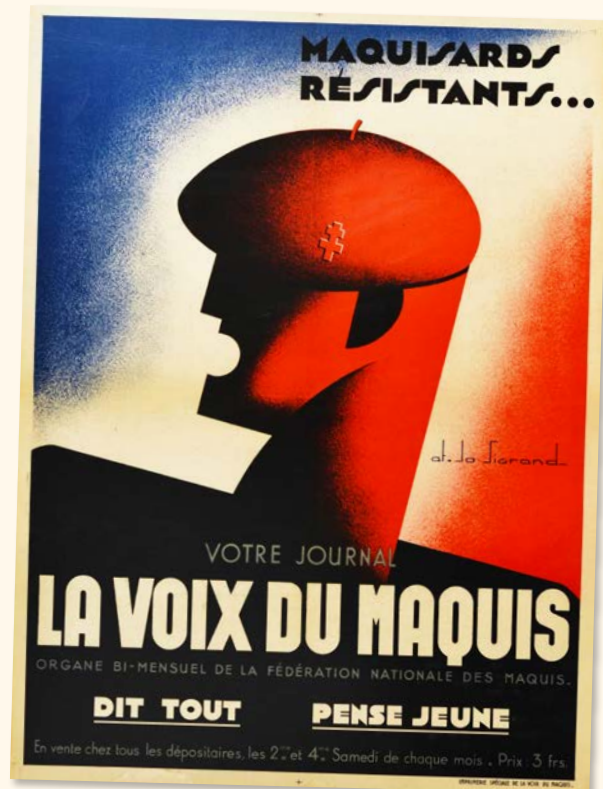
LAS CONDICIONES CLÁSICAS PARA LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

La mayor parte de la burguesía europea, sacudida por los grandes movimientos de masas que precedieron al estallido de la guerra, demostró ser incapaz de dirigir las naciones a las que había llamado a la «defensa de la patria». Desmoralizada por la derrota militar, sin perspectiva y llena de odio contra su propia clase obrera, casi toda la clase dominante de los países conquistados confraternizó con el

enemigo y organizó la explotación conjunta junto al opresor extranjero de las masas de su propia nación. Así que, como traidores se ganaron el odio de la aplastante masa de los trabajadores y la pequeña burguesía.

La victoria de los Aliados encuentra a la burguesía intentando jugar el mismo papel como «libertadores» que jugaron para los «conquistadores». Sin órganos estables de opresión estatal, presas del pánico por la cólera de las masas, desmoralizada y sin la confianza esencial para la explotación como la clase dominante, ahora depende completamente de las bayonetas aliadas para continuar con su dominio.

En el otro polo la masa de la clase obrera ya no quieren al antiguo régimen. La experiencia de toda una generación de dominio capitalista desde la pasada guerra mundial, además de una demostración del papel que jugó su propia clase dominante bajo la ocupación nazi; el desempleo y el hambre, el fascismo y la humillación nacional; el reconocimiento de que mientras las masas luchaban contra el opresor extranjero la clase dominante colaboraba y se enriquecía, y finalmente, las gigantescas victorias del Ejército Rojo con todos sus lazos con la Revolución de Octubre, todos estos factores han transformado la perspectiva de las masas trabajadoras.



Cartel anunciando una revista para un grupo de resistencia de los Maquis 31



«¡Para el último golpe: Todos — todo!»
Cartel partisano yugoslavo de 1945

grupos y partidos trotskistas en una dirección de lucha de la clase obrera. Sin partidos trotskistas de masas, con los ojos vendados por la socialdemocracia y, particularmente, por el estalinismo, los trabajadores golpean en vano contra las murallas del capitalismo.

Sólo la debilidad numérica de los cuadros de la Cuarta Internacional y el aislamiento de nuestros compañeros, concede a la clase dominante la posibilidad de un respiro. La dirección de la burguesía, a pesar de su desmoralización, es consciente de sus propias necesidades de clase. A toda costa necesita aplastar a la clase obrera pero por ahora carece de las fuerzas necesarias.

LA EXPERIENCIA DE GRECIA

Los acontecimientos en Grecia² marcaron el principio de una nueva fase de la revolución y la contrarrevolución en Europa. En este pequeño país, donde siglos de antagonismos de clase ha acumulado una fuerza explosiva y que lleva tres décadas en desorden, ha estallado la guerra civil y a ésta siguió una *guerra de intervención* brutal y despiadada por parte de los imperialistas británicos.

Durante la última generación, en el conflicto entre los monárquicos y los republicanos, la burguesía, incapaz de emprender una acción decisiva contra los terratenientes feudales, fue igualmente incapaz de resolver los problemas de la revolución democrática e invariablemente preparó el camino para la reacción monárquica. La restauración del rey Jorge³ fue seguida por la dictadura de Metaxas que representaba una tentativa de restaurar la «tranquilidad» y la «paz» social. Este «experimento» tenía el objetivo de atomizar a la clase obrera griega y al movimiento campesino que amenaza con perturbar el antiguo régimen y emprender el camino de la revolución socialista, como demostraron las huelgas obreras y las revueltas de sectores del campesinado. Los imperialistas británicos, cuyos intereses financieros y estratégicos les obligaron a considerar Grecia como una sub-colonia, ayudó a la clase dominante griega a llevar adelante su tarea reaccionaria.

La brutalidad de la dictadura Metaxas ya había minado la base de la clase dominante griega y antes de la guerra había creado un movimiento popular de rebelión. Pero la colaboración de la clase dominante griega con el conquistador alemán, como Quislings, cristalizó en una gran hostilidad de las masas y de esta forma,

cuando se retiraron las tropas alemanas, se expresó en una explosión social.

Las masas no iban a tolerar sin luchar el intento de imponer a la antigua clase dominante e incluso la monarquía. Las masas, que habían luchado en una guerra sangrienta y despiadada contra la SS, en gran parte eran las responsables de la liberación de Grecia. *De facto* el control estaba en sus manos a través de la organización armada ELAS. Así que la provocación de la policía del gobierno griego al disparar sobre manifestantes desarmados fue suficiente para precipitar la insurrección armada. Sin preparación, organización o una idea clara de cómo conseguir sus objetivos, el valiente proletariado y campesinado griegos entraron en acción. Pero la derrota fue consecuencia de la ausencia de una dirección revolucionaria.

La dirección estalinista desvió el movimiento hacia canales seguros siguiendo el modelo familiar del frente popular y los objetivos sociales del movimiento fueron encorsetados dentro de la camisa de fuerza del parlamentarismo burgués. De este modo, la dirección estalinista preparó el terreno para la derrota y la capitulación.

Una vez más, los acontecimientos griegos demostraron que sin un partido revolucionario las masas están abocadas al desastre, especialmente cuando la lucha de clases se dirige hacia una guerra civil abierta. Sin el partido las masas no pueden conquistar el poder.

Sin embargo, dejando a un lado las peculiaridades locales, Grecia se presentaba como un modelo de los problemas y las lecciones para toda Europa. La política de Churchill de represión implacable estaba dictada por consideraciones de estrategia imperialista así como por la correlación de clases internas. Con la burocracia estalinista en una posición dominante en los Balcanes debido a la ocupación del Ejército Rojo, era esencial para los intereses imperialistas de Gran Bretaña en el Mediterráneo controlar Grecia. Incluso así, en Grecia los imperialistas han recibido una lección de las dificultades que conlleva una política de represión militar abierta en Europa. El sector más moderado y realista de la clase dominante en Gran Bretaña se opuso a este desatino, a esta política aventurera de represión de Churchill. Incluso en un pequeño país de seis millones de habitantes los peligros de esta acción quedaron al descubierto con el desarrollo de los acontecimientos. El imperialismo británico tuvo que llegar a un compromiso con los pequeños burgueses traidores de la dirección del EAM.

El gobierno de Plastiras y su sucesor, el gobierno de Vulgaris⁴, representan un intento incómodo de restaurar el equilibrio de la sociedad burguesa en Grecia. Sin duda en este sistema están presentes elementos de bonapartismo y dictadura

militar. Sin embargo, el compromiso llegó con la capitulación de la dirección estalinista, y aunque de una forma atenuada (debido a la lucha de las masas y el desasosiego del proletariado británico) ha dejado a las masas con sus organizaciones, aunque no completamente intactas, sí están lejos de estar destruidas.

Esta incómoda correlación de fuerzas no puede durar indefinidamente. O restauran la monarquía, lo que llevaría inevitablemente a un exterminio sistemático de las organizaciones del proletariado, o la reacción puede sentirse aún demasiado débil e intentaría maniobrar con una república. Incluso en el último caso el actual régimen no puede durar mucho. Un empujón desde abajo inevitablemente le barrería a un lado y la burguesía intentaría manipular la escena política una vez más con sus agentes del frente popular. Sin embargo, los acontecimientos en Grecia dependerán en gran medida de los acontecimientos en Europa Occidental, los Balcanes y Gran Bretaña. Sólo una cosa está predeterminada: durante el próximo período el régimen en Grecia sufrirá una crisis tras otra.

2. La ocupación alemana de Grecia colapsó a principios de octubre de 1944 al enfrentarse a una guerra de liberación a gran escala protagonizada por los trabajadores y campesinos griegos y que estaba organizada por el ELAS (Ejército Popular de Liberación Nacional), el ala militar del EAM (Frente de Liberación Nacional) encabezado por el Partido Comunista. Las tropas británicas sólo desembarcaron después de que las fuerzas alemanas fueran evacuadas de Atenas, con el objetivo de restablecer la monarquía griega y evitar que el poder cayera en manos de las masas armadas. La guerra civil estalló en diciembre de 1944 cuando las fuerzas británicas comenzaron a desarmar al ELAS. Se firmó un armisticio en febrero de 1945 pero la guerra civil duró desde 1946 hasta 1949 dejando 158.000 muertos.
3. El rey Jorge II de Grecia, 1913-24. Restaurado en el trono en 1935 nombró primer ministro a Ioannis Metaxas. Metaxas asumió poderes dictatoriales desde 1936 a 1941.
4. El general Nicolás Plastiras de la Unión Progresista Nacional se convirtió en primer ministro títere del régimen pro-británico en diciembre de 1944. El Almirante Vulgaris, comandante de la flota riega, fue el responsable de aplastar el motín antifascista en los barcos del puerto de Alejandría, en abril 1944. Reemplazó a Plastiras en abril de 1945.

LA CONTRARREVOLUCIÓN CON UNA FORMA «DEMOCRÁTICA»

Grecia ha revelado como si fuera el destello de un rayo la tormenta revolucionaria que asola Europa. La burguesía de todo el mundo ha valorado estos acontecimientos desde una perspectiva correcta. Las bases del viejo sistema se han hundido en toda la Europa arruinada. *La desaparición de Hitler y Mussolini significa el final de una base estable para la reacción en Europa*, al menos en el período más inmediato.

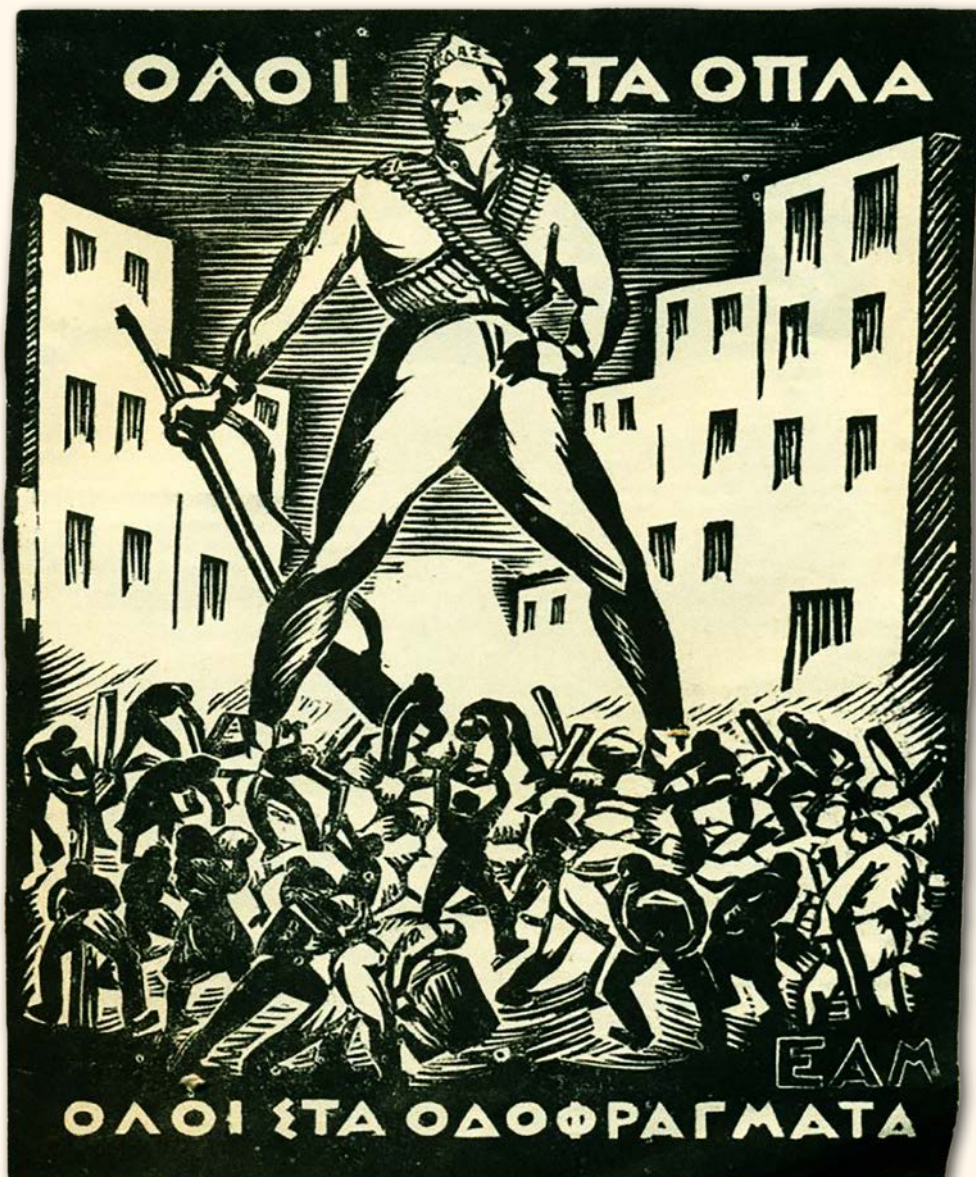
En condiciones de fermento y radicalización de las masas, con la rebeldía de las

masas girando directamente hacia el camino de la insurrección y con la pequeña burguesía arruinada rechazando con odio y repugnancia a los monopolios, a partir de la influencia que hoy tiene la reacción capitalista, la tarea del imperialismo anglo-estadounidense si quiere restaurar el «orden» en Europa es establecer el dominio del capital, y para conseguirlo deberá hacer maniobras complicadas y hábiles. En este momento será difícil usar la porra contra las masas y tendrán que engañarlas con las panaceas del «progreso», las «reformas» y la «democracia» contra los horrores del gobierno totalitario. En Europa, sin embargo, el control de la situación se le ha escapado en gran parte de las manos a la burguesía. Son las organizaciones de masas de la clase obrera las que tendrán la última palabra.

La caída de Mussolini, la aparición instantánea de formas soviéticas de organización, organizadas por sectores de los trabajadores, campesinos y soldados, marcaron la aparición del proletariado una vez más en la arena política. Aquí también, inmediatamente, se manifestó el doble poder en sus etapas más elementales. Pero una vez más, el obstáculo principal e interminable para el avance de la revolución fue la política de los viejos partidos obreros. La conciencia de las masas todavía está en su etapa inicial, no quieren el capitalismo ni al viejo régimen y tienen la aspiración de seguir el ejemplo de los trabajadores rusos en la Revolución de Octubre. Pero como no comprenden aún el papel de los partidos obreros como frenos para el desarrollo de la lucha entonces todavía no entienden la necesidad de un partido trotskista de masas.

Toda Europa occidental presenta un cuadro de crisis revolucionaria en sus etapas embrionarias. El levantamiento de la pesada mano de la represión totalitaria reveló las fuerzas que se estaban desarrollando bajo la superficie. En Bélgica, Holanda e incluso Escandinavia, se está viendo claramente el mismo proceso de resistencia de masas a la opresión y distanciamiento respecto a las camarillas emigradas de los viejos «gobiernos».

Europa del Este presenta un cuadro similar de desarrollo del proceso molecular



Cartel del Frente de Liberación Nacional (EAM) de diciembre de 1944

de la revolución. La insurrección heroica de los trabajadores de Varsovia⁵ ante la llegada del Ejército Rojo, incluso aunque distorsionada y desviada por el Comité de Londres, es una prueba del ambiente que hay entre las masas polacas. La traición calculada de Varsovia por la burocracia estalinista subrayó el papel contrarrevolucionario que ha jugado ésta en Europa y en el mundo.

Sería correcto decir que la situación de la burguesía sería desesperada si se enfrentara a partidos revolucionarios de masas de la clase obrera en Europa. Pero debido a la debilidad de la vanguardia revolucionaria, como explicó Lenin, la burguesía no está en situación desesperada. La socialdemocracia salvó al capitalismo después de la pasada guerra. Hoy hay dos «Internacionales» traidoras al servicio del capital: el estalinismo y la socialdemocracia. Ellos, junto con la dirección de las organizaciones sindicales que surgieron una vez más cuando desapareció la presión nazi, se ofrecen como los mercenarios del capital.

La SS se encontró con la imposible tarea de controlar Europa. Después de su experiencia, la burguesía se dio cuenta que en esta etapa de despertar era imposible controlar a las masas con métodos similares a los de antes. Encontraron una herramienta dispuesta y voluntariosa en forma de las organizaciones socialdemócratas y estalinistas, con la intención de canalizar la insurrección revolucionaria de las masas hacia el cauce más seguro e inocuo de la colaboración de clases, incluso a través de una forma más degenerada del frente populismo que la del pasado.

Así que combinarán represión con reformas ilusorias. Aplastarán los órganos embrionarios de gobierno obrero y desarmarán a las masas, mientras al mismo tiempo proclamarán su deseo de un gobierno «representativo» y libertades «democráticas». No hay otro camino para impedir que el ascenso de las masas lleve al derrocamiento del sistema capitalista. Es verdad que la contrarrevolución del capital está en sus primeras etapas, pero en un corto período de tiempo después del establecimiento de un gobierno militar asumirá una forma «democrática». La burguesía combinará las concesiones aparentes con represalias y opresión contra las fuerzas revolucionarias.

La próxima revolución en Europa no puede ser otra que la revolución proletaria. Sin embargo, en sus primeras etapas es inevitable que las antiguas organizaciones del proletariado consigan situarse a la cabeza del movimiento de masas. Éstas sólo aprenderán a través de nuevas experiencias, aunque breves, que estas organizaciones representan los intereses del enemigo de clase. Y mientras que tienen absolutamente claro que *es lo que no*

quieren, las masas no tienen claro los medios para conseguir sus objetivos. Así que en las primeras etapas de la revolución europea están presentes todos los factores para un período de *kerenskismo*⁶.

Una vez que Hitler haya desaparecido de la escena, el imperialismo anglo-estadounidense percibe la inevitabilidad de la caída de Franco y con él disturbios revolucionarios en toda la Península Ibérica. Ante el aumento del descontento de las masas, el imperialismo anglo-estadounidense está negociando y maniobrando ya con sectores de la burguesía española, con Franco y con los políticos emigrados con el objetivo de desviar la insurrección revolucionaria de las masas. Una insurrección en España amenaza con tener efectos demasiado serios en el resto de Europa. De ahí su búsqueda desesperada de un Badooglio⁷ español para garantizar una transición «segura» y «pacífica» del condenado régimen de Franco. Independientemente

de si sus intentos triunfan o no, el movimiento de las masas sólo se retrasará temporalmente. Sin embargo, los representantes serios del capital financiero han aprendido mucho más de las experiencias de las décadas pasadas que los pérfidos «dirigentes» de la clase obrera. Para ellos el problema de la transición de un régimen a otro está determinado por cómo se puede servir mejor y salvaguardar los intereses de la clase dominante.

Es claramente imposible que la burguesía británica y americana imponga un yugo totalitario extranjero a los pueblos de Europa durante mucho tiempo. Especialmente importante en esto es el papel del Kremlin. Mientras teme la victoria de la revolución proletaria, el Kremlin está interesado en preservar, donde sea posible, la máxima libertad de movimiento para sus agentes, los partidos comunistas locales. La victoria de la reacción en toda Europa anuncia un nuevo y mayor



«Alianza Inquebrantable – Bienvenidos», cartel del EAM de 1944

peligro de intervención imperialista contra la Unión Soviética a escala continental. Así que, la política de la burocracia soviética es asegurar *el dominio del capital, pero con la existencia del movimiento de trabajadores como una salvaguarda contra la burguesía*. Las masas de los pueblos de Europa miran hacia la Unión Soviética como la portadora de la bandera del socialismo. Las democracias actuales, por ahora, están obligadas a reconciliarse ante este hecho, y sobre la base de la preservación del capitalismo en Europa, están dispuestas, en realidad no tienen otra elección, a llegar a un compromiso con la burocracia soviética.

La experiencia de la revolución rusa, la revolución alemana de 1918, la revolución española de 1931, todo refuerza estas conclusiones. La insurrección de masas llevó a la caída de la monarquía en España y la proclamación de la República por parte de la burguesía. Una coalición de gobierno de republicanos burgueses y socialistas presentó un programa radical sobre el papel mientras llevaba a cabo la opresión contra los trabajadores y campesinos. Un gobierno así no podría durar mucho. El régimen de la república española era un régimen en crisis. Finalmente, un período de alzas y bajas, de reacción y radicalización, culminó en media década con la burguesía y el proletariado intentando buscar una solución con una guerra civil sangrienta y desesperada.

El patrón español de los acontecimientos se manifestará en toda Europa durante el próximo período. Tanto los países atrasados como los desarrollados, se enfrentarán, en un grado u otro, a la misma crisis. Desde el Volga al Mar del Norte, desde el Mar Negro al Báltico, casi toda Europa se ha visto reducida a la ruina y el caos. Se puede excluir una base estable para la democracia burguesa. Incluso no se conseguirá la relativa «estabilidad» de la república española. Los acontecimientos en Italia y Grecia anuncian el período más revolucionario de la historia Europa.

5. En agosto de 1944, los trabajadores de Varsovia se levantaron contra el ejército de ocupación alemán. A los dos días controlaban la ciudad. Sin embargo, el Ejército Rojo que estaba a 15 millas de Varsovia, después de ser consultado por el ejército alemán, no hizo intento alguno de avanzar durante semanas dejando a los trabajadores luchar solos. Stalin describió el levantamiento como una «aventura temeraria» y un «alboroto sin motivo encabezado por aventureros». Después de 63 días de resistencia heroica, que dejó el 93 por ciento de la ciudad destruida y 240.000 polacos muertos, los nazis volvieron a recuperar el control. El Comité de Londres era el gobierno polaco en el exilio desde 1940.
6. El gobierno de Alexander Kerensky que estuvo en el poder en Rusia desde julio a octubre de 1917, incluía a varios partidos capitalistas y reformistas.
7. Pietro Badoglio, general italiano, se convirtió en primer ministro después de la caída de Mussolini en 1943. Negoció un armisticio con los Aliados en el sur de Italia, mientras desarmaba a los trabajadores en el norte que hacían ocupado las fábricas para oponerse a la ocupación alemana.
8. Harry Truman, presidente demócrata de EEUU. 1945-53. Desarrolló la doctrina Truman que concedía «ayuda» económica y militar a países amenazados de «intromisión extranjera». Introdujo el Plan Marshall de ayuda económica para evitar la revolución en Europa en 1948.
9. Término coloquial para nombrar a los soldados británicos y estadounidenses.

EL PROGRAMA ALIADO PARA EUROPA

El programa Aliado para Europa, debido a la profunda crisis del capitalismo, es aún más terrible que el Tratado de Versalles. En lugar de la unidad forzosa a través un gigantesco campo de concentración que era el objetivo de los nazis, los Aliados desean atomizar y dividir Europa en las mismas líneas que llevaron a una catástrofe tras otra y a la pasada guerra. Europa se ha convertido en la presa del imperialismo británico y estadounidense, con sectores de Europa como satélites y dentro de la esfera de la burocracia soviética.

Incluso bajo los auspicios capitalistas, una Europa unida asomaría como una formidable rival y amenaza para el imperialismo británico y norteamericano. La burocracia soviética invariablemente se opuso a la perspectiva de la unificación incluso de una parte del continente en forma de federaciones capitalistas, porque esto inevitablemente en el futuro sería la base para una nueva guerra contra la Unión Soviética. Por esa razón Stalin, junto con Truman⁸ y Churchill, están preparando la balcanización de Europa y el desmembramiento de Alemania que es el único enemigo posible en una futura guerra en el continente europeo.

El imperialismo estadounidense, con sus enormes recursos y capacidad productiva, está intentado la «organización» de todo el mundo en una tentativa para

escapar de las consecuencias que tienen las contradicciones insalvables que hay entre la capacidad y el incluso limitado gran mercado estadounidense. EEUU intenta usurpar el viejo dominio de Europa, sobre todo del decadente y debilitado imperialismo británico, y arrebatar los mercados de todo el mundo. No satisfechos con los mercados de los países coloniales, EEUU quiere establecer también un dominio completo de los mercados e industrias de Europa. Quieren que el dólar reine sobre las demás monedas y la economía europea. Aprovechándose del caos y la desorganización de Europa provocadas por la guerra, el capital financiero racionaliza Europa mediante los préstamos y el arma de la comida, los suministros y el equipamiento, y simultáneamente, en momentos de intensa agitación, intenta acabar con las revoluciones a través del chantaje y el soborno.

El salvajismo del imperialismo anglo-estadounidense con relación a Alemania está dictado no sólo por el programa de subyugación y explotación, sino por el temor a la revolución proletaria en Alemania. El pueblo alemán en pocas décadas ha pasado por la experiencia de todo tipo de regímenes de dominio burgués. El proletariado y la pequeña burguesía inevitablemente girarán en la dirección de la revolución socialista.

Es en Alemania donde la burguesía descubrirá el carácter utópico de sus planes destinados al mantenimiento del viejo sistema. Todos los intentos de castigar la confraternización colapsarán con la ocupación de Alemania durante mucho tiempo. Los Tommies y los Doughboys⁹ considerarán que han terminado su misión en Europa. Exigirán la desmovilización y el regreso a casa, al mundo mejor que les ha prometido la burguesía. La lucha del proletariado alemán contra las fuerzas de ocupación, contra la humillación nacional y el desmembramiento de Alemania, la lucha por la libertad nacional y social, preparará el camino, bajo la bota de las fuerzas de ocupación, para una resistencia tremenda por parte de las masas.

LA BURGUESÍA ENCUENTRA UNA HERRAMIENTA LISTA Y DISPUESTA, EN LAS ORGANIZACIONES SOCIALDEMÓCRATAS Y ESTALINISTAS, PARA CONTENER EL AUJE REVOLUCIONARIO DE LAS MASAS EN DE LOS CANALES SEGUROS E INOFENSIVOS DE COLABORACIÓN DE CLASE

Con su programa reaccionario de esclavización nacional, los estalinistas sólo podrán embaucar durante un breve período de tiempo a las masas alemanas. Están preparando el camino para un rápido reagrupamiento de las fuerzas del proletariado alemán en una dirección revolucionaria. La experiencia de Italia es una lección objetiva de lo rápido que las masas pueden recuperarse de los efectos de terribles derrotas bajo el impacto de los acontecimientos históricos. Los recursos y la capacidad de lucha del proletariado parecen prácticamente inagotables.

La balcanización de Alemania y Europa, el dominio anglo-estadounidense de Europa occidental, las pretensiones de Francia, el dominio de Europa del Este por el Kremlin a través de sus títeres burgueses, tendrán consecuencias más espantosas que la «Paz» de Versalles sobre el continente torturado. En la época de los aviones y divisiones panzer, lo absurdo de las fronteras nacionales, barreras y ejércitos, de los pequeños y los grandes estados europeos, asume un carácter particularmente funesto por la estrangulación lenta y desagradable de las fuerzas productivas y el declive de la cultura europea. Las grandes potencias -incluidas por primera vez algunas que no son potencias europeas- desangrarán toda Europa para sus propios objetivos. La próxima etapa será el período clásico de una época de guerras, revoluciones y contrarrevoluciones,

«La libertad triunfará»

profundizada e intensificada por la historia de las décadas pasadas.

Es posible, sobre las bases del apoyo prestado al imperialismo occidental por el estalinismo y el reformismo clásico (y este es uno de los factores objetivos a tener en consideración) que el imperialismo mundial puede triunfar durante un período consiguiendo «estabilizar» los regímenes democráticos burgueses en algunos países. El estalinismo tiene que ofrecer a las masas algunas conquistas en forma de restauración de los sindicatos, libertad de prensa (relativamente, como en España en 1931), libertad de expresión, derecho al voto, etc., aunque de una forma atenuada. Los imperialistas necesitan un interludio «democrático» antes de emprender el camino de la reacción. Además no tienen otra elección. Las sacudidas de la guerra y la debacle del fascismo *no dejan base de masas para la reacción* en el período inmediato. El intento de establecer dictaduras militares sin un apoyo de masas será algo difícil. Además, estos regímenes no podrían sobrevivir durante mucho tiempo en el momento en que las tropas británicas y estadounidenses se retirasen. El impulso tormentoso de las masas les obliga a utilizar un arma de reserva en forma de organizaciones obreras.

Es posible, por otro lado, que en casos aislados los imperialistas anglo-estadounidenses y la burguesía nacional consigan introducir inmediatamente dictaduras militares. Pero sin base social entre las

masas no pueden durar mucho. Con el trasfondo del malestar social mundial estos regímenes se enfrentarán a crisis y convulsiones.

Nuestra apreciación del desarrollo de los acontecimientos no significa que saquemos conclusiones pesimistas. Más bien lo contrario. Pero es necesario que la Cuarta Internacional utilice esta situación y se prepare para los sobresaltos que esperan a los imperialistas. La época de giros profundos es nuestra. Los cambios de la situación en España después de la revolución de 1931¹⁰ se desarrollaron con una tremenda rapidez: insurrección de masas, traición de los reformistas e incapacidad de los anarcosindicalistas y estalinistas de dar una dirección revolucionaria (particularmente a las reivindicaciones democráticas y transicionales). El corto período de calma fue utilizado por la reacción para preparar sus fuerzas para saldar cuentas con las masas basándose en la desilusión y la desesperación engendradas por su dirección; las masas responden al látigo de la contrarrevolución con la huelga general y la insurrección de Asturias y Catalunya; la reacción es incapaz de consolidarse; las masas despiertan, se forma el Frente Popular como un freno para las masas; las elecciones de febrero; movimientos tormentosos de los trabajadores y campesinos que los estalinistas y reformistas eran incapaces de controlar; un movimiento en dirección hacia la revolución socialista; el golpe de



Reading Right to Left—FIRST ROW: Britain, Canada, Australia, New Zealand, SECOND ROW: Southern Rhodesia, Newfoundland, South Africa, THIRD ROW: India, FOURTH ROW: The Colonial Empire

Reading Left to Right—FIRST ROW: U.S.A., China, U.S.S.R., Yugoslavia, SECOND ROW: Holland, France, Poland, Czechoslovakia, THIRD ROW: Greece, Norway, Belgium

FREEDOM SHALL PREVAIL!

estado de Franco en julio y la respuesta en forma de una insurrección de masas.

Aquí tenemos un esbozo de lo que puede ser el próximo período en Europa. Los cuadros de la Cuarta Internacional deben estudiar con cuidado las lecciones de estos acontecimientos. A cada etapa le corresponden consignas y tácticas diferentes; métodos diferentes de agitación y propaganda, acciones diferentes por parte de las masas.

Con estos antecedentes de crisis que se extiende más o menos por todo el continente, extendiéndose a través de las arcaicas fronteras nacionales, se han creado las condiciones objetivas para la formación de los Estados Unidos Socialistas de Europa como la única solución a los problemas que azotan a cada país.

Las implicaciones de la guerra, la lucha de los pueblos contra el dominio nazi, el ejemplo de la federación de la URSS, la próxima reacción contra el dominio aliado, la inevitable reacción contra la intoxicación y el chovinismo nacionalistas, la radicalización de las masas europeas, todos estos factores ponen las bases objetivas para la propaganda por los Estados Unidos Socialistas de Europa al que responderán las masas. La columna vertebral del programa de la Cuarta Internacional, y la principal consigna estratégica, serán los Estados Unidos Socialistas de Europa, como la única alternativa a la decadencia y desintegración nacional, al declive de la cultura y la civilización en todos los países europeos.

NUESTRAS TAREAS EN EUROPA

Ante el cambio de situación y ambiente, la Cuarta Internacional sólo conseguirá penetrar en las masas y construir el partido de la revolución socialista con una táctica correcta.

Antes de que la burguesía pueda poner un gobierno dictatorial abierto en líneas de los regímenes fascistas de Hitler y Mussolini serían necesarias toda una serie de derrotas terribles. El ciclo comienza de nuevo, pero sobre unas bases nuevas. La decadencia del sistema capitalista debilita a la burguesía y la hace menos capaz de remachar su dominio sobre las masas. El mundo se enfrenta a un período similar al de 1917-1921, aunque a un nivel superior. La degeneración de las organizaciones obreras corrompidas concede un respiro al capitalismo. *Sólo si fracasan las revoluciones*, la burguesía puede tener la oportunidad de salvar su sistema recurriendo una vez más al neofascismo de la reacción y represión monstruosas. Pero antes las masas serán puestas a prueba. El proletariado desechará a sus viejas organizaciones si la Cuarta Internacional, con una estrategia y táctica correctas, es capaz de reintegrarse en el movimiento de masas de los trabajadores.

10. Los acontecimientos comenzaron con las elecciones municipales de abril de 1931 donde la clara victoria de los partidos republicanos llevaron a la abdicación del rey Alfonso XIII. Ésta fue seguida por una masiva oleada de huelgas. La insurrección de Asturias tuvo lugar en octubre de 1934. El Frente Popular fue elegido en febrero de 1936, la insurrección de Franco tuvo lugar en julio de 1936.

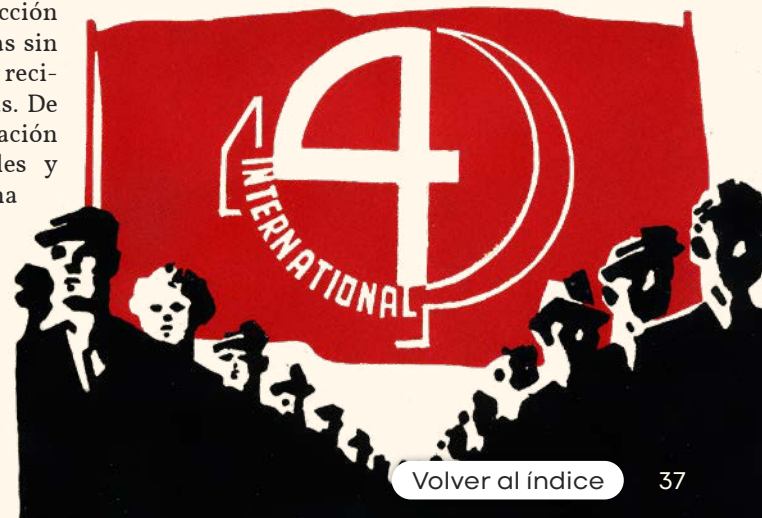
La tarea básica de este período es la construcción de partidos revolucionarios de masas de la Cuarta Internacional. Mientras se lucha y defiende la creación *ad hoc* de organizaciones de lucha allí donde existan oportunidades, mientras luchan y defienden la dictadura del proletariado como la única solución, nuestros compañeros no pueden esperar conseguir esto en las primeras etapas de la lucha. Las masas están buscando una solución socialista; pero tendrán que pasar por la experiencia en la acción de la política traidora del estalinismo y la socialdemocracia, y aprender que incluso los viejos modelos de vida no se pueden conseguir sólo por el dominio de la clase obrera.

La lucha por las reivindicaciones democráticas, económicas y transicionales, lejos de estar superadas o ser obsoletas, en el curso de esta época revolucionaria adquieren una importancia tremenda para la construcción de nuestro movimiento. Así, codo con codo, con la propaganda a favor del gobierno de los trabajadores y los soviets, en esta etapa hay que hacer agitación para que las viejas organizaciones de los trabajadores, que aún cuentan con la confianza y el apoyo de las masas, rompan su alianza con la burguesía decadente y el imperialismo Aliado, y para que las palabras de los dirigentes se correspondan con sus hechos. Nuestros compañeros deben exigir que las organizaciones de masas que pretenden representar a los trabajadores, luchen para tomar el poder en sus manos. «¡Un gobierno de socialistas y comunistas!» Esto es lo que debe utilizar la Cuarta Internacional para movilizar a los trabajadores socialdemócratas y comunistas para luchar contra la clase capitalista.

Junto a esto hay que defender la reivindicación de elecciones generales basadas en el sufragio universal desde los dieciocho años. La burguesía y las organizaciones reformistas parlotean sobre los derechos democráticos pero cuando llegan al poder éstos siguen en manos de las camarillas burguesas, la mayor parte bajo la protección de las bayonetas aliadas sin consultar a las masas o recibir un mandato de ellas. De este modo, la reivindicación de elecciones generales y la convocatoria de una asamblea constituyente deben jugar un papel importante en la agitación de nuestros compañeros en las primeras etapas de la movilización

revolucionaria de las masas. Estas reivindicaciones hay que vincularlas a consignas transicionales en las distintas industrias y en diferentes etapas de la lucha: ¡Nacionalización de los bancos sin indemnización! ¡Control de las minas, ferrocarriles, grandes empresas e industrias, éstas deben estar bajo control de los trabajadores! ¡Expropiación de los trusts que ayer colaboraron con Hitler y hoy colaboran con los imperialistas Aliados! ¡Plan de obras públicas! ¡Escala móvil de salarios y jornada laboral! ¡Armamento para los trabajadores y organización de milicias obreras! No hay necesidad de detallar todas las reivindicaciones, están irán desarrollándose al mismo tiempo que la situación y junto a la política de la Cuarta Internacional y su programa transicional. Estas reivindicaciones no contradicen el programa de los soviets y los comités obreros en las fábricas. Pero sin ellas existe el peligro de que los grupos de la Cuarta Internacional degeneren y caigan en la esterilidad sectaria y el aislamiento. Representan un puente hacia las masas, sin ellas el problema de organizar a la vanguardia estará lleno de dificultades.

En períodos como éste, en el que estamos construyendo el partido de la Cuarta Internacional, los partidos socialdemócratas y estalinistas no conseguirán la misma estabilidad que consiguieron en la época previa a la guerra. Se enfrentarán a una serie constante de crisis y escisiones. Sin embargo, debido a la debilidad de las organizaciones de la Cuarta Internacional y su falta de un portavoz con autoridad como era León Trotski, en muchos países aparecerán corrientes y grupos centristas efímeros. Hay que construir la autoridad basándose en la capacidad que tienen los cuadros jóvenes de la Internacional para aprender en el transcurso de las luchas y, sobre la base de la experiencia de masas, en la aplicación del programa de la Cuarta Internacional. ■





UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA HISTORIA CAPTURADO EN UNA PELÍCULA: ORÍGENES E INFLUENCIA DEL NEORREALISMO ITALIANO

La Segunda Guerra Mundial marcó un punto de inflexión fundamental en la historia. Sus repercusiones se dejaron sentir en todos los niveles de la sociedad, incluido el arte. En este artículo, **Daniel Morley** analiza cómo la guerra propició el desarrollo del cine neorrealista italiano y la influencia que ejerció en otras películas de la época.

El movimiento cinematográfico neorrealista italiano surgió repentinamente con la caída inicial de Mussolini en Italia en 1943. En todos los sentidos, este movimiento expresó la profunda ruptura con el pasado y el potencial revolucionario de la época, no solo en el estilo y la temática de sus películas, sino también en las condiciones para su surgimiento como movimiento.

Emergió casi de la noche a la mañana de su opuesto: las películas del régimen fascista de Mussolini. Todas ellas eran artificios brillantes y escapismo, que era lo que el régimen exigía de ellas.

La destrucción literal de los estudios de cine controlados por el régimen de Mussolini, que fueron bombardeados durante la guerra, significó que los cineastas italianos no solo se liberaron repentinamente de una censura totalitaria, sino que los mismos estudios vinculados a ella también desaparecieron. Por lo tanto, tenían

todas las razones para abrazar el espíritu de la «Primavera italiana», para dar rienda suelta a toda la creatividad reprimida por el fascismo con nuevos estudios, nuevos métodos e ideas.

Por eso este estilo cinematográfico no solo refleja diferentes presiones e ideales políticos, sino que es diferente en todos los sentidos. Estas películas se ambientaban en la clase obrera, se rodaban, por necesidad, en exteriores y utilizaban actores no profesionales de las comunidades desfavorecidas de las que trataban. Esto las convierte no solo en grandes películas, sino casi en documentales de un momento único de la historia.

'ROMA, CIUDAD ABIERTA'

En septiembre de 1945 se estrenó *Roma, ciudad abierta*, solo 15 meses después de que Roma fuera liberada de los nazis y solo cuatro meses después de que la guerra terminara en Europa. Martin Scorsese describió esta increíble película, ambientada

en la Roma ocupada por los nazis, como «el momento más precioso de la historia del cine»¹.

Fue escrita por el gran Federico Fellini, entre otros, y dirigida por Roberto Rossellini como parte de su famosa trilogía neorrealista. Representa con notable realismo la resistencia a los nazis por parte de una comunidad local de italianos corrientes. Para lograrlo, Rossellini empleó en gran medida a romanos de clase obrera reales en lugar de actores profesionales para interpretar los papeles.

La película se rodó en enero de 1945, cuando la guerra aún hacía estragos en Alemania y el norte de Italia, y solo siete meses después de que los nazis fueran derrotados en Roma. Mientras se rodaba, un hombre del lugar sacó su arma, ¡creyendo que los acontecimientos que se estaban representando eran reales!

El propio Rossellini no estaba políticamente alineado con la clase obrera y, de hecho, había hecho películas para la



dictadura fascista de Mussolini. Pero estaba dedicado a su oficio del realismo, que describió como «nada más que la forma artística de la verdad»². Por esta razón, *Roma, ciudad abierta* captura con veracidad la intensidad de la lucha de esta comunidad contra la ocupación nazi, su solidaridad, valentía y estoica alegría frente a tantas dificultades.

Como dice el personaje de Francesco: «[La guerra] terminará, Pina, y la primavera volverá, más hermosa que nunca, porque seremos libres. Tenemos que creerlo y desearlo. No debemos tener miedo ahora ni en el futuro, porque estamos en el camino correcto. ¿Entiendes, Pina? [...]

Luchamos por algo que tiene que ser, que no puede evitar llegar. El camino puede ser largo y duro, pero llegaremos y veremos un mundo mejor. Y nuestros hijos, especialmente, lo verán».

Roma, ciudad abierta comenzó como un documental, y a veces todavía lo parece. Gracias a su realismo y al hecho de que se rodó *in situ* tan poco después del final de la guerra, constituye un tesoro histórico inestimable, una ventana a un breve momento de la historia en el que Europa estaba al borde de la revolución.

El desperdicio de potencial de esta situación revolucionaria se insinúa inteligentemente en esta película, cuando el comunista que los nazis han estado buscando es finalmente capturado. El oficial, cuyos métodos de tortura no han conseguido quebrarlo, cambia a una técnica más psicológica y política:

«Eres comunista. Tu partido ha formado un pacto con fuerzas reaccionarias.

Ahora todos estáis trabajando juntos contra nosotros. Pero mañana, cuando Roma esté ocupada, o «liberada», como tú dices, ¿seguirán siendo estos oficiales monárquicos tus aliados? Te ofrezco la solución a este problema: dame los nombres de los generales de Badoglio».

El revolucionario se mantiene firme y se niega a traicionar a los «aliados» liberales y monárquicos de su partido. Lo paga con su vida. Lo haya querido Rossellini o no, esto simboliza brillantemente la tragedia del sacrificio de la revolución por parte de sus dirigentes «comunistas», para complacer a los aliados imperialistas de Stalin.

En un momento al principio de la película, uno de los residentes le pregunta a otro: «¿Crees que estos estadounidenses existen de verdad?». La pregunta implica desesperación por el fin de la guerra, pero también una sospecha de estos estadounidenses, que seguramente tendrán sus propios intereses. Esta perspectiva parece confirmarse con la respuesta de otro residente, que mira hacia un edificio bombardeado y dice: «Eso parece».

Los bombardeos aliados sobre las ciudades italianas se intensificaron en la segunda parte de la guerra, causando estragos en fábricas e infraestructuras, cobrándose un alto número de víctimas civiles y destruyendo barrios enteros de clase obrera.

Esta es la liberación que Roma obtuvo gracias a Stalin y Togliatti, el líder del Partido Comunista Italiano, que contuvieron a los partisanos comunistas que podrían haber liberado Roma por sí mismos.

Arriba a la izquierda y a la derecha: Fotogramas de *Roma, ciudad abierta*. Abajo: Cartel de cine italiano



“EL MOMENTO MÁS PRECIOSO DE LA HISTORIA DEL CINE”
— MARTIN SCORSESE



LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

La intensidad de la vida de la comunidad en la que nos centramos se percibe alto y claro. Al ver la película, uno se siente casi como si fuera uno de los inquilinos que viven en este bloque de apartamentos abarrotado, escuchando sus conversaciones y uniéndose a los esfuerzos de la comunidad para socavar a los nazis. Uno siente el caos organizado de la vida real, de personas que viven unas encima de otras, cuidándose, pero también molestándose unas a otras.

Quejándose de las dificultades de la vida en tiempos de guerra y de la ocupación nazi, un personaje dice con un suspiro: «La gripe es lo único que abunda estos días». Otro dice, no con orgullo sino con vergüenza por su desesperación: «Esta mañana asaltamos una panadería, la segunda esta semana».

Las películas de Rossellini se describen a menudo como poco sentimentales y frías, gracias a su realismo. El asesinato de personajes importantes se muestra de manera objetiva: esta es la realidad de la vida. La guerra es una lucha por la supervivencia; no es cálida ni sentimental, por lo que es correcto que sus películas sean así. Sin embargo, eso no significa que las personas comunes que sufren a causa de la guerra sean frías e indiferentes, y esta realidad también se transmite en la película.

Puede que *Roma, ciudad abierta* se rodea sin adornos sentimentales. Pero es una película cálida porque trata de personas reales y sus luchas reales, llenas de heroísmo, solidaridad y autosacrificio.

Sin embargo, estos romanos no se muestran como abstracciones

sobrehumanas de revolucionarios. Después de que dos de ellos son capturados, esperan su inevitable tortura con un miedo terrible, tratando de animarse mutuamente para permanecer en silencio, sin estar seguros de que podrán hacerlo.

Cuando sacan el soplete, vemos la estupidez miope del oficial nazi, que cree que todo lo que tienen que hacer es aplicar métodos brutales para obtener las respuestas que quieren. Pero otro oficial logra tener un momento de previsión y pone en duda estos métodos violentos:

«Hemos sembrado toda Europa de cadáveres. De sus tumbas se alza un odio insaciable. ¡Odio, odio por todas partes!»

'ALEMANIA: AÑO CERO'

Las consecuencias de la ocupación nazi y el saqueo de Europa, este odio insaciable dirigido a los alemanes, es el tema de una obra maestra neorrealista posterior de Rossellini, *Alemania: año cero*. Rodada en parte en Berlín y en parte en Roma en 1947, esta película es quizás aún más notable como testimonio de la extrema privación y desesperación a las que se enfrentaron los alemanes de a pie inmediatamente después de la guerra.

La política de los aliados victoriosos al final de la guerra se resumió como «el desarme completo, la desmilitarización y el desmembramiento de Alemania, según consideren necesario para la paz y la seguridad futuras»³. Además, Alemania debía pagar todas las pérdidas sufridas durante la guerra.

En nombre de la «desmilitarización» y las «reparaciones», la industria y la

infraestructura alemanas fueron literalmente desmanteladas y transferidas a las potencias vencedoras, mientras que se impuso un fuerte tributo a lo que quedaba del producto nacional alemán. Al mismo tiempo, los aliados reclutaron a millones de trabajadores alemanes para realizar trabajos forzados.

Sobre este programa de saqueo descarado se extendió el mito de la «culpa colectiva» del pueblo alemán por los crímenes del nazismo. Las fuerzas de ocupación aliadas desataron una campaña de propaganda masiva en toda Alemania, que incluía carteles con imágenes de campos de concentración y el lema: «Estas atrocidades: ¡tu culpa!».

Cuando se levantó el talón de hierro del fascismo estallaron las iniciativas espontáneas de la clase obrera alemana, pero fueron inmediatamente reprimidas por las fuerzas de ocupación aliadas, con el apoyo de los dirigentes socialdemócratas y estalinistas.

Mientras tanto, en las zonas ocupadas por Occidente, los grandes capitalistas que habían colaborado con el régimen nazi no solo permanecieron en libertad, sino que incluso conservaron sus propiedades, mientras que los funcionarios nazis con carné llenaron lo que se convertiría en el estado de Alemania Occidental. En 1957, el 77% de los altos cargos del Ministerio de Justicia de Alemania Occidental eran antiguos nazis, ¡una proporción mayor que bajo el propio Tercer Reich!

La «vergüenza nacional» de Alemania no fue, por tanto, otra cosa que la transferencia de la culpa de la clase dirigente a



Arriba a la izquierda y a la derecha: Fotogramas de Alemania: Año cero

los hombros de millones de hombres, mujeres y niños de la clase trabajadora, que en 1947 estaban atenazados por el hambre, la falta de hogar y la inseguridad.

El sufrimiento de un pueblo derrotado y humillado se muestra crudamente en *Alemania, año cero*, a través de la trágica historia de una familia berlinesa que lucha por sobrevivir entre las ruinas de su ciudad. Como se rodó *in situ* menos de tres años después de que el Ejército Rojo capturara Berlín, la visión de la aniquilación que se muestra en la película es totalmente real. Berlín está literalmente sembrada de montañas de escombros, y todos los edificios parecen estar en ruinas.

La película comienza con una discusión entre trabajadores sobre qué sector de la ciudad, el estadounidense, el británico, el francés o el soviético, tiene más comida. Hay rumores de que hay mermelada en el sector soviético. ¿Qué hacen estos trabajadores mientras discuten? Están cavando tumbas; solo podemos suponer que estarán llenas de las montañas de cadáveres de la guerra.

Al personaje principal, Edmund, un niño de unos 12 años, lo apartan de este trabajo de excavación de tumbas por ser demasiado joven y débil. El personaje no fue interpretado por un actor profesional, sino por un berlinés que Rossellini encontró en un circo.

TIEMPOS DESESPERADOS

La familia de Edmund está desesperada. Hay una gran discusión angustiada entre ellos sobre cómo pueden conseguir más comida.

El hijo mayor está angustiado por su pasado y no ha reclamado su cartilla de racionamiento por este motivo, ya que tendría que registrarse. Su hermana, que insiste en que lo haga por el bien de la familia, le dice: «Eso fue una guerra, estabas cumpliendo con tu deber como soldado». Pero él teme que la campaña de desnazificación se centre en él, ya que su unidad luchó hasta el final. En consecuencia, él es solo otra boca que alimentar, una carga para la familia.

La difícil situación de este personaje resume el estado de ánimo de esta película, tan diferente de *Roma, ciudad abierta*. En Italia, aunque el país era pobre al final de la guerra, el pueblo había librado una lucha victoriosa contra el fascismo. Pero para el hermano de Edmund en Alemania, el final de la guerra no se siente como una liberación; no puede abrazar el nuevo período de paz. Está atrapado en la sombra de la guerra, porque participó en los crímenes del bando derrotado. Esta atmósfera de abatimiento impregna la película.

Toda la presión sobre esta familia recae sobre los hombros del joven Edmund. La familia lo envía a vagar por las calles vendiendo por unas pocas monedas las pocas posesiones que les quedan. Le dicen que consiga al menos 300 marcos para la balanza de la familia. Pero un hombre mucho mayor lo estafa fácilmente, aprovechándose de la ignorancia e ingenuidad de este niño, y luego se sube a un coche de aspecto elegante. En estos tiempos desesperados, los fuertes se hacen más fuertes y los débiles más débiles.

Edmund se encuentra entonces con un hombre profundamente espeluznante, Herr Henning, que lleva más allá la explotación de este niño. Atrae a Edmund haciéndose pasar por su amigo, acariciando y apretando al pobre niño mientras le dice que ya no trabaja como profesor porque «las autoridades y yo no estábamos de acuerdo».

Resulta que era, y es, un nazi. Habla con un hombre que patea escombros, que se queja de que esto es «trabajo de esclavos», diciendo que «antes, todavía éramos hombres. Nacionalsocialistas. Ahora solo somos nazis», con el acuerdo de Henning.

A diferencia de *Roma, ciudad abierta*, optimista sobre la lucha colectiva por una gran causa, *Alemania, año cero* es implacablemente sombría.

La atmósfera a lo largo de la película es de supervivencia del más apto, y que sea lo que Dios quiera. De hecho, un personaje dice que «no creo en la ayuda de extraños. Todo el mundo tiene que ayudarse a sí mismo en estos días».

Todo el mundo está estafando a los demás, y el lenguaje es ofensivo y grosero: un chico describe a una chica como «un colchón que dispensa cigarrillos». Esto lo resume el explotador Herr Henning, que le dice a Edmund que «hay que tener el valor de dejar morir a los débiles», con consecuencias trágicas y horribles.

Tales niveles de desesperación acabaron causando preocupación a los propios imperialistas. Se temía que, si la

situación continuaba, la Alemania ocupada por Occidente caería en manos de la Unión Soviética, seguida del resto de Europa. Por lo tanto, en abril de 1948, poco antes del estreno de *Alemania, año cero*, el presidente Truman promulgó el «Plan Marshall», que invirtió totalmente la política aliada en relación con la Alemania ocupada, comprometiendo miles de millones en ayuda para reconstruir su economía.

La película de Rossellini captura, por tanto, un importante punto de inflexión en la historia, entre el fin de un orden mundial y el comienzo de uno nuevo, con toda la hipocresía y brutalidad del imperialismo en plena exhibición.

‘EL TERCER HOMBRE’

El tercer hombre, rodada en 1948 y estrenada en 1949, se cita a menudo como la mejor película británica jamás realizada. Ambientada en la cruda Viena de la posguerra, fue escrita por el célebre novelista Graham Greene y dirigida por Carol Reed.

Aunque no se considera estrictamente una película «neorrealista», se puede decir con certeza que la película no existiría, al menos en la forma en que lo hace, si no fuera por *Roma, ciudad abierta* de Rossellini. La película inspiró al productor de *El tercer hombre*, Alexander Korda, quien explicó: «El rodaje en exteriores, el uso de actores no profesionales y el aprovechamiento de los ritmos orgánicos de Roma habían dado a las películas italianas una inmediatez y una personalidad honesta»⁴. Por ello, «envió a Greene a un viaje de investigación a Viena y Roma en febrero de 1948».

El ambiente cínico, deprimido y oportunista de *Alemania, año cero* es quizás aún más claro en el clásico de posguerra de Carol Reed. Menos parecido a un documental y más estilizado, sigue pareciendo una ventana veraz a una época olvidada, filmada tal como era en Viena en 1948.

Después de la guerra, Viena fue ocupada por los «Aliados» al igual que Berlín, pero solo hasta 1955. Estados Unidos llegó a un acuerdo con la clase dirigente austriaca para presentar al país como las primeras víctimas de los nazis. Pero la atmósfera de *El tercer hombre* desmiente eso, ya que los austriacos apenas parecen sentirse liberados y agradecidos, sino resentidos, traumatizados y desconfiados.

En un momento dado, la propietaria de un apartamento que está siendo registrado por las autoridades británicas les grita en alemán. Cuando le preguntan qué está diciendo, un personaje austriaco responde: «Solo se queja de cómo se comportan en su casa».

Eso parece resumir toda la historia: los austriacos derrotados y empobrecidos deben soportar la humillación de extranjeros groseros y explotadores «en su casa».

La película comienza con una narración del director, que prepara la historia: «Nunca conocí Viena antes de la guerra, con su encanto y glamour. La conocí en el período clásico del mercado negro. Conseguíamos cualquier cosa si la gente lo quería lo suficiente y tenía dinero para pagar».

Al igual que Berlín en aquella época, Viena aparece llena de escombros y grandes edificios en ruinas.

Había una grave escasez de alimentos. Las cosechas de patatas en 1947 (un año antes de que se rodara la película) estaban por debajo del 30 % de los niveles anteriores a la guerra, y el gobierno no podía distribuir raciones de alimentos. Hubo muchos disturbios y huelgas por alimentos. Estados Unidos comenzó a suministrar ayuda alimentaria de emergencia por temor a que la escasez pudiera hacer que el país cayera en manos de la Unión Soviética. Cuando se retiraron en 1950, una serie de huelgas generales sacudieron el país.

Los capitalistas que habían colaborado con los nazis huyeron, abandonando sus fábricas. De hecho, hasta aproximadamente 1950, muchas de las fábricas de Austria fueron reconstruidas y operadas bajo el control de los trabajadores.

La CIA coordinó a la derecha de los sindicatos austriacos, que se aseguraron de que la ola de huelgas generales de 1950 acabara en derrota. A raíz de esta derrota, la CIA organizó a unos matones para que acabaran con el control obrero de las fábricas, que volvieron a manos de los capitalistas. El

potencial revolucionario de esta situación de posguerra se extinguió.

Esto también fue antes de que la Guerra Fría hubiera comenzado realmente. Había una enorme incertidumbre en Austria sobre hacia dónde se dirigía la sociedad. ¿Quién sería el amo: los trabajadores o los capitalistas? ¿Qué poder decidiría el destino de Austria: Estados Unidos o la URSS?

Además de esto, había un programa de desnazificación, aunque este se vio truncado por el establecimiento del mito de que los austriacos fueron las primeras víctimas de los nazis. Una gran parte de la burguesía austriaca tenía un pasado que prefería olvidar y no estaba segura de cómo se tratarían sus crímenes pasados, o su asociación con crímenes, si se descubrían. Incluso muchos propietarios de pequeñas empresas habían adquirido sus propiedades a través de robos patrocinados por los nazis, porque sus negocios habían sido propiedad de judíos. Estas personas no estaban seguras de poder conservar estas propiedades adquiridas de tal manera.

Por todas estas razones, prevalecía una atmósfera de cinismo, engaño y oportunismo. La tendencia general era estar preparado para adaptarse a cualquier situación que se presentara.

SOMBRÍO

Este es el escenario perfecto para una película de misterio «noir», que es exactamente lo que es *El tercer hombre*. La trama es que un estadounidense, Holly Martins, llega a Viena después de que su amigo, Harry Limes, que se ha mudado allí, le prometa trabajo. Sin embargo, al llegar, descubre que su amigo ha muerto en un accidente de tráfico.

Varios detalles de este accidente parecen bastante extraños, por lo que Holly decide quedarse y llevar a cabo su propia investigación. Es sospechoso que muchas personas que eran socios de Harry parecían haber sido testigos del accidente. Dos de estos socios también estaban presentes para llevarse inmediatamente el cuerpo de Harry, lo cual es extraño. Peor aún, diferentes personas le dan diferentes versiones de cómo murió: algunos dicen que instantáneamente, otros dicen que les habló un rato después. Y algunos le dicen que había un misterioso «tercer hombre» involucrado en el traslado del cuerpo.

Un jefe de policía británico rompe entonces la percepción que Holly tiene de su amigo al insistir en que era un conocido estafador. Su estafa consistía en robar penicilina, que escaseaba desesperadamente, adulterarla con otras sustancias y revenderla a los necesitados. Esto provocó muchas muertes, especialmente de niños.

Esto no es solo emblemático de la pobreza general y la grave escasez a la que





Arriba: Fotograma de *El tercer hombre*.
Izquierda: Póster de la película en EE. UU.

se enfrentaron los austriacos después de la guerra. Más o menos exactamente este tipo de cosas sucedieron.

La penicilina fue desarrollada por los estadounidenses durante la guerra y, por lo tanto, tenían el control sobre el suministro de la droga en Austria. En 1946, Estados Unidos le dio acceso a Austria, ¡pero solo lo suficiente para veinte pacientes! Según Susanne Krejsa MacManus, «el mercado negro floreció. Los periódicos de los años 1945 a 1949 informaban de robos en hospitales estadounidenses, falsificaciones, dilución con sustancias incluso peligrosas y chantajes». Las botellas individuales se vendían por 10.000 dólares.

Es muy interesante que el siniestro antagonista a cargo de una estafa en el mercado negro sea un estadounidense, y no un austriaco, alemán o ruso. La implicación es que los nuevos ocupantes y amos de Europa no son realmente liberadores en absoluto, sino estafadores capitalistas que juegan con el destino de una Europa que estaba de rodillas.

El misterio de la muerte de Harry Limes también puede verse como una sugerencia de que no se puede confiar en la aparente aniquilación del nazismo a manos de Estados Unidos. Su programa de desnazificación resultó ser muy limitado, ya que Estados Unidos decidió que necesitaba incorporar a burócratas y generales nazis al Estado como baluarte contra el comunismo.

La película se pregunta: ¿qué le sucedió realmente al siniestro Harry Limes y

a su perniciosa estafa?, al igual que podríamos preguntarnos: ¿adónde fueron realmente estos antiguos nazis y sus ganancias mal habidas?

El director de fotografía, Robert Krasker, utiliza magistralmente las sombras dramáticas proyectadas por las farolas nocturnas para enfatizar esta sensación de oscuridad, de cosas ocultas, y tal vez para insinuar la incertidumbre y la cínica amoralidad de los personajes clave. Esto resulta especialmente llamativo durante un par de secuencias de persecución, en las que los antagonistas no pueden verse, salvo por sus enormes y amenazantes sombras proyectadas sobre las paredes al estilo del famoso vampiro de terror *Nosferatu* (1922) de Murnau.

La secuencia de persecución termina en las cavernosas alcantarillas de Viena, o «canales del cólera», construidas en la década de 1830. Aquí, nadie puede estar seguro de adónde va, si sigue o no en la persecución, o si ha perdido a su hombre en una de las muchas, muchas alcobas de las alcantarillas.

UN VISTAZO A LA HISTORIA REAL

Estas maravillosas películas capturan los aspectos contradictorios de un momento decisivo pero en gran parte olvidado de la historia europea.

Lo que estas películas muestran es que (en el caso de *Roma, ciudad abierta*) los nazis fueron combatidos con éxito por partisanos y gente corriente, muchos de los cuales eran comunistas, y que tenían el potencial

de convertir la derrota de los nazis en una revolución todopoderosa que aboliera el capitalismo en toda Europa.

También nos muestran la destrucción casi total a la que Hitler y la clase dominante alemana habían llevado a Alemania y Austria, y sugieren que la recién descubierta dominación del imperialismo estadounidense sobre Europa occidental no tenía nada que ver con la libertad, sino que era un medio para la dominación estadounidense del mercado mundial.

Hoy en día, simplemente no se hacen películas con este grado de realismo y conexión con acontecimientos históricos titánicos. Muy pocas películas actuales, si es que hay alguna, representan las luchas y la organización de la clase obrera común como lo hacen las obras maestras neorrealistas de Rossellini.

Europa, sin embargo, se encuentra al borde de una nueva crisis revolucionaria. Sus gobiernos y partidos son despreciados, y sin embargo se exige más austeridad. Una nueva generación no tiene voz. La encontrará en el curso de los acontecimientos revolucionarios que se avecinan, y con ello surgirá una nueva generación de cineastas audaces. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc39
o escanea el código QR



¿ERES COMUNISTA?



¡ORGANÍZATE!

La **Internacional Comunista Revolucionaria** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete.**



america
socialista.org/
unete